

Escuela de Posgrado  
Universidad Nacional de la Matanza

Nombre y Apellido del Autor

**Hernán Ursi**

TÍTULO:

**“ESTUDIO DE LOS CONTENIDOS CON CARGA DE  
VIOLENCIA DE LA FICCIÓN TELEVISIVA *EN TERAPIA*  
EN PERSPECTIVA PSICO-ANTROPOLÓGICA”**

SUBTÍTULO

**“ANÁLISIS DESDE ENFOQUE MIMÉTICO-RITUAL”.**

Tesis para optar por el título de  
Magister en Ciencias Sociales

Director: Dr. Omar Heffes

Buenos Aires

Año 2014

## **RESUMEN**

En el presente estudio se tomará como punto de partida los modos en que se representa la violencia en la ficción televisiva y su paralelo con la violencia originaria. Se pretende realizar un trabajo de tipo descriptivo en el que prime el análisis del discurso de los mensajes que proporcionan los personajes de la ficción por episodios *En terapia*, de la señal de televisión abierta de Canal Siete de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, emitido durante los ciclos 2012 y 2013, en función de evidenciar aspectos rituales en los modos en que se materializa la violencia. Básicamente se trata de registrar al seno de los diálogos de la ficción escogida como unidad de observación, el mecanismo por medio del cual se construyen víctimas propiciatorias en quienes se descarga la ira y se expía la culpa. Ello trabajado bajo la perspectiva teórica que indica que la mimesis del deseo del otro es el punto de partida, la génesis de la acumulación de ira por parte del sujeto quien luego disipará, descarga violenta de los impulsos mediante, en un tercero débil denominado aquí *chivo expiatorio*.

## **ABSTRACT**

This study will betaken as its starting point in the ways which violence in television fiction and parallel with the original violence is represented. It is intended to perform descriptive work in which primes discourse analysis of messages that provides the characters of fiction by episodes In Therapy signal broadcast television Channel Seven of the Autonomous City of Buenos Aires, issued during 2012 and 2013 cycles, depending on ritual aspects highlighting the ways in which violence materializes. Basically it is to record the dialogues within fiction chosen as the unit of observation, the mechanism by which scapegoats are built in whom anger and guilt download atones. This is worked under the theoretical perspective suggests that mimesis of desire of the other is the starting point, the genesis of the accumulation of anger by the subject who then dissipate, violent discharge of impulses through, in a weak third party called here chivo atoning.

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....pág. 6

PRESENTACIÓN.....pág. 7

CAPÍTULO PRIMERO: Consideraciones metodológicas.....pág. 16

I.I. Introducción.....pág. 17

I.II. Enfoque metodológico.....pág. 19

I.III. Unidad de observación y unidad de análisis.....pág. 20

I.IV. El análisis del discurso.....pág. 21

CAPÍTULO SEGUNDO: Antecedentes teóricos sobre la violencia y su  
implicancia social.....pág. 25

II.I. Introducción.....pág. 26

II.II. Perspectivas naturalista y culturalista de la violencia.....pág. 26

II.III. Administración estatal de la violencia.....pág. 31

II.IV. Violencia y estado de excepción.....pág. 35

II.V. Relevancia del tema en cuestión.....pág. 41

CAPÍTULO TERCERO: Rito sacrificial: la construcción de la víctima  
propiciatoria.....pág. 43

III.I. Introducción.....pág. 44

III.II. La problemática de la violencia en la televisión.....pág.45

III.III. El mito del parricidio originario: ¿génesis de la violencia

fundadora?.....pág. 46

III.IV. El deseo mimético.....	pág. 46
III.V. El chivo expiatorio.....	pág. 52
III.VI. Comentarios finales a modo de cierre del capítulo tercero.....	pág. 55

**CAPÍTULO CUARTO: Acerca de los efectos de los mensajes televisivos en el público.....pág. 57**

IV.I. Introducción.....	pág. 58
IV.II. La escuela estadounidense de estudios sobre la comunicación: <i>Mass Communication Research</i> .....	pág. 58
IV.III. Las escuelas europeas: estudios culturales críticos sobre los medios masivos de comunicación y la sociedad.....	pág. 62
IV.III.I. La escuela de Frankfurt y el centro de estudios de Birmingham.....	pág. 63
IV.IV. Los estudios cognitivos de la comunicación.....	pág. 65

**CAPÍTULO QUINTO: Rivalidad mimética, ritualidad y violencia en los contenidos de la ficción televisiva *En terapia*: caso Gastón Ramírez.....pág. 71**

IV.I. Introducción.....	pág. 72
IV.II. Análisis del discurso del paciente <i>Gastón Ramírez</i> .....	pág. 72
V.III. Ampliación del análisis discursivo del personaje <i>Gastón Ramírez</i> .....	pág. 82

**CAPÍTULO SEXTO: Mímesis del deseo del otro, ritualidad y violencia en los mensajes de la ficción televisiva *En terapia*: Caso Ana Irigoyen y Martín Pineda.....pág. 87**

VI.I. Introducción.....	pág. 88
VI.II. Análisis de los pacientes Ana Irigoyen y Martín Pineda.....	pág. 88

VI.III. Ampliación del análisis discursivo del personaje *Martín Pineda*.....pág. 102

**CAPÍTULO SÉPTIMO: CONCLUSIONES.....pág. 105**

VII.I. Introducción.....pág. 106

VII.II. Cierre del análisis de los pacientes *Gastón Ramírez y Martín Pineda*.....pág. 108

VII.III. Cierre del enfoque respecto de los efectos de la televisión en la audiencia.....pág. 110

VII. IV. Cierre del análisis respecto de la relación entre los conceptos de mimesis, ritualidad y religión.....pág. 111

**VIII. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....pág. 114**

VIII.I. Libros.....pág. 115

VIII.II. Archivos digitales.....pág. 120

## **AGRADECIMIENTOS**

-Al Dr. Omar Heffes por su compromiso constante en la dirección de la presente tesis de maestría, tarea sin la cual el destino de la misma hubiera sido incierto.

-A la Dr. Mercedes Saizar quien desde el seminario de taller de tesis orientó los esfuerzos de quien suscribe y coadyuvó a construir un proyecto de investigación científicamente válido.

-A la Dra. Claudia Krmpotic quien desde la coordinación de la Maestría en Ciencias Sociales de la Escuela de Posgrado de la Universidad Nacional de La Matanza sedimenta las bases para que el trayecto del maestrando sea acorde a las circunstancias.

-A la profesora Graciela Martín por su aporte a la traducción del resumen (abstract) del presente estudio al idioma inglés.

-A todos los docentes de la maestría por el aporte que imprimieron en mí, especialmente al Dr. Marcelo Rossi y al Dr. Marcelo Altomare, quienes generosamente sembraron en mí el interés por la placentera búsqueda del conocimiento científico-filosófico.

# **DEDICATORIA**

A mi esposa por el acompañamiento y a mis hijos por la paciente espera.

## **PRESENTACIÓN**

Reflexionar acerca de la violencia y su impacto en la vida social implica despojarse de preceptos de sentido común, cargados de subjetividad, escuetos, de mera *doxa*, que lejos de arrojar luz al fenómeno a investigar, marcan un límite al análisis posible. Desescombrar tales designios en pos de penetrar en las entrañas de la realidad en estudio en la búsqueda de parámetros que permitan dilucidar los entresijos de la problemática en cuestión, aparece como el horizonte señalado hacia donde se intentará avanzar en las líneas subsiguientes.

Y para emprender el camino es necesario detallar el objeto de conocimiento y el método de investigación por el cual se abordará la tarea, construir el marco teórico en el cual se encuadrará el fenómeno social, especificar la técnica de recolección de datos y esgrimir el alcance del presente estudio.

A su vez se darán a conocer las conclusiones a las cuales se arribará y que estará fundamentada a partir de la indagación teórico-empírica. En definitiva cada aspecto trabajado se corresponde con una fase propia de la indagación científica la cual pretende ser a la vez lógica, sistemática, racional y conectada con la realidad social.

Antes de mostrar, a modo de adelanto, de qué se tratará cada apartado es menester señalar que el objetivo principal de este trabajo se centra en describir la representación de la violencia en la serie de ficción televisiva *En terapia*, tomada como unidad de observación para el presente estudio, en pos de comprender la forma en que se constituye sentido en torno de la violencia desde la misma.

El desafío será demostrar que la representación de la violencia en los contenidos ficcionales antes citados, tiene su anclaje en la ritualidad. Es decir que el modo en que se representa la violencia en la ficción televisiva en cuestión es el mismo, como no podría ser de otra manera, que el que se manifiesta al seno de las prácticas de lo humano; es decir mediante el mecanismo cultural de la construcción de una víctima propiciatoria.

Claro que para llegar a esta conclusión, que en rigor es sólo un comienzo (puesto que se deberá documentar aquello que se afirma en pos de comprobar fácticamente la conjetura), es necesario desandar un trayecto que presente las descripciones y aseveraciones fundamentales para mostrar que ello se cumple.

Adelantados objetivo e hipótesis argumentales del trabajo se indica que la tesis se articula en siete capítulos, siendo el primero de ellos el referido al diseño metodológico y en donde se dará cuenta de los criterios para abordar la presente investigación. De manera que en este acápite se explicitará el objeto de estudio, la unidad de observación, el método, la técnica de recolección de datos y la estrategia de interpretación de los mismos.

Cada capítulo escogido de la ficción televisiva será una unidad de análisis. La violencia que subyace en la misma será estudiada desde una metodología cualitativa, por cuanto la descripción en profundidad y la caracterización de los aspectos más relevantes para el estudio de la violencia plasmada en ella serán, en definitiva, los modos de indagación.

Por medio del análisis del discurso se detectarán los elementos necesarios para colegir una exploración cabal en función de comprender el fenómeno de la violencia en toda su acepción. Durante la aplicación del mismo se agregarán al análisis categorías lingüístico-comunicativas constituidas por Catherine Kerbrat-Orecchione, las cuales permitirán ampliar el universo a examinar (por supuesto se refiere a los actos de habla de los personajes involucrados en la tira diaria ya nombrada).

Se utilizará dicho modelo porque permitirá, a través de la apropiación de sus elementos, aplicar los mismos a todo tipo de mensajes, incluso los no lingüísticos, por tanto servirá como recurso principal para abordar cada uno de los temas que los actores, a través de sus papeles, desarrollen durante el programa.

Por ello, porque el discurso es acción, pero sobre todo porque a través del mismo se evidencia las huellas del pasado, es que se avanzará en la dirección del examen de las expresiones, ya que es por intermedio de la palabra que se afirman los pareceres, costumbres, ideologías y maneras de comprender al mundo y al hombre y su circunstancia.

Porque para embarcarse en una investigación que presente como objeto de estudio un producto audiovisual se requiere del apoyo técnico y teórico, y el modelo comunicativo aludido aglutina herramientas precisas para la disección de cada elemento concreto, en vías de dilucidar aspectos inmanentes de la violencia representada a través de los discursos de los personajes que interactúan en cada uno de los episodios.

Entre las categorías aludidas se encuentran las competencias que la autora denomina como lingüísticas y paralingüísticas, las competencias ideológicas y culturales que expone cada sujeto en los actos del habla, sus propias determinaciones psíquicas, las

restricciones discursivas que limitan el accionar de cada individuo en un contexto dado y los modos de producción e interpretación de mensajes, los cuales se entienden aquí como intenciones y, más aún, como acciones concretas con que los humanos, como seres simbólicos, construyen hechos socialmente significativos.

Todas las categorías conceptuales serán retomadas con exactitud y precisión en el desarrollo del capítulo primero dedicado a exponer los parámetros metodológicos en los que se encuadrará la presente tesis de maestría, conjuntamente con aquella perspectiva que se tomará para adecuar el análisis del discurso a la tarea investigativa.

En el capítulo segundo se planteará una revisión histórico-cronológica respecto de las diferentes perspectivas de análisis en torno del fenómeno de la violencia. Se retomarán aquí tanto la corriente naturalista como la óptica culturalista que, aunque antagónicas, posibilitan nutrir la mirada para así intensificar el análisis posible.

Más luego, en la adopción del enfoque estratégico se optará por las diferentes teorías que se desprenden del enfoque culturalista respecto del origen y la función social de la violencia aunque ello no imposibilita el hecho de recuperar ambas vertientes epistemológicas, inicialmente presentadas en un tono intencionalmente neutro.

Al respecto se indicará, a modo preliminar, que la primera perspectiva se enfoca en aquello que es inescindible del ser. Es decir que la postura naturalista afirma que en la esencia misma del humano anida la práctica violenta que tiende a desbandarse en el caos, de manera que se hace imperioso controlar la amenaza al orden social: ello significa controlar, desde las fuerzas legitimadas del sistema, toda posible ola de venganza (y de venganza de la venganza).

En contraposición a ello la posición de los autores culturalistas esgrime que la violencia se aprehende en el contexto en que cada individuo se desarrolla, fundamentalmente en su proceso de socialización primaria con su familia nuclear. Allí, en contacto con sus vínculos parentales directos es que el sujeto forma su carácter y adquiere las prácticas, costumbres, hábitos de conducta pero también valores, normas morales y creencias con las cuales transitará su vida social.

Complementario a lo inmediatamente anterior aparecerá la perspectiva (utilitarista) sociológica que expone que, en pos de organizar a la comunidad en su conjunto, el Estado debe monopolizar la administración de la violencia, siempre que se trate de acciones cuyos objetivos se enfoquen hacia fines racionales.

Por último se tratará la perspectiva adoptada aquí como enfoque estratégico y que postula que todo sujeto aprehende de un modelo de quien desea sus deseos, es decir que

emula los comportamientos de éste. Así, bajo el constructo de deseo mimético se exponen los argumentos que guiarán el presente trabajo.

En el capítulo tercero se conceptualizará el problema de investigación sobre la base de los conceptos de rito y violencia. Es decir que se transitará aquí la noción de reproducción ritual de la violencia, dado que se entiende a la misma como un fenómeno humano-cultural que tiene su anclaje en la ritualidad.

Se entiende que todo rito se presenta como un mapa del cual deben interpretarse los indicios. Los mismos refieren a las prácticas culturales que se afincan en cada población y de los cuales se debe desentrañar su sentido y, a posteriori, intentar comprender las acciones que rigen (sobre la base de aquellos) en la actualidad.

Entonces se manifiesta que la violencia se institucionaliza en una sociedad dada a partir de la consecución de algún tipo de ritual en el cual todos los miembros plenos acuerdan, a un mismo tiempo, liberar su carga de violencia en una víctima que presente las condiciones para contener la ira del resto, disipar la culpa y con ello coadyuvar a liberar la carga negativa, sólo hasta que la misma vuelva a reconcentrarse.

Esta víctima debe ser de recambio, lo cual implica que atrae para sí la descarga violenta del resto de los individuos quienes acumulan ira a partir de la relación con otro, en tanto que modelo de representación emulado miméticamente, y liberan finalmente su bronca acumulada en un tercero. Un chivo expiatorio el cual será tal siempre y cuando asegure, con su inacción, que no se tomará revancha por los daños y agresiones recibidas.

De manera que se asienta aquí la idea de que la violencia intenta disiparse a través de una víctima sustituta; algo o alguien (dado que se puede tratar de un animal o bien de un humano) quien cargue con la violencia del resto y que fundamentalmente no genere, por medio de la venganza, un ciclo interminable de violencia. La víctima propiciatoria lo es por el hecho de que propicia, mediante su inacción, la paz entre los hombres.

Ahora bien es sabido que el humano ritualiza prácticas que devienen a esta era desde tiempos inmemoriales. A gran escala, los ritos surgen de las fiestas o encuentros religiosos en agradecimiento a la tierra, de cuyo trabajo obtiene parte de los alimentos necesarios para la nutrición, y en particular existen un sinnúmero de acontecimientos sociales que se reproducen por el hecho de que siempre ha sido así; es decir que se actúa en la vía de la tradición.

De manera que muchas de las acciones que se emprenden en la cotidianeidad tienen su anclaje en la ritualidad. Pues bien la violencia, no siendo la excepción, se podría

afirmar que aparece, a partir de un estudio profundo del fenómeno, como la regla. Si todo orden humano-social se gestó a la luz de los sistemas religiosos, con el rito se ratificó cíclicamente ese orden.

Toda religión, aun las más primitivas de que se tienen registros, fueron siempre el recurso, más aún, el argumento central (y se asevera) unívoco, para controlar la violencia. Para que todos los miembros de un clan a un mismo tiempo renunciaran al uso de la fuerza contra un otro, todos acudían al sacrificio de un tercero. Un individuo, a la vez sagrado y profano, o bien un animal a quien inmolar y con ello disipar toda carga de violencia adscripta a la comunidad.

Así el cuerpo de la sociedad en su conjunto descargaba la ira acumulada y de ese modo se libraba del riesgo del uso de la violencia entre pares que, lejos de sedimentar un determinado orden social, lo ponía en riesgo.

Si se siguen los lineamientos del enfoque teórico adoptado, éste permite dilucidar el aspecto medular con que se representa la violencia en la ficción televisiva en cuestión, la cual no dista de la forma en que se materializa en los actos cotidianos. Y es que el ser reproduce, en el plano inconsciente, acciones aprehendidas al seno de su propia cultura.

En este sentido se asevera que la violencia es un fenómeno que aparece directamente ligado a la cultura y por ende es constitutivo de las primeras comunidades en las cuales las reglas y las normas aparecen amarradas necesariamente a la religión, porque es la religión (cualquiera fuere) el sistema que ha coadyuvado a constituir el orden estatutario.

Si se afirma que las sociedades humanas existen desde tiempos inmemoriales, lo mismo debe aseverarse respecto de las religiones, pues no se conocen formas de vida social sin su correspondiente sistema religioso. Y a su vez ha sido el sistema religioso (independientemente de cual fuere) el que ha asentado los pilares en los cuales se ha construido cultura.

De forma tal que las sociedades primitivas se concibieron en las arenas de la negociación entre individuos, las cuales fueron puestas en práctica invocando a los dioses como testigos. Pero no es intención en esta presentación atestiguar aspectos teológicos ni remitir a sistema de creencia alguno.

Respecto de esto último se indica que este estudio se orienta hacia la revisión somera de las religiones por cuanto se obtiene, de una mirada genérica y global, un elemento que actúa como común denominador de las mismas: el rito. Si todas las religiones se diferencian por los preceptos que pregonan, todas ellas se unifican en la manera de

asentar, transmitir y reproducir por la eternidad de las generaciones, sus sistemas doctrinarios.

El rito se constituye en el dispositivo que certifica el intersticio, el punto de contacto entre las mismas. Una pregunta válida en este punto sería aquella que refiriera a la relevancia del rito en este trabajo. Pues bien, lo que sigue es el análisis de la ritualidad del rito de iniciación.

Si el rito se mitifica ello se logra mediante la reiteración (y evocación) del mismo. Todos los ritos lo son porque han asentado, en el plano de la divinidad, una manera de construir algo. Y ese algo no es otra cosa que el orden social. Porque (se reitera) no existe sociedad sin un orden que la articule; es, en definitiva, el esqueleto por el cual el cuerpo (social) se mantiene erguido.

¿Y cómo se relaciona todo ello con el objeto de estudio *violencia*? Pues por el hecho de que el primer rito (y los sucesivos) fueron sacrificiales. Es decir que articularon, mediante la violencia instituida e instituyente, determinadas normas por medio de las cuales evitar el conflicto entre los hombres.

Un sacrificio para evitar multiplicidad de sacrificios; ello no remite a otro hecho que a aquel que refiere al control de la violencia entre los hombres. Las religiones surgen con motivo de fortalecer y cohesionar la convivencia y erradicar, o cuanto menos controlar, la violencia entre los individuos. Si la violencia es un fenómeno que se origina estrictamente en la cultura, entonces debe existir un organismo de la propia cultura que lo regule.

Cada religión se ha instituido con motivo de disciplinar a los individuos y coadyuvar a disipar sus angustias, las cuales suelen materializarse en violencia contra el otro. El rito de iniciación, tal como lo explican Freud y Girard y que será referido durante el marco teórico-conceptual, remite a la descarga en una víctima común, la ira acumulada por el resto.

Un *chivo expiatorio* que permita que se armonicen los ánimos y se pacifiquen las relaciones interpersonales, sólo hasta que la cólera crezca en cantidades en que sea necesario disipar, momento en que nuevamente una víctima propiciatoria cargará con la violencia acumulada del resto. Lo que sigue es precisamente ritualidad. Y la ritualización del fenómeno subrepticio, distante de la mirada del lego en el acontecer cotidiano, reactualiza la norma.

En el capítulo cuarto se retomarán las corrientes de pensamiento que, en materia de estudios sobre la recepción de las audiencias respecto de los mensajes propios de los

medios masivos de comunicación, se han desarrollado paralela y fundamentalmente en dos polos de estudio, a saber: Estados Unidos y Europa.

Como grandes epicentros de la investigación sobre la comunicación mediada, estas dos escuelas con cosmovisiones del mundo contrapuestas, han sido pioneras en los estudios sobre comunicación de masas. De ellas se desprenden teorías que emergen como consecuencia del legado que en esta materia han sedimentado ambos centros de investigación.

Se retomará entonces en primera instancia la escuela de la *Mass Communication Research* y en particular las teorías de la Aguja Hipodérmica, de la Persuasión, de los Efectos Limitados y de los Usos y Gratificaciones, las cuales concentran en sí mismas las diferentes etapas en materia de concepción del efecto de los *media* en la audiencia.

También se trabajará el pensamiento de las escuelas de Frankfurt y de Birmingham con el fin de comprender la mirada antitética (respecto de la escuela estadounidense de los estudios sobre la comunicación) que aporta una lectura crítico-reflexiva opuesta a los cánones y estándares mediáticos propios del sistema.

A su vez se revisarán los postulados de la teoría del cultivo televisivo dado que con la utilización de la misma se intentará enmarcar lo que ocurre con la fruición televisiva, es decir con el consumo y los efectos cognitivos, producto de ello, en el público. Entonces esta teoría se enfoca en las consecuencias visibles del consumo en cantidades significativas, específicamente de televisión, por parte de la audiencia.

Los capítulos quinto y sexto están dedicados al trabajo de campo propiamente dicho. En el mismo se ponen bajo la lupa tanto los textos a través de los cuales puede interpretarse el comportamiento que los pacientes *Gastón Ramírez* (personaje interpretado por el actor Germán Palacios) y *Ana Irigoyen* y *Martín Pineda* (lo propio hecho por los actores Dolores Fonzi y Leonardo Sbaraglia), llevan a cabo en el consultorio del psicoterapeuta *Guillermo Montes* (Diego Pereti).

Se encuentra evidencia suficiente en estos casos de que la violencia está caracterizada por el accionar ritual. Ello debido a que en determinadas acciones se demuestra la presencia del mecanismo propio de la construcción de una víctima propiciatoria, es decir sustituta, que expía las culpas al tiempo que les permite a los personajes aquí analizados liberar la carga negativa que afecta su estado emocional.

En el caso del paciente *Gastón Ramírez* puede detectarse sin mayores esfuerzos el intento denodado de éste por emular el comportamiento de su padre, reconstruido por el

protagonista como la perfección absoluta encarnada en persona, de carácter rígido, difícil de quebrantar, tanto a nivel físico como a nivel emocional.

Es entonces que *Gastón Ramírez* intenta sistemáticamente mimetizarse con la figura de su padre, primero convirtiéndose en un policía de élite y luego manifestándose en cada acto, en cada circunstancia, como un sujeto de gran temple emocional y que, en mejor de los casos, resuelve los acontecimientos policiales a los que se encuentra afectado con presunta perfección.

Y en ese buscar cotidiano es que se encuentra, al no satisfacer sus deseos (que, en rigor son los deseos del otro -su padre-) con un grado de impotencia tal que necesita imperiosamente disipar. Es allí cuando intercepta a una víctima de sustitución, cualquiera que se presente como menos poderosa o bien menos influyente que su padre y modelo, y con quien libera su ira.

Si bien en el caso de la pareja ello es distinto, puesto que ambos presentan inconvenientes de representación con sus modelos de referencia, la mimesis ritual se produce por antonomasia. Es decir que ambos, *Ana* y *Martín*, se oponen a todo designio de sus padres aunque en rigor permanecen amarrados (por distintos motivos) psíquicamente a sus progenitores.

Y finalmente un capítulo siete a modo de conclusiones, en el cual se reafirman las hipótesis descriptivas del presente trabajo.

# **CAPÍTULO PRIMERO:**

## **Consideraciones metodológicas**

## **I.I. Introducción**

En el presente trabajo se obrará metodológicamente siguiendo los lineamientos propios de la inducción analítica, por cuanto se profundizará en el análisis específico de un caso, a intención de dar cuenta de las particularidades o bien, de las regularidades empíricas que aparecen en torno de la representación de la violencia en la ficción televisiva tomada aquí como unidad de observación.

Ahora bien algunas de las preguntas que pueden surgir al encarar metodológicamente el camino recientemente planteado pueden ser: ¿cuál es el nivel de relevancia científica que supone un trabajo inductivo? ¿Cuáles son los aspectos intrínsecos a la problemática de la violencia que ameritan que se tome un curso basado en el estudio particular de cada uno de los programas elegidos como parte de la muestra representativa del producto audiovisual aludido, para luego enmarcarlos en una teoría general?

Se considera aquí oportuno comenzar por el principio, es decir, por una definición global respecto del constructo de inducción analítica que clarifique el pensamiento en este punto. Así, siguiendo los lineamientos de Taylor y Bogdan, quienes en su obra *Introducción a los métodos cualitativos de investigación* han expuesto los criterios generales y específicos de todo diseño cualitativo de investigación científico-social, éstos autores explican que “la inducción analítica es un procedimiento para verificar teorías y proposiciones, basado en datos cualitativos”. (Taylor, S. y Bogdan, R. 1986: 156).

De ello se desprende que por esta vía no se pretende desarrollar nuevas teorías sino que básicamente se intenta validar una ya existente, relevando para ello datos de la realidad que acrediten que la explicación del fenómeno social en cuestión se cumple de acuerdo a lo que la perspectiva teórica adoptada expone. Entonces desde esta posición metodológica se intentará realizar aquello que estos autores consideran “un ajuste perfecto entre los datos y las explicaciones de los fenómenos sociales”. (Katz en Taylor, S. y Bogdan, R. 1986: 156).

Por tanto, y estableciendo *a priori* una relación intrínseca entre mimesis, rito y violencia (que se ampliará en todo su tenor en el capítulo siguiente), se pondrá en el microscopio cada una de las unidades de análisis de análisis escogidas por vía no aleatoria, en pos de verificar en el trabajo empírico, aquello que se conjetura

hipotéticamente: la manera en que se materializa la violencia en la ficción televisiva antes citada tiene relación directa con la violencia originaria.

Para ello, y respondiendo al interrogante antes planteado en torno de los aspectos intrínsecos de la problemática de la violencia, que ameritan que se tome un camino estrictamente particularista para su estudio, se insiste en que bajo la órbita del estudio inductivo-analítico se logrará mostrar que el tratamiento de la violencia en los contenidos televisivos aquí trabajados presenta un correlato directo con aquello que la teoría general adoptada expone.

De manera que si se procura contrastar esto último se deben dar datos concretos que afirmen la regularidad empírica con los cuales probar que cada aspecto puntual del comportamiento (violento) de los personajes analizados cuadra con la forma en que la teoría mimético-ritual expone.

Es decir que cada uno de los protagonistas de la ficción televisiva aquí trabajada adoptan un modelo con el cual se mimetizan y a continuación, no pudiendo alcanzar los objetos deseados, por caso los mismos que desea su modelo, entonces la impotencia los transporta a un estado de ira inopinada que les genera una imperiosa necesidad de liberar su carga emotiva negativa en un tercero.

Una víctima sustituta que, en tanto débil o acaso anodina, permita concluir el ciclo de la violencia recibiendo dicha descarga (materializada tanto física como verbalmente), y reasegurando, producto de su inacción, la disipación de la misma. Más luego la ira se acumula en niveles en que es necesario disipar nuevamente *ergo*, el ciclo recomienza.

Por lo referido a la inclinación por un estudio descriptivo de corte inductivo se dirá simplemente que se presenta como una necesidad por el hecho de que se concibe el análisis de la cultura en general, y de los aspectos inherentes al comportamiento violento y su forma de materialización en particular, como un estudio pormenorizado por medio del cual cada átomo correspondiente al cuerpo de estudio de la presente tesis debe ser examinado en su totalidad, para ser puesto luego en relación con el contexto.

Ello lejos de impedir las descripciones profundas, incluso con algunos niveles de generalización y/o medición de aspectos puntuales del fenómeno a estudiar, las favorece, lo cual permite comprender en su totalidad el objeto de estudio recortado para este estudio.

Se enfocará entonces esta compleja tarea a partir de la aplicación de la técnica del análisis del discurso, por tratarse de una herramienta ideal para diseccionar diálogos,

reconstituirlos y enmarcarlos en la plataforma teórica que se ha escogido para llevar adelante el estudio.

Por último, y en el contexto del estudio de los discursos (específicamente los referidos a los desarrollados en los medios masivos de comunicación, en particular en la televisión), se aplicará el modelo de la enunciación desarrollado por la lingüista francesa Catherine Kerbrat-Orecchione, por considerársele óptimo para afrontar la ardua tarea de interpretar cada mensaje mediático propuesto por el programa televisivo seleccionado para escribir la presente tesis.

## **I.II. Enfoque metodológico**

En concordancia con el objetivo central expuesto se orienta la presente investigación en el método cualitativo. En palabras del metodólogo y profesor mexicano Roberto Hernández Sampieri, este tipo de método consiste en “la caracterización de un hecho, fenómeno, individuo o grupo, con el fin de establecer su estructura o comportamiento” (Hernández Sampieri, R. 2003: 117). De manera que se intentará mostrar cómo se reproduce la violencia en los casos que contempla la serie, basada en la terapia de los pacientes con su terapeuta.

En este mismo sentido se adelanta que la hipótesis de trabajo se orientará conforme la aseveración siguiente: en los mensajes con carga de violencia presentados en el programa de ficción *En terapia*, de la señal de televisión abierta de Canal Siete de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, emitido durante los ciclos 2012 y 2013, se reproduce el mecanismo mimético-ritual que remite a la construcción de una víctima propiciatoria en la cual cada sujeto busca descargar su ira acumulada en un tercero, a saber, en un *chivo expiatorio*.

Dado que el trabajo empírico versará sobre un análisis discursivo de los mensajes de los archivos de la tira diaria antes citada, la totalidad de los episodios de la ficción televisiva en cuestión comportarán el universo de análisis o población del presente estudio.

Del mismo se tomará una muestra que se confeccionará a partir de los capítulos que comprenden las historias de los personajes *Gastón Ramírez*, por una parte y *Ana*

*Irigoyen y Martí Pineda*, por la otra y que permite vislumbrar los modos de violencia explícita e implícita que en cada uno de ellos se registran.

El tipo de muestra será no aleatoria e intencional. No aleatoria porque no todos los episodios contarán con las mismas probabilidades de ser escogidos para formar parte de la muestra; de hecho sólo se tendrán en cuenta los capítulos emitidos los días martes y los días jueves.

Intencional porque, siguiendo esta lógica, serán elegidos aquellos que presenten argumentos claros y concretos de violencia que posibiliten el encuadre teórico que se realizará *a posteriori*, con el objetivo de reconstruir las formas de representación de la violencia en la actualidad en la ficción escogida y elucidar la relación de ésta con la violencia ritual, que subyace al seno de la propia forma de actuación humana.

### **I.III. Unidad de observación y unidad de análisis**

Se ha dicho ya que la investigación presenta un carácter descriptivo. En la misma se establece una unidad de observación, se refiere al programa por episodios *En terapia*, y sus correspondientes unidades de análisis, se alude, claro está, a cada capítulo que será incluido en la muestra con la cual se trabajará a lo largo del escrito.

Asimismo se trabajará bajo el criterio siguiente: se considerará como variable al atributo *mecanismo ritual de la violencia*, del cual se intentará caracterizar su estado. Así cada acto referido a la *construcción de la víctima propiciatoria* aparecerá como el indicador u observable empírico del fenómeno.

La unidad de observación escogida se presenta como un producto audiovisual de significativo valor estético y artístico a la vez que relevante, en términos de profundidad discursiva, dado que en la misma se ahonda en la problemática humana por medio de la conversación clínica, regida por un terapeuta.

En ella los pacientes exponen aspectos de sus propios trayectos de vida, muchos de ellos enquistados, alojados en el estadio inconsciente, que generan síntomas de difícil resolución y que a fuerza de voluntad y guía por parte del profesional, surgen a la luz para cambiar, en parte, el destino de los personajes involucrados.

Se considera entonces propicio este formato audiovisual dado que posibilitará revisar elementos por medio de los cuales atender a diversos aspectos que, en su conjunto,

permitirán verificar la teoría mimético-ritual adoptada. Ello a propósito de retomar, descomponer y analizar los mensajes mediáticos del programa televisivo.

Si esto último resultase efectivo será por motivo de comprobar que cada sujeto se identifica con un modelo, se mimetiza con él y a consecuencia de ello, desea sus deseos. No porque pretenda los mismos objetos que el primero, sino que porque precisa construir una identidad y ello le es posible en tanto y en cuanto adopta las maneras, las formas de ser, en definitiva, los deseos del otro.

#### **I.IV. El análisis del discurso**

Propio del registro documental de textos, el análisis del discurso se encauza como una técnica de investigación por medio de la cual es posible comprender aspectos ideológicos así como también enfoques de pensamiento, manifestación de valores, creencias y/o actitudes a partir de la interpretación de los significados que personas físicas y/o jurídicas, utilizan para comunicarse.

Dicha técnica refiere a la interpretación de documentos que pueden ser de naturaleza escrita (ya sea en discursos, entrevistas, literatura en general, etc.) fílmica, pictórica, icónica, audiovisual, multimedial o de otra índole y/o soporte, que pueda contener todo tipo de registro de información para su posterior interpretación.

Asimismo se adhiere a la postura que muestra que “el denominador común de todos estos materiales es su capacidad para albergar un contenido que leído e interpretado adecuadamente nos abre las puertas al conocimiento de diversos aspectos y fenómenos de la vida social”. (Andréu Abela, J. 1998:1).

En este sentido se utilizará dicha técnica en función de arrojar luz a un fenómeno de complejo entramado y que puede ser evidenciado desde un plano holístico, integrador, toda vez que se interpreten las referencias que los personajes proyectan y ejecutan en modo ritual.

Por caso, para el investigador español Jaime Andréu Abela “el análisis del discurso hace referencia fundamentalmente al acto conversacional y a los procesos estructurales de interacción que en él se producen” (Andréu Abela, J. 1998:2) Por ello se ajusta categóricamente al presente objeto de estudio cuya trama se desenvuelve en el diálogo mismo entre el terapeuta y cada uno de sus pacientes.

Asimismo para analizar los procesos comunicativos inherentes a la ficción televisiva escogida, y en el contexto del análisis del discurso se utilizará, aplicando herramientas del área de la lingüística, categorías conceptuales propias del esquema comunicativo propuesto por Catherine Kerbrat-Orecchione.

Para esta lingüista post estructuralista, en los intercambios de mensajes (tanto en las producciones de sentido como en las decodificaciones) existen condicionamientos del orden de las competencias lingüísticas y paralingüísticas, del orden tanto de las restricciones del universo del discurso como de las configuraciones o, en los términos de la propia autora, de las determinaciones psicológicas, culturales e ideológicas de cada sujeto. Todos estos elementos permiten examinar los recursos, las habilidades y las características de los hablantes y su entorno social.

Particularmente en cuanto a las restricciones del universo del discurso la pensadora se encarga de aclarar que no necesariamente ni exclusivamente se refiere a la adquisición de un tipo de léxico técnico y/o profesional que haya asimilado el enunciador a lo largo de su experiencia, sino que lo compendia en dos grandes ejes conceptuales, a saber: “las condiciones concretas de la comunicación y los caracteres temáticos y retóricos del discurso, es decir, *grosso modo*(el destacado es del autor), las restricciones de género” (Kerbrat-Orecchione, C. 1997: 25).

Por medio de la suma de la primera categoría conceptual más la segunda es posible reconstruir la naturaleza del emisor (o, como en este caso, del productor del texto), y a su contexto o circunstancia en que, en rigor, efectúa su discurso. Por naturaleza se remite a la posibilidad de comprender la esencia del hablante, esto es su cosmovisión del mundo condicionada por el contexto comunicativo.

Orecchione amplía el horizonte de esta última categoría conceptual expresada (se hace referencia a las condiciones en que se efectúa la comunicación), al indicar que se trata de “los datos situacionales, y en particular la naturaleza escrita u oral del canal de transmisión, y la organización del espacio comunicacional, objeto de la reflexión proxémica”. (Kerbrat-Orecchione, C. 1997: 28).

Para el aspecto de los caracteres temáticos no hay demasiado que ampliar. Simplemente esgrimir que la particularidad de cada situación delimita el género en que se inscribe el discurso. Respecto del plano estrictamente proxémico se agregará que es relevante y condiciona la producción discursiva el juego entre proximidad y distancia del sujeto, tanto en relación con los objetos (muebles e inmuebles) como con el resto de

los individuos quienes pueden aparecer como ratificados o no ratificados en el proceso comunicativo.

Asimismo la autora francesa define las competencias culturales y las competencias ideológicas como todo aquello que el enunciador representa en tanto “conjunto de los conocimientos implícitos que poseen sobre el mundo (y) el conjunto de los sistemas de interpretación y de evaluación del universo referencial”. (Kerbrat-Orecchione, C. 1997: 26).

Por ello, porque es interesante deconstruir el sentido inherente a los mensajes producidos en la ficción televisiva *En terapia* y porque se considera que las herramientas que brinda el planteo teórico desplegado por Catherine Kerbrat-Orecchione desde una perspectiva lingüística se presenta como de vital relevancia para ahondar en el análisis discursivo que desarrollan los personajes por medio del cual plasman, aunque indirectamente, los modos de construcción de la violencia humano-social, es que se utilizará esta herramienta como matriz de trabajo.

Con plena aplicación al campo de las ciencias de la comunicación en general, de la televisión en particular y del análisis del discurso de la ficción escogida como objeto de estudio para la presente tesis, en singular, el postulado tipológico de la autora (aunque originalmente pensado para la lingüística) se transforma en clave para las aspiraciones que en futuro inmediato se tiene respecto del estudio de la violencia y su representación en la ficción televisiva.

Por último cabe destacar en este apartado que el análisis del discurso presenta la particularidad de ser una técnica de investigación que en su proceso de aplicación se conjugan la habilidad de construir un sistema de categorías para proceder al análisis correspondiente que determine y delimite el instrumento de recolección de datos para, *a posteriori*, encarar el trabajo de campo y, en una misma instancia productiva, enfocar la interpretación de la información (en función de preparar las conclusiones preliminares), dado que no es posible escindir en la aplicación del instrumento, el relevamiento de la información y el tratamiento de los datos.

Tales procesos, el estrictamente metodológico (por cuanto se aplica la técnica de análisis del discurso propia de la lingüística, aunque adaptada al estudio comunicológico de los mensajes televisivos ficcionales, para abordar el objeto de estudio en cuestión) y el analítico, correspondiente a la etapa de ordenamiento, análisis y mostración de la información obtenida a consecuencia, están directamente imbricados, como dos caras de una misma moneda.

De manera que transitar el camino de la aplicación de la técnica en cuestión supone a la vez relevar los testimonios y examinarlos, todo en un mismo proceso analítico-reflexivo. Etapas, cada una de las expuestas, difícilmente divisibles de esta particular técnica de recolección de datos.

# **CAPÍTULO SEGUNDO:**

## **Antecedentes teóricos sobre la violencia y su implicancia social**

## **II.I. Introducción**

Se esgrimen someramente aquí las diferentes perspectivas de pensamiento respecto de la violencia, cuanto menos, aquellas que gozan de mayor reconocimiento para, *a posteriori*, mirar con sólidos criterios el objeto de estudio en cuestión. Claro que no es posible reunir todos los estudios existentes en relación a la violencia, pero los recuperados son suficientes para reflexionar acerca de lo que se considera, tanto como de lo que no, en torno del fenómeno.

De manera que rastrear cronológicamente lo concebido en torno de la violencia permite reconstruir y comprender aquello que los grandes pensadores elucubraron en relación a su forma de materialización. Remite a inferir, de los modos históricos de la actuación humana, aquellos aspectos que se presentan como constantes, universales, sistemáticos.

Y ello trae aparejado un sinnúmero de problemas de orden epistemológico que invitan, antes de debatir ideas, a revisar las conjeturas acerca de la ritualidad que reviste a la violencia y a cómo las formas primitivas en que se asienta ésta toma sentido y se reactualiza cotidianamente.

Dicho esto se direcciona el estudio hacia la reconstitución de, por una parte, la mirada naturalista de la violencia, la cual establece que ésta es inherente al humano y la perspectiva culturalista del fenómeno, desde la cual se multiplican las voces que dan cuenta de que las prácticas violentas son adquiridas por los sujetos durante su trayecto de vida.

Ello fundamentalmente a partir de un doble plano: el primero de ellos referido a la construcción de la identidad del individuo, el cual se desarrolla a lo largo de un proceso intra-psíquico, a la vez íntimo tanto como en implicancia con otro (en tanto modelo de referencia). Y el segundo hace referencia al aspecto social, producto de la asimilación de prácticas y modos de actuación del sujeto que se anexiona, paulatinamente, a la sociedad.

## **II.II. Perspectivas naturalista y culturalista de la violencia**

En un breve recorrido histórico es posible recuperar en mirada retrospectiva el argumento más sólido del transcurrir del siglo XVII, concebido por el filósofo

contractualista Thomas Hobbes, quien en su famoso tratado *El leviatán* afirmó que la violencia es inmanente al hombre. Como si este tipo de comportamiento se transmitiera de individuo a individuo como se transmite, vía ADN, la información genética de padre a hijo.

Asimismo Hobbes aseveró que la violencia es necesariamente natural, como lo es en efecto el derecho a “la libertad que cada hombre tiene de usar su propio poder como quiera, para la conservación de su propia naturaleza, es decir, de su propia vida.” (Hobbes, T. 1983: 139).

De ello deduce, *grosso modo*, que de no circunscribirse los actos humanos a las leyes que ordenan la convivencia en sociedad y que se desprenden de un orden natural, a la vez eclesiástico y civil, se desata una violencia incontrolable, incontenible, una ola de venganza (y de venganza de la venganza) de todos contra todos, en la cual el hombre se transforma en el lobo del hombre (Hobbes, T. 1983).

Su argumento se basa en la necesidad, dado que la violencia es innata y se debe lidiar con ella, de constituir leyes que regulen el accionar de las personas. De otra manera, de no adecuarse cada sujeto a las normas que organizan la vida en sociedad no es posible, debido a la naturaleza humana, celebrar contratos entre los hombres que concluyan pacíficamente, luego de llevada a cabo la tarea.

Pues la amenaza es siempre y en todos los casos el rebrote de la violencia, el cual se materializa, al accionar un individuo contra otro con motivo de vengarse de éste, en peor de los casos, con el crimen. Y es la escalada de la violencia aquello que, en términos de este autor, es imperioso controlar.

En otra vertiente paradigmática se halla la línea que esgrime que la violencia es un modo de actuación aprehendido durante el proceso de conformación de la identidad. Y las instituciones existentes en toda sociedad, tales como la familia, la escuela, la iglesia, el ámbito laboral y el espacio social en general (club, centro cultural, etc.) actúan en cada individuo de manera tal que éste incorpora hábitos de comportamiento que asimila durante su proceso de socialización.

En este sentido, y en una posición antagónica respecto del fundamento que expone que la violencia emana de la propia naturaleza humana, Sigmund Freud observa que la raíz de la violencia está asida a la cultura. Afirma que el origen de la violencia anida en la neurosis primera de cada persona, aquella que permanece enquistada (psicoanalíticamente) en la evolución del complejo que cada sujeto resuelve en relación con sus progenitores y que es fuente de toda matriz cultural.

El célebre psicólogo psicoanalítico expresa ello con elocuencia al indicar que “en el complejo de Edipo se conjugan los comienzos de religión, eticidad, sociedad y arte, y ello en plena armonía con la comprobación del psicoanálisis de que este complejo constituye el núcleo de todas las neurosis, hasta donde hoy ha podido penetrarlas nuestro entendimiento”. (Freud. S. 1976: 158). Anuda entonces la génesis de toda ira a su conocida teoría del complejo de Edipo.

Y si la resolución del complejo es inmanente a cada sujeto, no es posible que ello se desarrolle en un plano estrictamente individual. Todo lo contrario, cada persona se encuentra atravesada por una red de relaciones que comienza con la familia nuclear, particularmente con sus progenitores, pero que luego se extiende al resto de los grupos de referencia a los que pertenecerá, por causa de las actividades que, por caso, lleve adelante.

De manera que todo individuo se circunscribe a determinadas normas culturales que impactarán decididamente en su constitución como persona. Y entre las diversas normas sociales que coexisten, Freud trabaja una en particular que ha sido objeto de innumerables estudios sobre la cultura: se hace referencia a la prohibición del incesto.

Devenida a esta era desde tiempos inmemoriales, a consecuencia de un acuerdo tácito a la vez que necesario entre los hombres, la prohibición del incesto es acaso la primera, en el mismo modo que crucial, norma consuetudinaria que obliga a aceptar la no vinculación de tipo sexual de los hombres del clan con sus parientes próximos, dependiendo de la costumbre de cada pueblo el tipo de prohibición estipulado, según la definición de pariente próximo.

Oportuno sería en este punto interrogarse acerca del por qué de tal aceptación y, a su vez, por la necesidad de la misma. Se podría conjeturar desde diferentes perspectivas aunque en este segmento en particular se utilizarán los planteos directos de Sigmund Freud.

El autor austríaco arguye, valiéndose del conocimiento alcanzado por la antropología cultural durante su época (primeras décadas del siglo XX), que lo importante del caso radica en que en todas las culturas coexiste esta regla, la cual ha sido fuente primera de todo orden social.

Orden social amenazado por causa de que la pulsión sexual genera discordia entre los hombres. Por ello Freud plantea que tuvo que suceder que en la primera de las organizaciones humanas, debido a que todos los hombres pretendieron poseer a las mujeres para sí, imitando al modelo de referencia o mejor aún, imitando los deseos de

ese modelo, todos los integrantes del clan se unieron para matar al padre primordial. (Freud, S. 1976).

Pero, ¿por qué tuvo que suceder ello? El motivo, imagina Freud, no pudo haber sido otro: los jóvenes del clan, al desear el mismo acceso carnal a las mujeres que detentaba su padre, acordaron en asesinarlo y terminar así con el monopolio de éste respecto de las hembras del clan.

De manera que (a riesgo de abreviar demasiado su teoría y obviar por ello elementos sustanciales de la misma) constituyó el mito del parricidio originario, por el cual a un tiempo los sujetos quienes no accedían a las mujeres, por ser poseídas todas ellas por un padre fuerte, a la vez que modelo para el resto de los hombres, sus hijos visualizaron la necesidad del asesinato del patriarca.

A continuación se transcribe un pasaje de *Tótem y tabú*, obra del médico neurólogo, considerado padre del psicoanálisis:

La necesidad sexual no une a los varones, sino que provoca desavenencias entre ellos. Si los hermanos se habían unido para avasallar al padre, ellos eran rivales entre sí respecto de las mujeres. Cada uno habría querido tenerlas todas para sí, como el padre, y en la lucha de todos contra todos se habría ido a pique la nueva organización. Ya no existía ningún hiperpoderoso que pudiera asumir con éxito el papel del padre. Por eso a los hermanos, si querían vivir juntos, no les quedó otra alternativa que erigir –acaso tras superar graves querellas– la prohibición del incesto, con la cual todos al mismo tiempo renunciaban a las mujeres por ellos anheladas y por causa de las cuales, sobre todo, habían eliminado al padre. (Freud, S. 1976: 146).

Asesinado el padre no pudo existir acuerdo entre la horda de jóvenes, todos ellos con similares capacidades. La prohibición del incesto no deviene de una condición natural (sanguínea, si se quiere) sino que de un dispositivo cultural (a la vez que coercitivo, necesario) por medio del cual las primeras comunidades humanas se organizaron.

Y de esta hipótesis se desprende que la violencia es cuota parte de la norma, ya que se deduce de ella. Porque en todas las comunidades primitivas de que se tienen noticias coexistieron sacrificios en los cuales se tomó a una víctima propiciatoria para disipar la violencia.

Un *chivo expiatorio* (en el caso del relato mítico, el padre primordial de la horda primitiva), quien con su muerte disipa la ira del resto y aplaca el malestar general. Es,

en definitiva, una víctima que expía la culpa del resto y propicia a causa de ello la paz y el orden social.

Aún a consideración de que el relato anterior pudiera tomarse en sentido figurativo, puesto que sería imposible siquiera imaginar en reconstruir hechos acaecidos con anterioridad a todo tipo de civilización, es elocuente el hecho de que en la actualidad constantemente se construyen víctimas propiciatorias que reciben, no sin sufrir una significativa descarga de violencia, la ira del resto.

Y ello es posible debido a que la humanidad tiende a reproducir sistemáticamente los hábitos de conducta de los individuos quienes los precedieron. Pero se tratará este tema en profundidad en el próximo capítulo enfocado, justamente, en la ritualidad del accionar violento.

Por lo pronto es menester redondear indicando que se ha decidido recuperar la ley del incesto en función de mostrar que coexisten en todas las sociedades sistemas culturales (que afirman hábitos de comportamiento entre los individuos) que se asientan en la práctica ritual, transmitido ello de generación en generación.

En relación a este último párrafo, y en continuidad con la problemática referida al incesto, se recupera el pensamiento del antropólogo francés Claude Lévi-Strauss, quien en su famosa obra *Las estructuras elementales del parentesco* afirma que la ley del incesto es una práctica ritualizada que actúa como coerción social.

Asimismo indica que si el horror al incesto puede remitir al miedo a una inadecuada gestación biológica o bien a la premura del apareamiento consanguíneo, ello es indistinto; pero es acción fundamental el hecho de que asegura que la norma coexista en cada comunidad (Lévi-Strauss, C. 1969). Norma que no presenta otro origen más que el de la amenaza concreta de la comunidad contra aquel quien intente romper con la regla.

En este sentido, y a propósito del planteo respecto del orden social (asentado en la coerción –validada por el sistema comunal legitimado entre los hombres–), deja registrado que “la prohibición del incesto es menos una regla que prohíbe casarse con la madre, la hermana o la hija, que una regla que obliga a entregar a la madre, la hermana o la hija a otra persona.” (Lévi-Strauss, C. 1969: 558).

Reciprocidad mediante entre los hombres, es la obligación aludida la que afirma el orden social al tiempo que coadyuva a apaciguar el estado de violencia entre los individuos. De manera que cada uno se reserva el derecho de reclamar una mujer siempre que haya cumplido con la entrega de otra de su fuero íntimo. De esta forma se

reasegura el intercambio y con ello se apaciguan los resquemores siempre presentes en todo orden comunal, que acrecientan la carga de violencia entre los sujetos.

### **II.III. Administración estatal de la violencia**

Ahora bien, y siguiendo con el raudo repaso de los planteos más significativos en torno de la violencia se encuentra, en un plano jurídico-político, los argumentos referidos por el pensador alemán Max Weber quien, resumidamente, indicó que: “Estado es aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio (el territorio es elemento distintivo) reclama (con éxito) para sí el monopolio de la *violencia física legítima* (el destacado es del autor)”. (Weber, M. 1967:83).

Por tanto el sociólogo alemán adscribe a un uso racional de la violencia en tanto y en cuanto se ajuste a fines racionales. En la sociedad actual el poder jurídico actúa como un reaseguro entre los hombres, de manera que nadie ejecuta actos fuera de la ley sin desconocer que la misma permanece omnipresente.

Lo mismo ha equivalido para las sociedades primitivas en las cuales la fuerza del conjunto legitimada por cada uno de sus miembros ha amenazado a quien violare la norma del incesto (tema ya tratado en los párrafos anteriores). En esos casos el poder de la comunidad toda ha acechado contra todo aquel quien no cumpliera con tales designios.

En tren de profundizar el planteo referido se observa que desde la perspectiva weberiana la violencia aparece en estrecha relación con el derecho, pues ambas categorías permanecen imbricadas a través de la historia. Pues el derecho ha sido (y es) instrumento de control y orden social.

Desde épocas remotas el hombre primitivo utilizó la violencia como vehículo de organización, coerción y control social y ello posibilitó la conformación de cada sistema comunal, donde el mantenimiento del *status quo* de la población, con estructuras jerárquicas y roles claramente definidos, fueron posibles.

En este mismo orden de cosas, aunque mucho más cercano a este tiempo, los poderes del Estado se han reservado el monopolio de la violencia como medio válido para el control social. Así el derecho se erige, en sociedades democráticas en las cuales se administra el consenso y se dirime el disenso entre las partes, en el fundamento de un

modelo capitalista burgués interesado principalmente en la protección de la propiedad privada, consolidado hacia el siglo XIX.

Ahora bien si durante el esplendor del pensamiento iluminista burgués, representado en intelectuales de la talla de Jean Jacques Rousseau, Montesquieu, Voltaire, Diderot, se niega todo orden teológico-religioso, puesto que se considera que por vía dogmática sólo se ritualizan prácticas, mientras que por medio de la razón y la ciencia se asegura el progreso y el bienestar social, aún ello constituyen un modelo de Estado omnipotente y omnipresente que se desprende, en última instancia, de una conjetura religiosa, pero secularizada: pues un Estado omnipresente se relaciona directamente con la idea de Dios.

De manera que cuanto más han intentado los intelectuales de la época alejarse de los preceptos religiosos, por una aparente contradicción, que aquí se prefiere señalar como interdicción humana (puesto que toda manifestación del pensamiento y la acción está atravesada por avances, retrocesos, conflictos, aprendizajes, en definitiva, cambios de postura que se sustentan en el conjunto de experiencias psíquicas) reproducen el orden más primitivo de la esencia humana.

De modo que aquello no advertido por el pensamiento iluminista, es decir, la huella que remite a la relación entre el orden jurídico, el político y el religioso, es la que se perseguirá a continuación y para ello se revisarán las exposiciones de autores de la valía de Carl Schmitt, Walter Benjamin y Giorgio Agamben, quienes durante el transcurso del siglo XX se enfocaron en la imbricación de tres campos del saber emparentados por un común denominador: el sujeto de derecho. Ciudadano a la vez político, religioso y ceñido a la norma jurídica.

Al respecto el jurista y filósofo alemán Carl Schmitt ha sido claro al considerar en su obra más destacada, *Teología política*, que “todos los conceptos centrales de la moderna teoría del estado son conceptos teológicos secularizados” (Schmitt, C. 2009: 37). Es decir que se afirma en la postura de que todo cuerpo teórico inherente al derecho posee un esqueleto que lo sostiene, a la vez que lo precede; y ello no remite a otra cosa más que a la religión.

Así los constructos fundamentales propios de todo orden jurídico se sostienen en preceptos metafísicos, fuente de toda moral, que se han fosilizado primero para luego reutilizarse y retransmitirse de generación en generación, por vía de los usos y costumbres de cada pueblo.

Ello se explica porque el humano tiende a reproducir ritualmente prácticas que incorpora por causa de la convivencia en un ambiente geográfico con rasgos idiosincráticos determinados. La primera de toda práctica cultural ha sido (y es) la celebración de un orden religioso. Ello con motivo expreso de contener la violencia entre los hombres en la búsqueda de una cierta armonía y equilibrio en las interacciones humanas.

En este punto es menester profundizar acerca de la función de la religión y su relación estricta con la violencia. Más adelante se analizará también el propio origen de la violencia que, se adelanta, tiene estricta conexión con el deseo. Pero ahora se interpone particularmente este eje de acción y para ello se retomarán los preceptos centrales que el filósofo alemán Walter Benjamín, en su análisis jurídico-político, utiliza para arrojar luz en esta oscura relación entre violencia y religión.

Benjamin esgrimió que existen dos tipos de violencia, a saber: la mítica y la divina. La Grecia antigua sería el tipo de sociedad, aunque no la única, más representativa respecto de la primera forma tipológica. Si la violencia mítica estipula destinos tortuosos, sacrificios ofrecidos a los dioses en función de la realización de determinados fines, por lo general bélicos, la segunda, circunscripta a pueblos como el hebreo, no se orienta hacia fines específicos; genera muerte instantánea, no es tortuosa, es más bien redentora del alma. La violencia divina es un medio en sí mismo, no establece derecho alguno.

Y ahonda en una significativa distinción entre aquello que es concebido como violencia fundadora del derecho, pues es aquella que modifica las reglas de juego, introduciendo nuevas variables a la problemática legal; podría citarse el caso emblemático de la Revolución Francesa, que modificó de raíz el sistema de administración de una nación constituyendo Estado (en el sentido moderno del término) al tiempo que reafirmó nuevas condiciones jurídicas, políticas, económicas y socioculturales, fundando derecho.

Aquello que se asienta como paradigma de un nuevo funcionamiento estatal es custodiado por medio de la violencia conservadora, protectora de los intereses incluidos en el nuevo orden social. En tanto violencia fundadora y conservadora del derecho, la violencia mítica funda y conserva derecho mientras que la violencia divina rompe las reglas, pero es una excepción que jamás constituye derecho alguno por ser simple medio, nunca fin en sí mismo. (Benjamin, W. 1998).

En su célebre ensayo *Para una crítica de la violencia*, Benjamín se permite historizar acerca del derecho para comprender la función última del mismo. Comienza su repaso explicando que el derecho natural, consagrado a través de autores como Hobbes o Spinoza, concibe a la violencia como “un producto natural, comparable a una materia prima, que no presenta problema alguno, excepto en los casos en que se utiliza para fines injustos” (Benjamín, W. 1998: 24).

Continúa su revisión cronológica enfocando en el derecho positivo, propio del siglo XVIII, período en el cual un pensador de la talla de Kant se interrogó acerca de la validez del uso de la violencia como camino hacia los fines proyectados. Pero Benjamin deja en claro su postura al establecer que deben analizarse los “juicios sobre todo derecho en vías de constitución, únicamente a través de la crítica de sus medios”. (Benjamín, W. 1998: 24).

A pesar de la denuncia medular que Benjamin realiza al derecho se observa que en todos los estados modernos prospera la perspectiva que afirma que la violencia debe ser administrada por el Estado, ejercida por las fuerzas del orden o poder de policía, relegando a todo ciudadano del ejercicio de la violencia, en cualquier circunstancia y/o índole, sin mediar necesariamente un análisis pormenorizado de los medios en función de los fines o metas a alcanzar con el uso racional de la violencia.

Ahora bien existen casos contemplados por el derecho en los cuales la violencia es ejercida por los ciudadanos y no por el soberano; se hace referencia, siguiendo el pensamiento benjaminiano, a la huelga laboral. En tales condiciones donde el pueblo se auto-convoca y gana las calles, se genera una excepción al derecho de administrar la violencia desde el poder central; allí donde el derecho estipula una prerrogativa a la administración exclusiva de la violencia por parte del Estado, aparece en escena el estado de excepción.

La excepción es a la regla aquello que el milagro es a la religión: una alternativa empírica a la generalidad de la ley (Benjamin, W. 1998). Ante estas circunstancias el Estado, si bien acepta de pleno la legalidad de la huelga, la deslegitima y en ocasiones la reprime provocando aquello que Benjamín explicita como “contradicción práctica de la situación de derecho”. (Benjamin, W. 1998:28).

Si bien el punto de partida para analizar la excepción es la lógica de la violencia divina (que como ya se ha explicitado, por su propia naturaleza es una excepción que jamás constituye derecho), el filósofo alemán profundiza esta noción al afirmar que las condiciones históricas de los excluidos es producto de un estado fascista que es la

verdadera excepción hacia el progreso. (Benjamin, W. 1998). De manera que la excepción al derecho puede, y los hechos históricos acaecidos a lo largo del siglo XX así lo confirman, afirmar la violencia social.

Sin intención de desviar el camino del presente trabajo, el cual se enfoca en el estudio de la representación de la violencia en los contenidos de la ficción televisiva, aunque a la vez pretendiendo ser extensivos en cuanto al registro y análisis de las perspectivas teóricas más significativas que han abordado el fenómeno en cuestión (pues de ello se trata este segundo capítulo), es que se prolonga la revisión histórico-teórica de la violencia humano-social.

Por lo tanto y a criterio de ahondar en la excepción del derecho, cuya dimensión es piedra de toque con la violencia, pues la figura hace evidente que existe un punto límite en el cual la administración de la violencia excede los propios cálculos del derecho, momentos en que existe una salvedad a la normativa de la ley, es que se anota el siguiente acápite.

#### **II.IV. Violencia y estado de excepción**

El problema de la excepción al derecho ha sido retomado por el jurista alemán Carl Schmitt en su notable *Teología política*. Dicha obra comienza con una afirmación taxativa que es dable transcribir a los fines de enriquecer este estudio, por tratarse de una aseveración a la vez simple y virtuosa: “soberano es quien decide sobre el estado de excepción” (Schmitt, C. 2009: 13).

Con esta postura Schmitt pretende evidenciar que es quien puede a la vez dictar una norma y permanecer fuera de ella quien se mantiene en una exclusión inclusiva, dado que quien decide sobre una ley permanece ligado al poder aunque actúe en la franja externa o, mejor aún, en el límite mismo del derecho (Schmitt, C. 2009).

Porque sólo quien puede tomar decisiones jurídico-políticas, deshacerlas y volver a instaurarlas (con el mismo sentido o bien con un contenido distinto), es quien verdaderamente cuenta con las facultades propias de un soberano y quien se ubica, de hecho, dentro y fuera del alcance de la ley.

También el filósofo italiano Giorgio Agamben trabaja con la noción de estado de excepción aunque la resignifica, al abocar sus estudios sobre la violencia y el derecho a

los hechos inherentes al transcurrir del siglo XX. Enriquece su análisis a partir de la utilización del concepto de *biopolítica* construido por el filósofo francés Michel Foucault e intenta con ello dilucidar el punto de contacto entre el poder jurídico y el político.

Indica que existen dos límites donde se suspende la ley; el primero es el estado de excepción que, afirma, está dentro de lo estipulado por la ley aunque la misma no se aplique. El otro es espacial y se centra en los campos de concentración y exterminio existentes durante el avance nazi en Alemania y donde la suspensión de la ley fue el soporte esencial, reemplazada por la dictada por el *führer*, quien se adueñó de aquello que Agamben denomina *nuda vida* o vida desnuda.

El pensador italiano considera que, diferente del sistema cívico-político propio de la antigüedad en el cual la vida política, *bios*, y la vida elemental de supervivencia, *zoe*, permanecían separadas y situadas en contextos claramente diferenciados, la *polis* y el *oikos* respectivamente, en la modernidad la vida biológica entrará en los cálculos políticos del poder soberano.

Agamben sostiene que “el espacio de la nuda vida que estaba situada originariamente al margen del poder jurídico, va coincidiendo de manera progresiva con el espacio político, de forma que exclusión e inclusión, externo e interno, *bios* y *zoe*, derecho y hecho, entran en una zona de irreductible indiferenciación” (Agamben, G. 1998: 18-19).

Es, en términos agambenianos, un umbral de indecibilidad; no pueden definirse la exclusión y la inclusión. Así el soberano, al dictar la ley y permanecer por ello, por el hecho de poder decidir sobre el alcance de la misma, a la vez fuera de ésta aunque ligado a ella, es decir en un punto de indistinción en relación a la ley que aplica, es que se plantea la excepción misma.

Debido a ello la exclusión es inclusiva, es decir que la excepción es una exclusión del propio derecho, estipulada y calculada en términos jurídicos. Más claramente lo expone Agamben quien manifiesta que:

La excepción es una especie de la exclusión. Es un caso individual que es excluido de la norma general. Pero lo que caracteriza propiamente a la excepción es que lo excluido no queda por ello absolutamente privado de conexión con la norma; por el contrario, se mantiene en relación con ella en la forma de la suspensión. *La norma se aplica a la excepción desaplicándose, retirándose de ella* (el destacado es del autor). El estado de excepción no es, pues, el caos que precede al orden,

sino la situación que resulta de la suspensión de éste. (Agamben, G. 1998: 30).

Por tanto Agamben considera, a diferencia de los autores clásicos, que la situación de no aplicabilidad de la ley no se inscribe en un caos total, en una condición previa al derecho propia de las sociedades primitivas, en las cuales la violencia se administraba conforme el sistema religioso de cada orden comunal; es una suspensión del derecho y con ello, del orden preestablecido. Al no poder discernirse entre situación de hecho y situación de derecho se adscribe a un umbral de indiferenciación.

El foco de análisis del estado de excepción está puesto en espacios en que el derecho ha sido suspendido, como por ejemplo el caso de un gobierno de facto y por tanto prevalece la decisión del soberano. Así el poder político se apodera de aquello que Agamben denomina la *vida desnuda* de las personas, al administrar la vida (y la muerte) de los individuos sujetos a los designios del soberano, circunstancia en la que la violencia se eleva hacia cánones inconmensurables.

En este tipo de contextos claramente se puede comprender el enfoque de exclusión inclusiva: la exclusión de la propia ley que segrega, diferencia; inclusiva debido a que todo ciudadano es tal por el hecho de desarrollar sus actividades en los límites territoriales de un país y por tanto, está gobernado por un poder central.

Es decir que el ciudadano puede no ser contemplado por el derecho y aun esto debe subsumirse al poder soberano. Porque en tanto ciudadano, el individuo se incluye en el ordenamiento legal de manera que pierde su condición de zoe, vida desnuda originaria, para reordenarse (su vida), ahora a merced del poder estatal, en una *biopolítica*.

Ahora bien el individuo quien es segregado o, tal como lo manifiesta el propio Agamben, puesto *en bando*, se convierte en un hombre sagrado. Utiliza esta figura cuyo origen e rastrea en la ley tribunicia romana, y por medio de la cual todo individuo inculcado por delito y observado como delincuente por el resto de la población, era puesto en situación de desagregado social.

Alguien a quien no era factible sacrificar puesto que estaba deslegitimado socialmente, *ergo*, no cumplía con las condiciones consuetudinarias para la celebración de un ritual, y al cual cualquiera podía dar muerte sin ser acusado de homicidio. En estas condiciones la vida del *homo sacer* no ameritaba, en términos legales, ninguna pena para quien lo ejecutaba y por ser impuro, tampoco se incluía en sacrificio ritual alguno.

Bajo el designio de esta figura, tal como ocurrió con los sujetos confinados a los campos de concentración y exterminio durante el conflicto bélico mundial de mediados del siglo XX, se colocó al *homo sacer* en una indeterminación absoluta dado que “*esta vida, en el umbral entre lo jurídico y lo ritual, es la nuda vida (zoe) del homo sacer*”. (Berrio Puerta, A. 2008, cursiva en el original).

El consecuente genocidio del pueblo judío en una forma de no indiferenciación del sujeto alude a la lógica del *homo sacer*, puesto que cualquier soldado alemán podía decidir sobre su muerte al compás del despojo de sus derechos, su impureza individual y social y su posterior asesinato.

Similares fueron las condiciones en que, en Argentina, se trató al secuestrado político por parte de la dictadura militar, propia del denominado *proceso de reorganización nacional*. Así en los centros clandestinos de detención, avanzada la década del setenta, cada individuo allí confinado se transformó en un *homo sacer*; se conformó, en consecuencia, una estructura formidable de desapariciones ilegales donde la expropiación de sus derechos, en tanto ciudadanos, fue condición necesaria en función de ejercer sobre ellos todo tipo de violencia, simbólica y física, llegando incluso hasta su muerte.

Es interesante el planteo al que arriba Agamben al considerar que la excepción al derecho no debe permanecer adherida solamente a un modelo político autoritario, por caso a un gobierno de facto, sino que en el seno de la democracia también coexiste, y es analizable, la noción de estado de excepción. En su concepción, esta noción no se define exclusivamente por el control extremo del poder propio de un gobierno de facto sino que por el vacío del mismo que conlleva a una interrupción del derecho.

Para cerrar el capítulo referido a la revisión de antecedentes teóricos sobre la violencia y su implicancia social, se trae al presente trabajo el pensamiento del filósofo francés René Girard, quien desde su perspectiva analiza las nociones de origen, objeto y modo de plasmación de la violencia.

Expone que la violencia se materializa a la luz de un mecanismo ritual que tiene su anclaje en el sacrificio. Se revisarán ligeramente sus preceptos puesto que se trabajarán luego, a lo largo del tercer capítulo, aspectos singulares de su teoría, la cual, y tal como se explicitara en la presentación, se adoptará como enfoque estratégico para fundamentar el presente estudio.

En su trabajo denominado *El chivo expiatorio* el pensador galo retoma un fragmento del evangelio en que se reconstruye parte de la discusión del famoso concilio en que

Caifás decide, en su carácter de sumo pontífice, la muerte de Jesús. Así convence al resto de los jefes religiosos de que se debe optar por el mal menor, si es que se pretende conservar el orden institucional de Judea:

Al oír a Caifás, todos los jefes se dicen: «Sí, es cierto, es mejor que perezca un hombre y que no perezca la nación.». (...) Lo que dice Caifás es la razón misma, es la razón política, la razón del chivo expiatorio. Limitar la violencia al máximo pero si es preciso recurrir a ella en último extremo, para evitar una violencia mayor... (Girard, R. 1986:151).

Hecho singular de la historia de la humanidad (pues el cristianismo es piedra de toque de diferentes religiones y más aún, de cosmovisiones respecto del mundo), solo resta analizar la implicancia del sacrificio como mecanismo relevante para el reaseguro de todo orden social, evitando con ello el caos, a propósito de la intervención y posterior administración de la violencia por parte del poder central de una determinada nación, ante la amenaza concreta de subversión del orden religioso preestablecido.

Es evidente que Caifás intenta evitar la posible sedición de su pueblo con la muerte de un hombre. Ve en el sacrificio de Jesús el mal menor. Porque en el sacrificio de ese líder, a la vez admirado por sus seguidores tanto como odiado por sus detractores, se disipan las ansias de descarga de violencia de estos últimos, se alivian las tensiones y regresa la calma a la comunidad.

Es decir que es mediante la administración de la violencia desde un poder central, reservado ello al poder político de turno, que se evita una ola de venganza que, de no controlarse, tendería a eternizarse. En este caso histórico y emblemático la violencia amengua puesto que Jesús es un verdadero *chivo expiatorio*, puesto que reasegura con su inacción que no existirá ola de venganza.

En el pasaje de la historia que se ha tomado particularmente en este acápite, y que se abrevia dado que es de conocimiento público, el sacrificio se constituye con motivo de apaciguar la ira descomedida, que se acumula en cada individuo que ve en Jesús a un enemigo público, y que (consideran los administradores del poder de turno) es necesario disipar para que la calma retorne y se asiente temporalmente entre los habitantes de la nación.

Más luego la práctica violenta se asienta en la ritualidad. Se afirma en la reiteración aparentemente irreflexiva aunque claramente calculada, símil a la manera en que se realiza una ecuación matemática. Al mismo tiempo, invariante e ineludible producto

de que las prácticas culturales y los hábitos de conducta apuntan a, cuanto menos, mantener el *status quo* con cierta eficacia.

A su vez Girard indica que “cuando no es satisfecha, la violencia sigue almacenándose hasta el momento en que desborda y se esparce por los alrededores con los efectos más desastrosos. El sacrificio intenta dominar y canalizar en la «buena» dirección los desplazamientos y las sustituciones espontáneas que entonces se operan”. (Girard, R. 1995:17).

De ello se desprende que siempre que se acumule ira será necesaria la descarga de violencia aunque, como se sabe, la misma debe ser direccionada en una víctima sustitutoria; en alguien propicio para frenar la escalada de violencia. Un *chivo expiatorio* quien asegure mediante su inacción el desvanecimiento de todo intento de venganza.

Ahora bien la pregunta de rigor en este punto debiera orientarse hacia el *por qué* del origen de la violencia. Girard responderá que es la mimesis del deseo. Trabaja así con el constructo de *deseo mimético*, el cual remite a la necesidad del sujeto de modelar su identidad bajo la influencia directa de un otro; un *otro* significativo al que se toma como modelo.

Un espejo a través de quien observarse para constituirse y otorgarle sentido a su existencia pero con quien, a la vez, se rivaliza y de quien se desean sus deseos. Porque se construye la identidad la cual se moldea por la circunstancia que atañe a cada sujeto y con las personas quienes confluyen alrededor de cada quien.

Así el niño toma como modelo a su padre, u otro hombre significativo que, por permanecer ligado a su intimidad familiar represente dicha figura, y se mimetiza con él. En ese proceso mimético comienza a desear lo que su padre y modelo desea, siempre en este orden porque el modelo, en tanto tal, conserva para sí no sólo la potestad de decidir los objetos de deseo, sino que también el dominio sobre los mismos.

Es decir que comienza una rivalidad por los objetos deseados, no porque tales o cuales objetos sean el origen de la discordia, porque exista un interés de dos sujetos por el mismo y único objeto, sino que porque el origen de la discordia es anterior a los objetos, *a priori* de su conocimiento y/o búsqueda; es inevitable que el discípulo desee lo que su modelo desea.

Tal como lo expresa René Girard, “la rivalidad no es el fruto de una convergencia accidental de los dos deseos sobre el mismo objeto. *El sujeto desea el objeto porque el propio rival lo desea* (el destacado es del autor). El rival es el modelo del sujeto, no

tanto en el plano superficial de las maneras de ser, de las ideas, etc., como en el plano más esencial del deseo”. (Girard, R. 1995:151).

De forma tal que quien desea aquello que desea el otro, su modelo, se constituye a la sombra de éste, a sabiendas de que es más débil y difícilmente podrá superar aquello que su modelo de referencia representa. Y sucede que:

Cada vez que el discípulo cree tener el ser delante de sí, se esfuerza en alcanzarlo deseando lo que el otro le señala; y encuentra cada vez la violencia del deseo adverso. Por una reducción a la vez lógica y demencial, debe convencerse rápidamente de que la propia violencia es el signo más seguro del ser que siempre le elude. A partir de entonces, la violencia y el deseo van mutuamente unidos. (Girard, R. 1995:155).

En este proceso de rivalidad la ira, por no alcanzar el discípulo aquello que sí obtiene el modelo (y que deviene en el primero como deseo adverso), se acumula en el estadio inconsciente hasta niveles en que es necesario disipar. Así la violencia amenaza a todo orden cultural, aun cuando es indirectamente ese mismo orden el que la provoca.

Se trabajará con la noción de *deseo mimético* a lo largo de todo el estudio de manera que se considera suficiente por lo pronto el tratamiento de la misma. A la vez se cierra el repaso de las principales perspectivas de pensamiento en torno de la violencia, sin pretender con ello agotar el acervo de material escrito acerca del fenómeno en cuestión.

Aun ello se cree que la reconstrucción histórico-cronológica es suficiente en sí misma, cuanto menos como para atender al estado de la cuestión y presentar a su vez una mirada complementaria de la problemática de la violencia, que atraviesa en un todo a la presente tesis.

Dicho esto se cierra con la fase de antecedentes y se abre la fase de justificación del tema escogido en esta oportunidad que, aunque breve, sirve para explicitar el por qué, la razón de ser y la intención del presente trabajo.

## **II.V. Relevancia del tema en cuestión**

Actualizar la situación que reviste a la violencia representada en la televisión (siempre en esta dirección), se erige como un tema de particular interés humano-social que, a la postre, se constituye en asunto de interés público. La televisión, junto con los

otros medios masivos de comunicación tales como los periódicos, el cine, la radio, las revistas y el formato informático, con su consecuente conexión entre redes (internet), han sido y son formadores de opinión pública.

Aquello que aparece representado en los medios masivos de comunicación trasciende a la esfera social y suscita la apreciación del público. Los medios de comunicación instan a que los sujetos piensen en los temas que éstos proponen y no en otros; en resumen, los medios imponen, por la vía de la información, los temas que serán tratados al seno de cada grupo social.

Así cualquier aspecto toma sentido a la luz de los intereses de poder (de poder persuadir sobre aquello que se pretende transmitir) y la violencia no es la excepción. El enfoque que se construye respecto de la violencia remite a la óptica de aquellos quienes conforman los mensajes que se diseminarán, *a posteriori*, entre la audiencia en juego.

Entonces describir el modo en que se presenta la violencia en la ficción televisiva (que emula el comportamiento del plano de lo real) por la vía del análisis de los discursos de la ficción escogida para la ocasión, significará, cuanto menos, afianzar la teoría de la violencia optada, aplicándola (por vía del estudio sistemático de un caso concreto) al campo de la comunicación social como disciplina.

En último de los casos, porque no son demasiados los estudios que persiguen la demostración de que los contenidos televisivos reproducen la forma en que opera la violencia: en modo ritual.

# **CAPÍTULO TERCERO:**

## **El rito sacrificial: la construcción de la** **víctima propiciatoria**

### **III.I. Introducción**

Como ya se ha expuesto recientemente, en el presente trabajo se pretende revisar el discurso ficcional en función de detectar relaciones entre los modos de manifestación de la violencia en la televisión y su origen histórico. Se plantea que la televisión construye sentido respecto de cuestiones relacionadas con las normas morales y los valores que rigen en una sociedad, a través de sus productos audiovisuales, particularmente los enfocados en la ficción o telenovela por capítulos.

Y en estos mismos términos se afirma que el público no es refractario a ello; más bien se observa que la audiencia cautiva de la televisión comercial está atravesada por la influencia que este medio masivo de comunicación ejerce sobre el público.

Porque cada individuo atomizado, es decir alcanzado por los mensajes masivos, tiende a involucrarse con los modelos estereotipados propuestos por los medios de comunicación. Y estos estereotipos presentan similares comportamientos, cuando de accionar violento se trata.

Importante es aclarar que no se dice que exista un orden determinante entre el consumo de contenidos televisivos con carga de violencia, como causa, y el comportamiento violento de un individuo-masa, a consecuencia. El planteo ofrece una perspectiva de análisis más amplia.

La diferencia que se marca con un enfoque determinista radica en que en el propio se asevera que todo individuo que acciona en forma violenta lo hace conforme a una manera genérica, a la vez universal y sistemática, la cual se materializa mediante la construcción de una víctima propiciatoria.

Y en este sentido un personaje o varios, creados para la pantalla chica no es la excepción; porque quienes producen contenidos para la televisión no permanecen fuera de la coyuntura social sino que se afirman en las mismas prácticas que el resto de los sujetos. Es decir que entienden al fenómeno (cuanto menos inconscientemente) de la violencia en el mismo sentido en que la vivieron, directa o indirectamente: en modo ritual.

Entonces se aclara con esto que no se pretende decir que la televisión origine violencia que a la postre se disemina entre los públicos, sino que la televisión magnifica un hecho que tiene una existencia *a priori*, puesto que la violencia se origina en la cultura, de la misma manera que es un hecho cultural la televisión.

De ello se desprende que la forma en que se manifiesta la violencia en la televisión es idéntica a la que se observa y/o estudia en la cotidianidad de los sujetos. Simplemente los medios potencian, aseveran y le dan forma a este fenómeno, cuyo origen es previo a la existencia de todo medio masivo de comunicación.

Pero este y otros aspectos relacionados al medio en cuestión se profundizarán tanto en el marco conceptual esgrimido en el capítulo cuarto, referido a la televisión y su implicancia social, a partir de la revisión de las teorías de la comunicación que permitirán profundizar tales aspectos, como en los capítulos quinto y sexto, en los cuales se intentará dar cuenta de la validez de esta hipótesis, a partir de la revisión profunda, lógica y sistemática de observables empíricos; es decir en el trabajo de campo, el cual aportará a la investigación los datos que permitirán mantener lo afirmado en el presente estudio.

Por ahora se pretende centralizar en concreto en las variables necesariamente relacionadas como lo son la violencia y la ritualidad, las cuales están presentes en los discursos de la televisión, particularmente de la ficción por episodios escogida para desarrollar el presente análisis.

### **III.II. La problemática de la violencia en la televisión**

Si bien han sido variados los estudios en materia de violencia en la televisión, sobre todo en la última década, Palma: 2006; Seijas Candelas: 2007; Bringas Molleda: s/f, éstos generalmente se han concentrado en contabilizar y/o describir tipos de acciones violentas emitidas en la pantalla, o bien, y más ambiciosamente todavía, han orientado sus esfuerzos en torno de resolver el interrogante respecto de si la televisión genera violencia entre sus públicos consumidores; pero rara vez se han preguntado acerca de la relación existente entre las formas en que se reproduce la violencia en la televisión y la ritualidad que reactualiza la violencia originaria.

En estos estudios aludidos tanto como en otros aquí no citados, particularmente los enmarcados en el paradigma funcionalista, los investigadores se centran en detectar la relación directa entre el consumo televisivo, como causa, y el aumento de actos violentos por parte de sus públicos consumidores, como consecuencia.

No se discutirá aquí este tipo de posturas puesto que este estudio no se centra en la resolución de tal disyuntiva, para la cual sería necesario esgrimir una hipótesis o sistema de hipótesis de tipo causales, sino que aquí se buscan vinculaciones de otro orden. La óptica de análisis se orienta hacia la conexión entre la forma de materialización de la violencia en la televisión y la violencia originaria.

La tesis de fondo radica en que en los mensajes del programa por episodios *En terapia* se reproducen acciones violentas que tienen su anclaje en la ritualidad. Es decir que el medio televisivo vehiculiza, le da curso a un fenómeno de extrema complejidad como lo es la violencia, amarrada a prácticas culturales propias de lo humano, que todavía permanece en discusión.

En esta vía se indica que la violencia se reactualiza mediante la reproducción de determinados hábitos de comportamiento, los cuales se asientan en prácticas religiosas secularizadas, que han sobrevolado hasta esta era producto del proceso de inculturación. Esos hábitos se materializan, sintetizando el complejo entramado cultural, en la configuración de víctimas propiciatorias.

Y ello es lo que se buscará en la revisión de los contenidos de los discursos de los personajes de la serie de ficción aludida, particularmente en relación a los personajes, quienes manifiestan los actos violentos en el mismo sentido: vía descarga de la ira en un *chivo expiatorio*.

Este mecanismo no se activa solo sino que presenta una estructura previa que lo genera. Pues bien se trabajarán en profundidad tales designios en los siguientes cuatro acápites correspondientes a este tercer capítulo, con la promesa de ahondar en aquellos puntos que todavía no han sido contemplados en torno del origen de la violencia y la ritualidad con que ésta se reactualiza.

### **III.III. El mito del parricidio originario: ¿génesis de la violencia fundadora del orden social?**

Se ha referido en apartados anteriores a los estudios de Sigmund Freud. Es menester en este punto ahondar en aspectos desarrollados en su obra *Tótem y tabú*, pues en ella construyó, apropiándose del cuerpo de conocimientos alcanzados por la antropología

cultural hasta la primera década del siglo XX, el mito que refiere al parricidio originario y por medio del cual da cuenta de la génesis de la violencia colectiva.

Como primer acto criminal practicado por una horda primitiva, comenta Freud, en éste los jóvenes del clan asesinan a su padre y modelo, quien accede a la totalidad de las mujeres, y a la postre instauran (tras fracasar en el acuerdo respecto del acceso a las hembras -pues cada uno de ellos desea poseer a todas, a imagen y semejanza del padre primordial-), la primera norma de la cultura: la prohibición del incesto (Freud, S. 1976.).

Interesa particularmente el mito correspondiente al sacrificio originario no por el hecho de que pueda ser tomado como dato empírico por medio del cual se demuestre científicamente, con pruebas fehacientes, el esclarecimiento de los hechos vinculados a los primeros pasos del hombre primitivo (en parte, todavía en penumbras), sino que es aquí utilizado porque coadyuva a repensar los modos en que se materializa la violencia. Se lo repasará entonces un poco más detenidamente para luego ligar el sacrificio (o mejor, los sacrificios que se suscitaron en diversos períodos históricos y en diferentes regiones geográficas) con la ritualización del accionar violento.

Es el sacrificio la referencia directa de la violencia fundadora (aun cuando aquí no se hable de uno específico sino que de múltiples sacrificios en diferentes puntos del globo y en diversas épocas), que sobrevuela las eras y afirma la práctica de la violencia como herramienta fundacional para el control y el orden social.

Así lo expresa Freud cuando indica que “hay ahí un padre violento, celoso, que se reserva todas las hembras para sí y expulsa a los hijos varones cuando crecen (...) un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna”. (Freud, S. 1976: 143).

Así el padre se transforma, tras su muerte, en emblema totémico, en objeto de adoración y a él se le rinden homenajes. Cada año el ritual que emula el acto criminal aparece con la fuerza y el vigor de antaño aunque levemente modificado, puesto que será una víctima sustituta la que tomará el lugar del padre sacrificado. Mas luego, el sacrificio inicial se transformó en ritual por cuanto comenta Freud:

El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. El banquete totémico, acaso la primera fiesta de la

humanidad, sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión. (Freud, S. 1976: 143 y 144).

Mito que refiere a un crimen sanguinario a la vez que fundador, a consecuencia de la constitución de la primera norma cultural, al instituirse la prohibición del incesto, se asevera que toda forma de manifestación de la violencia se asienta en una acción primera, luego ritualizada, reproducida en el tiempo.

Esa acción primera no se la piensa en el sentido estricto de la expresión, pues nuevamente se aclara que se prefiere considerar que han coexistido multiplicidad de sacrificios que las primeras comunidades humanas practicaron durante un segmento témporo-espacial en que se afirmaron los primeros eslabones de la cadena evolutiva humana, pero sí se coincide en que el pensamiento freudiano enfoca en el punto clave del fenómeno: es decir, en el sacrificio ritual como el elemento que atraviesa y cohesiona, organiza a las sociedades primitivas.

Tal como afirma Girard “si el sacrificio aparece como violencia criminal, apenas existe violencia, a su vez, que no pueda ser descrita en términos de sacrificio (...) el sacrificio y el homicidio no se prestarían a este juego de sustituciones recíprocas si no estuvieran emparentados” (Girard, R. 1995: 9).

Es decir que las primeras formas de violencia tuvieron que materializarse en el orden del sacrificio y, *a posteriori*, fundar un orden comunal. Desde esta concepción, las prácticas que reproducen la violencia se ritualizan hasta naturalizarse producto del traspaso de costumbres de generación en generación. La ritualización no acaba con la violencia y, más significativo aún, reactualiza a ésta por y para la sociedad.

Así el mecanismo que permite liberar controladamente la ira de los miembros de una comunidad está regido por un acto ritual, subrepticio a una primera mirada superficial del fenómeno en cuestión, aunque arraigado, ontogenéticamente enquistado, como una huella psíquica indeleble (aprehendida inconscientemente), en la cultura humana: se hace referencia a la ritualización de la violencia por intermedio del sacrificio de una víctima de sustitución o *chivo expiatorio*.

La respuesta al interrogante respecto de si el parricidio originario puede ser considerado como el hecho que afirma la violencia fundadora es discutible, sobre todo porque se asienta en un mito que no presenta, por tal, contrastación empírica. Pero no es determinante dar con los registros fácticos del primer acto sacrificial sino que aquí

interesa particularmente dar cuenta de que el sacrificio ha sido el mecanismo primero con que los humanos primitivos articularon un cierto orden comunal, sin importar cual fuere el primero, aunque sí pensándolo en forma simultánea.

Si en cambio el interrogante fuera: ¿fueron los sacrificios el modo de materialización de la violencia en todas las sociedades primitivas y coadyuvó ello a constituir un cierto orden cultural?, pues la respuesta ya estaría dada, ya que esta sería una pregunta retórica cuya respuesta sería: sí.

Se entiende entonces que el sacrificio ha permitido poner a salvo al hombre de la venganza del hombre. Y en este sentido se podría afirmar que los sacrificios han permitido fundar un determinado orden social a través de la administración (controlada) de la violencia. Y en la actualidad, y con marcadas diferencias, la tutela sobre la violencia que permite mantener un cierto orden social recae en el poder jurídico.

Aun cuando se hayan transitado aristas que posibilitan discutir la violencia humana como fundadora del orden social, mediante (como recientemente se ha dicho) el sacrificio de un *chivo expiatorio*, no se ha trabajado en profundidad todavía aquello que motiva la violencia.

Ahora bien si se refiere al origen de la violencia entonces ello amerita un análisis más amplio y para esto es necesario examinar el constructo de deseo mimético, pues a través de este mecanismo, ya adelantado en el capítulo anterior, es posible determinar los pormenores de la génesis de toda ira. Y es esta la perspectiva teórica adoptada para responder a un interrogante trascendental en el presente estudio.

#### **III.IV. El deseo mimético**

Si analizamos las apreciaciones de Storr, quien observa que “es más difícil satisfacer el deseo de la violencia que suscitarlo, especialmente en las condiciones normales de la vida social” (Store en Girard, R. 1995:10), se puede entender que las condiciones normales a las que el autor refiere, remiten a la cotidianidad en que cada sujeto construye su identidad. Porque basta con vivir en sociedad, inserto en una determinada cultura, para que se suscite la ira.

Pero es necesario aún ahondar en la intención de la afirmación antes citada. Porque si bien queda implícito el proceso de expiación de la culpa, y con ello la liberación de la

ira (pues se alude a la víctima de sustitución que propicie, con su inacción, la satisfacción del deseo de violencia), restaría referir a aquello que en rigor suscita la ira, es decir, al proceso de mimesis del deseo del otro.

Para ello y pasando en limpio, se debe escarbar para indagar en torno de aquello que genera la violencia, más allá del mecanismo de materialización (ritual) de la misma. Sería significativo entonces indicar en este punto que en toda organización nuclear (clan, familia) sucede siempre que un sujeto en edad de aprehender de la cultura intenta emular las formas y maneras de un tercero, por caso el padre, quien aparece como un modelo de referencia.

A continuación el sujeto quien atraviesa la etapa de identificación con un *otro* para construir su propia identidad (por caso, el niño) desea los objetos que el modelo desea, de manera que es inevitable que acumule ira al no obtener aquello que sí obtiene el padre y modelo. Por ello es que, pasados los años, descarga su furia en un tercero; una víctima sustituta.

Es René Girard quien profundiza esta problemática al afirmar que la violencia se desencadena toda vez que una persona desea obtener un objeto que posee un tercero, quien actúa como modelo de referencia para el primero. Bajo el constructo de *deseo mimético* el autor encuentra la piedra de toque del edificio de toda matriz cultural y el argumento central en torno del origen de la violencia. Es decir que es la mimesis con un modelo lo que genera la conducta violenta entre los individuos, al no obtener, quien imita, aquello que el modelo posee.

En el caso del parricidio originario, propio de la horda primitiva, son los adultos jóvenes quienes desean las mujeres que posee el padre, en tanto que modelo, y quienes lo asesinan, provocando el primer acto de violencia que instaura luego un orden determinado orden social, progresivo y perfeccionado en el tiempo.

Como idea nuclear puede ser aplicable a cualquier circunstancia en que se suscite un conflicto, en la cual se encuentra básicamente un sujeto quien se mimetiza con un modelo y quien desea su deseo (sin que se deba pensar necesariamente en un asesinato, como desencadenante del hecho) y a la postre descarga su furia contenida, por no satisfacerlo, en un tercero.

Pues “el deseo es imitativo porque es atraído por un objeto que pertenece a otro, más aún, es activado por el deseo del otro, que puede ser una sola persona o todo un grupo, pero es una condición necesaria que el sujeto deseante tenga acceso al objeto o sea

capaz de apropiárselo, de arrebatárselo al modelo que lo ostenta como un trofeo o como algo de su propiedad”. (Barahona Plaza, A. 2006: 2).

Y así sucede en el asesinato primordial, dado que los jóvenes logran arrebatarse al padre, modelo de referencia a la vez odiado y admirado, las mujeres del clan (previo sacrificio), para luego disputarse el trofeo obtenido: “los hermanos amotinados (...) odiaban a ese padre que tan gran obstáculo significaba para su necesidad de poder y sus exigencias sexuales, pero también lo amaban y admiraban”. (Freud, S. 1976: 145).

Ese padre primigenio se transforma en un *chivo expiatorio* quien carga, sacrificio mediante, con la ira de quienes desean aquello que no les es posible obtener en forma aislada pero que juntos, advierten, pueden lograr, no sin sortear un duro obstáculo, pues es necesario vencer al modelo de referencia de quien desean sus deseos.

Mas luego, todos los actos de violencia están enraizados en el acto criminal primigenio, pero en forma ritualizada: “la civilización está construida en un homicidio común (...) y cualquier práctica ritual, cualquier situación mítica, tiene su origen en un homicidio real”. (Freud, S. en Palma, J. 2006: 2).

Por tanto se acude al mito del parricidio originario para dar cuenta, si bien no del motivo intrínseco de la violencia, sí respecto de la forma en que ésta se ritualiza y se reactualiza a cada momento. Y se construye así la perspectiva teórica en base a un enfoque cuya plasticidad y adaptabilidad son sus características salientes, puesto que se atraviesan a la vez aspectos miméticos, rituales y míticos, con los cuales se intenta dar cuenta de la especificidad de la violencia, para aplicarla luego al análisis del discurso televisivo ficcional, en particular.

De manera que apostado el presente estudio en la base de una teoría de gran cauce y alto impacto desde los últimos decenios del siglo XX a esta parte, se consideran a los constructos de *deseo mimético* y de (por extensión necesaria) víctima propiciatoria, como los códigos que permiten abrir el cofre que guarda uno de los secretos más interesantes que permanece oculto en el seno de la propia cultura: origen y función social de la violencia.

Disipar la ira aparece como un mecanismo riesgoso, pero necesario. Riesgoso porque la violencia amenaza con desintegrar la comunidad al tiempo que pone en riesgo la existencia del prójimo. Necesario porque absolutamente nadie desconoce que, aunque subrepticamente, subsiste en su más íntimo sentir la angustia, la impotencia, el malestar y finalmente la ira, que debe ser liberada. Allí es cuando se activa el mecanismo ritual

de la víctima sustitutoria ya aludido y que será tratado exhaustivamente en el próximo acápite.

### **III.V. El *chivo expiatorio***

En el mito propio del parricidio originario construido por Sigmund Freud es en un animal en quien se descarga la violencia colectiva toda vez que se celebra, cada año en forma ritual, el crimen fundador. En el enfoque mimético es simplemente cualquier sujeto débil quien ocupa el lugar de *chivo expiatorio* y en quien, en definitiva, se materializa la violencia.

El punto en común radica en que desde ambos enfoques se coincide en que la violencia busca una víctima de sustitución en que o en quien desencadenarse. La noción de *chivo expiatorio* hace referencia a una víctima que sustituye a quien debiera recibir la descarga violenta por haber sido el causante de la ira de un tercero y motivado su sentimiento de venganza, en un conflicto determinado.

La literatura concerniente a la antropología cultural (a mero título enunciativo se podría citar a Frazer: 2011, a Malinowski: 1986, a Hubert y Mauss: 2010, a Lévi-Strauss: 1969), evidencia que la lógica inmanente de la violencia social se asienta en la reproducción del sacrificio de origen.

Y en éste es un tercero (quien no siendo el causante de la cólera) se transforma en una víctima propiciatoria, vale decir, es propicia para ser sacrificada; recibirá la descarga violenta y coadyuvará a expulsar todo síntoma de violencia por fuera de la comunidad para que la calma retorne, hasta bien otros motivos acentúen nuevamente la violencia.

Bien en un sujeto, bien en un animal, “la violencia insatisfecha busca y acaba siempre por encontrar una víctima de recambio. Sustituye de repente la criatura que excitaba su furor por otra que carece de todo título especial para atraer las iras del violento, salvo el hecho de que es vulnerable y está al alcance de su mano”. (Girard, R. 1995: 10).

Una víctima de recambio porque se hace necesario liberar y finalmente apaciguar la violencia en un sacrificado quien presente similares características que aquel quien suscitó la violencia aunque no debe ser éste mismo, debido a que ello generaría un círculo de venganza (y de venganza de la venganza), prácticamente interminable.

Un *chivo expiatorio* quien reasegure mediante su inacción que no sólo no se multiplicará la violencia sino que, y como aspecto saliente, apaciguará la ira y aquietará el sentimiento de venganza y permitirá que la calma retorne, al menos momentáneamente.

Así la violencia dirigida a una víctima sustituta ha sido el mecanismo utilizado desde las comunidades primitivas a favor de la estabilidad y el orden social, liberando hacia afuera la violencia acumulada. Y ello se practica y se observa, tal vez con mayor fuerza que antaño, en la actualidad.

Es decir que se afirma aquí la postura de que la violencia se genera por la necesidad del humano de tomar un modelo de referencia, a la vez admirado y rivalizado, a la par de quien constituir la identidad (necesaria para estructurar la psíquis) y, a la postre, de quien desear sus deseos.

Ahora bien, desde tiempos inmemoriales y hasta el presente todos los pueblos han constituido algún tipo de sistema que ha coadyuvado a liberar controladamente la violencia (como recientemente se ha dicho) y, *a posteriori*, alejarla de la comunidad: ese sistema no ha sido otro, a lo largo de las eras, que la religión.

Se tratará entonces esta variable porque es parte del complejo entramado en que se asienta el fenómeno aludido, en vistas de arrojar luz al planteo que anuda el asunto religioso a la violencia, siempre con motivo de controlar la escalada de la segunda y poner, en definitiva, a salvo el orden comunal.

Y en continuidad con ello se sugiere que como institución propia de lo social en tanto manejo de lo sagrado, la religión ha sido institucionalizada en todas las sociedades de que se tenga cuenta, con motivo de tutelar los conflictos que se suceden en las relaciones interpersonales y sociales. Así a un mismo tiempo todos los integrantes de una comunidad acuerdan en adoptar por consenso los criterios, las normas, el orden impuesto por una organización que los liga.

Pero ¿qué significado tiene lo sagrado en sí? ¿Por qué es posible, bajo el manto de lo sagrado, aglutinar a los hombres en un criterio común? Se verá qué forma adopta el término *sagrado* en tanto se atiende a su significado. Y en primera instancia se debe atender al doble carácter del vocablo, puesto que implica a la vez lo puro y lo impuro.

Es elocuente la descripción de Emile Durkheim respecto del análisis de lo sagrado, dado que especifica que: “el respeto religioso, sobre todo cuando es muy intenso, incluye el horror, y el temor que inspiran las potencias malignas suele tener cierto carácter reverencial... Así que lo impuro y lo puro no son géneros separados, sino dos

variedades de un mismo género, que comprende todas las cosas sagradas”. (Durkheim, E. 2008: 618-620).

Con ello clarifica, en sus famosos estudios sobre sociología de la religión, el hecho de que el temor hacia lo desconocido (por caso las potencias malignas), actúa como una fuerza que, aun cuando pareciera imperceptible, es procuradora de preceptos que disciplinan a los hombres, a la vez que supedita a éstos a la obediencia dogmática. Más luego es la ritualidad de lo sagrado lo que reasegura la reproducción del orden del mundo.

Si lo sagrado presenta un aspecto dual, a la vez indivisible, indisoluble, ello se debe a que “hay dos clases de sacralidad: una fausta y otra infausta, y entre estas dos formas opuestas no sólo no hay solución de continuidad, sino que un mismo objeto puede pasar de una a otra sin cambiar de naturaleza. Con lo puro se hace lo impuro y al revés. La ambigüedad de lo sagrado reside en tales transformaciones”. (Durkheim, E. 2008: 620).

Por tanto es necesario pensar este concepto en términos de una totalidad que manifiesta dos caras visibles, tan significativas cada cual que, por esta razón, abarca los fines que se propone y que se pretende someramente describir: lo sagrado se interpone en toda comunidad como un estratégico poder que adoctrina a los individuos y sobre todo, los despoja, en mejor de los casos, de todo acto individual (léase cualquier intento de venganza) sobre su prójimo.

Se entiende entonces que los sistemas religiosos emergen con la necesidad imperiosa de disipar la furia acumulada por los miembros de una comunidad. La violencia engendra las religiones y el mecanismo ritual de la víctima de sustitución reasegura el orden entre los mismos, hasta bien la ira se acumule nuevamente y nuevamente se construya un *chivo expiatorio* para disiparla. La religión presenta una primerísima y unívoca misión: controlar la violencia social.

René Girard afirma que “la rivalidad histórica no engendra directamente divinidad. La génesis del dios se efectúa a través de la violencia unánime.” (Girard, R. 1995:150). Por tanto el autor especifica que no es directamente la mimesis hacia un modelo lo que genera los sistemas religiosos, sino que este es un estadio anterior; en rigor, iniciático a la vez que principalísimo para la gestación de la ira que se disipa mediante la descarga violenta. Más luego es la violencia (que, como se acaba de indicar, se origina a partir del deseo mimético) lo que aparece como el factor desencadenante para la afirmación de las religiones.

Léase entonces que aquello que genera religión es la violencia unánime, es decir de todos contra un *chivo expiatorio*, acción por medio de la cual se intenta arrojar hacia afuera la violencia para así expiar la culpa de uno, de varios, o bien de todos los integrantes de una comunidad a un mismo momento, tal como ocurría en las sociedades primitivas.

### **III.VI. Comentarios finales a modo de cierre del capítulo tercero**

Repasado brevemente la función social de la religión, ahora el estudio se centrará en describir el estado actual de la presentación de la violencia en los mensajes de ficción televisiva, cuyo mecanismo remite a formas prehistóricas que se han ritualizado hasta llegar a la actualidad, revestida con un moderno manto de ejecución.

Y respecto de la correspondiente representación se tomará como objeto de estudio a los medios de comunicación, en particular a la televisión y a un género concreto de la misma como lo es la ficción, debido a que ésta puede revelar la figuración simbólica que existe en torno de la violencia, la cual se plasma aún (como siempre) bajo el arcaico signo de la sustitución victimaria.

Se abordará entonces el análisis de los mensajes televisivos desde una matriz de pensamiento psico-antropológica que permita dilucidar aspectos inherentes a la representación de la violencia, a sus formas de manifestación explícitas e implícitas, desde una investigación aplicada a los discursos televisivos de la ficción antes citada, utilizando para ello teorías que posibiliten comprender este fenómeno humano-social.

Siendo la televisión un agente institucional de significativa envergadura que ha impactado en las sociedades contemporáneas hasta transformar, en casos, prácticas culturales, a partir de la presentación sistemática de mensajes ante la audiencia masiva, es que se transforma en un objeto de relevancia para realizar una revisión discursiva de sus modos de conformación de mensajes.

Considerando al lenguaje como herramienta crucial en favor de la evolución de la humanidad; afirmando que el idioma es el instrumento central por el cual los individuos se constituyen como sujetos sociales; aseverando que en tanto seres simbólicos, los hombres manifiestan sus acciones a través de sus comportamientos, los cuales están

regidos por la palabra, es que se elige trabajar con los discursos mediáticos en pos de evidenciar la relación entre el estado de la violencia actual y la violencia originaria.

En este sentido se orienta la revisión de los contenidos discursivos de la ficción televisiva y, como propuesta, se intenta mostrar que en el objeto de estudio escogido, la violencia se origina a partir del deseo del deseo del otro, que manifiesta cada protagonista, a partir de la mimesis que cada uno de ellos construye con su modelo de referencia, y se materializa a través del mecanismo ritual de la víctima propiciatoria. Este es el camino trazado hacia donde se dirigirá la presente tesis.

# **CAPÍTULO CUARTO:**

## **Acerca de los efectos de los mensajes televisivos en el público**

## **IV.I. Introducción**

Los medios de comunicación representan la realidad social, la cual acercan a los públicos quienes, en la actualidad, tienen libre acceso a la información mediática. En particular los televidentes recogen e internalizan el mensaje y lo resignifican de acuerdo a sus experiencias previas, a su extracción social, a sus características psíquicas, a su modo singular de asimilar valores, creencias, ideologías.

En este sentido diversas teorías de la comunicación han intentado describir y explicar, con relativo éxito, el impacto que tienen los mensajes de los medios masivos de comunicación en la audiencia. En este capítulo se abordará el fenómeno de la comunicación de masas, su razón histórica y sus características centrales, revisando para ello el *corpus teórico* por medio del cual se estatuyó la comunicación como disciplina científica.

Desde perspectivas paradigmáticas opuestas, tanto los estudios estadounidenses sobre la comunicación como los europeos, principalmente de los países centrales de este continente, fueron pioneros en el análisis de los efectos sociales provocados por el advenimiento de los *media* electrónicos; se refiere al avance tecnológico en materia audiovisual (cine, radio, televisión) y, en el último tiempo, multimedia y la impronta de internet.

En el acápite subsiguiente se dará cuenta brevemente de la evolución del pensamiento en torno del fenómeno comunicativo del siglo XX, a partir del abordaje de las principales teorías que dieron cuenta de cómo el impacto mediático cambió las lógicas relacionales de las sociedades modernas.

Se confluirá finalmente en una perspectiva teórica que será la adoptada para comprender el fenómeno de la televisión como medio clave en la conformación de las relaciones interpersonales y culturales en las sociedades actuales, eje temático que aparece como otro fenómeno de relevancia (además de la violencia, claro está) en el presente estudio.

## **IV.II. La escuela estadounidense de estudios sobre la comunicación:**

### ***Mass Communication Research***

A partir de la tercera década del siglo XX y en adelante en Estados Unidos se desarrollaron diversas teorías que, bajo el influjo de la escuela constituida para tal fin, intentaron dar cuenta del impacto de los mensajes mediáticos en las audiencias y sus efectos en los comportamientos de los públicos.

Enmarcadas en la sociología clásica y la psicología conductista, ambas de corte estrictamente positivistas, estas teorías explicitaron la influencia mediática desde diversas posturas, siendo las nociones de manipulación y de persuasión (desarrolladas las primeras investigaciones), las que sintetizaron las explicaciones en torno del fenómeno comunicativo.

Luego, promediando el siglo XX, las perspectivas de análisis cambiaron y se vislumbraron otros enfoques que relativizaron el poder de influencia de los *media*, conforme avanzaron los estudios funcionalistas sobre la comunicación, los cuales pusieron el acento en la posición activa de los públicos a la hora de seleccionar y reinterpretar los mensajes en el proceso de comunicación masiva.

La primera de las perspectivas desarrolladas con motivo de estudiar sistemáticamente el impacto de los mensajes mediáticos en el público, en Estados Unidos a comienzos de los años treinta, fue la denominada Teoría de la Aguja Hipodérmica. La posición que esgrimieron los teóricos se podría sintetizar en el siguiente apartado: “cada miembro del público de masas es personal y directamente atacado por el mensaje” (Wright en Wolff, M. 1987: 22).

Es decir que los sociólogos de la época plantearon por medio de la metáfora de la aguja hipodérmica, que los mensajes de los medios de comunicación eran tan eficaces que se podía caracterizar el hecho como si se tratara de inyecciones de información que, en forma subcutánea, se aplicaban en el cuerpo por vía intravenosa y llegaban rápidamente al cerebro e inducían a actuar, en consecuencia, al público.

Se consideraba a la audiencia como pasiva e ingenua y a los medios con absoluta capacidad para manipular a los consumidores, los cuales eran atacados individualmente para ser luego homogeneizados (producto de las posibilidades de la radio, que simultáneamente enviaba un mensaje a todos al mismo tiempo), de acuerdo a los intereses del medio.

Así era posible estudiar la respuesta observable de los individuos ante el estímulo de los mensajes, siempre del orden de lo informacional. En términos de los propios sociólogos funcionalistas Katz y Paul Lazarsfeld “los mass media constituían una especie de sistema nervioso simple que se extiende hasta cada ojo y cada oído, en una

sociedad caracterizada por la escasez de relaciones interpersonales y por una organización social morfa” (Katz-Lazarsfeld en Wolff, M. 1987:29).

Otra de las metáforas que se aplicó por aquellos años para referir a la influencia extrema de los *media* para con la audiencia fue la denominada Teoría de la Bala Mágica. La misma aludía a la idea de que los medios efectuaban un disparo (mágico) de información directo al cerebro de cada individuo, por cuyo efecto la reacción era inmediata.

Pero de todas maneras el enfoque conductista, que atendía a las respuestas observables de los individuos alcanzados por los mensajes masivos, tuvo su plasmación y, *a posteriori*, su avance y perfeccionamiento, con la hipótesis de la persuasión. Micro investigaciones fragmentadas en el campo de la psicología conductista norteamericana, aplicada y en laboratorio experimental, tuvieron su mostración conclusiva con la denominada Corriente Empírico-Experimental.

En esta teoría, que se materializara durante la década del cuarenta, se planteó que el usuario, quien se había familiarizado ya con la avanzada de los medios masivos electrónicos y quien, en definitiva, se había habituado a la coexistencia de éstos en la sociedad, era persuadido a actuar y no manipulado, tal como se afirmaba en la antigua teoría, respecto del tono imperativo de los medios.

En este sentido se entendió la actuación de los medios como organizaciones que interpelaban al público pero por medio de prácticas complejas, dado que en rigor no contaban con la absoluta disponibilidad para hacer que la audiencia actuara de la manera que los productores de mensajes masivos se proponían.

La diferencia era sutil: los medios sugerían en lugar de dar órdenes, apelaban al interés del público en lugar de controlarlo, motivaban el consumo en lugar de imponerlo. A su vez el éxito de la persuasión dependía de ciertos aspectos inherentes a la atención de la audiencia, a su propio interés, percepción y memoria respecto de cada mensaje mediatizado.

También se supeditaba la efectividad de los mensajes mediáticos y al estilo de comunicación que presentaban los emisores de mensajes. Esto último dependía del nivel de credibilidad que la audiencia le otorgaba a la fuente emisora y en cuanto al orden y exhaustividad en las argumentaciones que el medio era capaz de proponer.

Sintetizando, se reconstruye la revisión que Mauro Wolff realiza respecto de las teorías sobre los efectos de los *media* en la sociedad, específicamente desde la escuela estadounidense de la comunicación, y quien indica que “la persuasión de los

destinatarios es un objetivo posible siempre que la forma y la organización del mensaje sean adecuados a los factores personales que el destinatario activa en la interpretación del mismo mensaje". (Wolff, M. 1987: 36).

Pero conforme pasaron los años, las décadas, otras perspectivas de pensamiento surgieron en torno del fenómeno de masas. Desde el campo sociológico en su vertiente funcionalista, ya situados en mediados del siglo XX, surgió la Teoría de los Efectos Limitados, corriente desde la cual se planteó que los medios no sólo no contaban ya con la facultad de manipular al público sino que a su vez estaban limitados en su capacidad de influir en la audiencia, producto del accionar de los líderes de opinión.

Esta limitación se explicaba por medio de la figura de los líderes de opinión, legitimados al seno de cada grupo humano, quienes interpretaban el mensaje mediático y lo reelaboraban conforme a sus pareceres y luego lo resignificaban y diseminaban entre los integrantes de su grupo de pertenencia.

En este último proceso, y a explicación de esta teoría de corte sociológico, el líder de opinión podía reafirmar el sentido que el medio de información le otorgaba al mensaje en análisis, o bien lo podía modificar en el todo o en la parte y de esta manera poner un límite a la construcción de sentido que pretendía configurar y transmitir el medio respecto a su público.

Proceso descrito en dos niveles, primero la construcción del mensaje de los medios de información y luego el impacto del mismo en cada grupo de pertenencia, previa reinterpretación del mensaje por parte del líder natural, denominado de opinión, desde este enfoque se planteaba una atenuación en cuanto a la influencia posible de los medios, de manera que se esgrimía una mirada distinta de la que había reinado en los primeros estudios sobre la comunicación de masas.

Para la década del sesenta se avanzó en esta óptica y se afirmó incluso, bajo el influjo de la Teoría Funcionalista de la Comunicación, que el usuario era activo, elegía qué consumir, de manera que hacía un uso discriminado de los medios gráficos, radiales y televisivos y obtenía una gratificación al respecto.

En esta teoría entonces ya no sólo se abandonaba por completo la noción de manipulación mediática, proceso que había comenzado ya diez años antes con la Teoría de los Efectos Limitados, sino que además se invertía el enfoque clásico en torno del estudio de los mensajes mediáticos.

En este punto las investigaciones se orientarían en torno de aquello que la audiencia hacía con los medios y no como se enfocó desde los estudios clásicos de las primeras

décadas del siglo XX (y que recientemente se ha repasado), respecto del impacto mediático en el público.

Era una etapa en la que proliferan los medios masivos de comunicación y de esta manera la audiencia contaba con una gran oferta de medios, y es por ello que no sólo escogía qué consumir sino que, en consecuencia, cómo satisfacer necesidades cognitivas al informarse, afectivas y estéticas, al consumir productos que apelaban a su sensibilidad y dinamizaban su estado emotivo, y de evasión, por tratarse de un momento de distensión y dispersión, sobre todo en el consumo de televisión.

En esta corriente “el efecto de la comunicación de masas es entendido como consecuencia de las gratificaciones a las necesidades experimentadas por el receptor: los media son eficaces si y cuando el receptor les atribuye dicha eficacia, sobre la base justamente de la gratificación de las necesidades” (Wolff, M. 1987: 78).

Desde esta posición se profundiza entonces la hipótesis de la moderación respecto de la influencia de los medios de información sobre las masas y se especifican aspectos no contemplados en la primera etapa de la investigación sobre el fenómeno de la comunicación masiva, como por ejemplo el accionar particular de los grupos sociales y de las instituciones como elementos singulares, con posición propia en la construcción de sentido político-cultural.

#### **IV.III. Las escuelas europeas: estudios críticos sobre los medios masivos de comunicación y la sociedad**

No es intención en esta tesis trabajar en profundidad el planteo teórico-conceptual de estas escuelas de pensamiento que han sido significativas y hasta fundamentales para la construcción de conocimiento crítico sobre la cultura, la comunicación y la sociedad, durante buena parte del siglo XX.

En este sentido simplemente se pretende referir un acotado marco de actuación de las corrientes que en materia de estudios interdisciplinarios, principalmente del orden de la filosofía, la semiología, la psicología psicoanalítica y la antropología etnográfica, han contribuido a los estudios y, consecuentemente, hacia el progreso del pensamiento científico en torno de la comunicología.

Por esto último es que se esgrime un primer acercamiento a su desarrollo conceptual en pos de contextualizar los estudios sobre los medios masivos de comunicación desde la perspectiva de pensamiento de las escuelas que se presentan a continuación.

#### IV.III.I. La Escuela de Frankfurt y el centro de estudios de Birmingham

Fundada en 1923 con una orientación marxista- freudiana, la escuela de Frankfurt se enfocó en constituir, a través de sus referentes, una filosofía política crítica de la razón instrumental al tiempo que buscó un mayor grado de humanización en las relaciones interpersonales en su conjunto, por medio de acciones que tuvieron como objetivo la transformación de la sociedad.

Tomaron al conjunto de las industrias culturales como objeto de estudio, al pensamiento crítico racional, como método y a la matriz marxista, como perspectiva paradigmática, para analizar la lógica de consumo de bienes culturales, por parte de la audiencia, producidos y distribuidos por los agentes empresariales que sustentan el sistema capitalista.

Los autores críticos indicaron que la actividad de los medios de comunicación (periódicos, radio, cine, revistas, televisión) tanto como la del arte en general difundido a través de los *media* (música, pintura, literatura, escultura, teatro, fotografía), estaban orientadas a la producción con fines comerciales para el posterior consumo.

De manera que los teóricos de la época manifestaron que “la industria cultural proporciona en todas partes bienes estandarizados para satisfacer las numerosas demandas (y) a través de un modo industrial de producción, se obtiene una cultura de masas hecha con una serie de objetos que llevan adelante claramente la huella de la industria cultural” (Mattelart, A. 1997: 54).

Así la práctica de mercantilización de la cultura creaba las condiciones propicias para la industrialización del arte, de modo que las industrias culturales cerraban su fórmula, reasegurándose su continuidad en el tiempo.

En su obra *Dialéctica del iluminismo*, dos representantes de esta escuela, Theodor Adorno y Max Horkheimer denunciaron que la burguesía esgrimía aquello que debía ser consumido por el proletario en su tiempo de ocio, momento en que fuera de su horario

de trabajo continuaba con la reproducción del sistema, al consumir aquello que era producido para cubrir sus momentos de dispersión.

Estos críticos racionales plantearon que “los productos culturales, las películas, los programas radiofónicos, las revistas manifiestan la misma racionalidad técnica, el mismo esquema de organización y planificación por parte del *management* (el destacado es del autor) que la fabricación de coches en serie o los proyectos de urbanismo” (Mattelart, A. 1997:54).

Se consideraba, al seno del centro alemán de estudios sobre la comunicación y la cultura, que los bienes culturales, atravesados por la lógica de la industrialización: serialización, estandarización y división social del trabajo, se pauperizaban, perdían sus cualidades más salientes y en detrimento de ello se obtenía una gran cantidad de bienes listos para ser insertados en el mercado.

En este mismo sentido criticaron el enfoque racional-iluminista con que operaban las industrias de la cultura al considerar que el modelo social basado en la racionalidad técnica era de carácter coercitivo y sostenía y retroalimentaba una sociedad alienada, enajenada de su mandato cultural, al tiempo que pauperizaba la producción mediática y artística.

La industria cultural fija de manera ejemplar la quiebra de la cultura, su caída en la mercancía. La transformación del acto cultural en un valor destruye su capacidad crítica y disuelve en él las huellas de una experiencia auténtica. La producción industrial sella la degradación de la función filosófico-existencial de la cultura. (Matelart, A. 1997).

En el mismo paradigma de pensamiento aunque con técnicas distintas de estudio, la escuela de Birmingham, desde mediados del siglo XX, propuso estudiar la conexión entre clase social y práctica cultural. Enmarcados en los estudios culturales, dos fieles representantes de este centro de investigaciones, Richard Hoggart y Stuart Hall, describieron los modos de interpretación de los mensajes masivos desde la clase obrera londinense, basándose en estudios de corte etnográfico realizados en el espacio urbano en que se ubica el segmento social proletario.

Concluyeron que el usuario es activo porque reconstruye y resignifica el mensaje mediático dependiendo de su condición de clase. Al mismo tiempo que este estudio reafirmaba la significancia de la extracción social como condición *sine qua non* para la interpretación de mensajes masivos pone en discusión el sentido de los estudios funcionalistas sobre la comunicación de masas, al insistir en que el sentido común que

atraviesa a una sociedad es impuesto por la hegemonía burguesa, aunque existen estructuras culturales que se enfocan en la resistencia.

Este centro de estudios discutió la hegemonía cultural afirmada por la clase social económicamente favorecida que impone las nociones de sentido común y la forma de comprender la función ideológica de los medios al considerar que “la naturaleza de la ideología representa un momento importante en la constitución de una teoría capaz de refutar los postulados del análisis funcionalista norteamericano y de basar una forma diferente de investigación crítica de los medios de comunicación” (Mattelart, A. 1997:74).

#### **IV.IV. Los estudios cognitivos de la comunicación**

En tren de superar la primera etapa de estudios sobre la comunicación de masas signada por las escuelas funcionalista y crítica, estadounidense y europea (principalmente alemana e inglesa) respectivamente, se enfocarán ahora las teorías que se conformaron en las últimas décadas del siglo XX y que aportaron a la disciplina de la comunicación un acervo de miradas que redimensionaron el fenómeno en cuestión y posibilitaron el avance hacia visiones complementarias respecto del mismo.

Variadas fueron las proposiciones desarrolladas hacia el fin del milenio: teoría del cultivo televisivo, teoría de la dependencia de los medios, hipótesis del establecimiento de agenda y teoría de la espiral del silencio confluyen entre las más significativas de este período. En particular se retomará en profundidad la primera de ellas, no sólo por considerarse como significativa *per se*, sino que al mismo tiempo por enfocarla como marco de referencia para orientar el presente estudio.

Fue Gerbner quien se encargó de dar forma a esta teoría durante la década del setenta al referir al estudio del impacto de los medios en la cognición de la audiencia. Así se difunde a través de la teoría del cultivo televisivo que se “atribuye al medio televisivo (en particular a los géneros de ficción) la función de agente de socialización, de constructor principal de imágenes y representaciones mentales de la realidad social” (Wolff, M. 1994: 97).

Porque a menudo se advierte que mucho de lo que se conoce, por ejemplo respecto de la cultura de otros países (incluso muy alejados del que se habita y los cuales nunca se

ha visitado), se sabe por la mediación de los agentes de comunicación; se hace referencia principalmente a la televisión.

Porque se trabaja aquí con una unidad de análisis que no es otra cosa que una ficción televisiva es que se concibe, siguiendo esta perspectiva teórica, que “la televisión cultiva así imágenes de la realidad, produce aculturación y sedimenta sistemas de creencia, representaciones mentales y actitudes” (Wolff, M. 1994: 97).

Claro que algún especialista en ciencias de la comunicación podría argüir que en este análisis no se contemplan aspectos particulares de cada individuo que compone la audiencia televisiva, tales como aquellos segmentos sociales que consumen televisión con perspectiva crítica, que miran atentamente y comprenden que los medios construyen sentido de acuerdo a sus intereses.

Pues bien sería un razonamiento válido pero, y aun ello, aquí se trata lo referido al común de la población para la cual la televisión continúa reconstruyendo el inconsciente colectivo y validando aquellas premisas básicas en torno de la situación política y social de una nación o, más significativo aún, de una determinada región.

En este sentido se retoman expresiones de Gerbner, citadas por Mauro Wolff, para caracterizar dicha teoría: “la fruición televisiva es una especie de ritual, casi una religión, debido al hecho de que a la televisión nos dedicamos más a menudo y más regularmente” (Gerbner en Wolff, M. 1994: 98).

Y por medio de esa fruición, a la vez sistemática y gratificante para los públicos que la llevan a cabo, es que un pequeño núcleo duro de la sociedad actúa (con capacidad para instalar aquellas perspectivas de pensamiento que pretenden tratar en particular por sobre otros) en el sentido de la construcción de la agenda de temas.

Es decir que este trabajo adopta la hipótesis que indica que el consumo de televisión en cuotas elevadas (cinco y más horas diarias) suele conllevar a una porción importante de la audiencia cautiva a concebir escenarios, condiciones, circunstancias de la realidad, en línea con los registros de los emisores.

Claro que esto no ocurre de forma uniforme. Un estudio sociológico pormenorizado de los diferentes extractos sociales y sus características (sexo, edad, nivel socioeconómico, índices culturales, nivel de instrucción alcanzado, etc.) serían variables más adecuadas para realizar un examen más próximo a los hechos.

Pero aun ello se evidencia que la información distribuida por los medios masivos de comunicación, y en particular la televisión, siguen siendo influyente en tanto construcciones de sentido común acerca de los hechos y el entendimiento de los

mismos, desde la óptica sesgada de los medios masivos de comunicación como interlocutores de la realidad social.

Una realidad que es reinterpretada cada vez; esto es desde la mirada de los medios y sus periodistas quienes describen los hechos para que luego el público, que es heterogéneo, asimila los mensajes de formas disímiles. Información que atraviesa la agenda mediática, la cual es propuesta por los *newsmakers*.

Quedará para otro estudio especificar cuánto y cómo logran influir, de ser posible medir el efecto de los medios en el público. Pero la idea de que la percepción de cada individuo respecto de los hechos está mediatizada, cuanto menos en parte, por los medios masivos de comunicación y específicamente por la televisión, será aquí tomada como perspectiva estratégica.

Entonces los mensajes emitidos particularmente por la televisión son persuasivos no tanto por el hecho de que definirán cómo pensará el público, aunque sí determinantes respecto de aquellos hechos que discutirá la audiencia, a partir de la construcción de agenda de temas que unívocamente los medios masivos de comunicación proponen cada vez.

De forma tal que es muy difícil pensar que en las sociedades actuales cada individuo debate en su entorno social sobre temas escogidos independientemente de los medios; en el acontecer diario, más bien sucede que el público retoma los hechos que destacan los medios.

De manera que el grueso de los sujetos que componen la audiencia tiende a reproducir las interpretaciones que los medios realizan respecto de los hechos sociales y que luego distribuyen en formato informativo y argumentativo. En definitiva el televidente interpreta la realidad de segunda mano ya que la misma es primero percibida (y luego transmitida) por los agentes mediáticos.

El hecho de conocer en segunda instancia lo acontecido en un espacio y tiempo distantes de su realidad inmediata genera una brecha entre lo sucedido de facto, lo interpretado respecto de lo sucedido y comunicado a nivel masivo por los medios y lo comprendido respecto de lo comunicado por los medios, por parte de cada individuo que compone la audiencia.

Se ha indicado ya que existen tantas particularidades respecto de las características de la audiencia que se podría identificar y parcializar una gama cuasi infinita de segmentos de públicos, pero en todos los casos se encuentra que los medios producen imágenes de

la realidad con motivo de informar acerca de los sucesos pero también con la intención de afianzar un sistema ideológico determinado, ligado a sus propios intereses.

Lo hacen con el acompañamiento, en muchos casos acrítico, de un público que construye representaciones mentales sobre los hechos a partir de lo asimilado en el proceso de fruición televisiva. Es decir que la televisión cultiva imágenes y connotaciones de los hechos y la audiencia asimila ello producto del beneplácito que le genera el consumo pasivo de este medio dominante de buena parte de los sentidos y lecturas de los receptores.

Es, tal como lo indica la pensadora Elisabeth Noelle-Neumann, una suerte de confluencia de posturas, creencias, valores y hasta normativas que se afincan en la sociedad, impuestas por una minoría con capacidad de fijar ideas y nociones al resto.

También Mauro Wolff evoca ello al considerar que la construcción de sentido al seno de la opinión pública se conforma debido a que “el acento se pone en la presión conformista, en el componente de naturaleza social del individuo que lo empuja a evitar el aislamiento. Todos están involucrados, quieran o no, en el proceso de formación de la opinión pública, porque cada uno está amenazado por el aislamiento social si va contra las reglas y los procesos de integración” (Wolff, M. 1994: 65).

Argumento medular de la teoría de la espiral del silencio expuesta por Noelle-Neumann, la autora avanza en el sentido de que esta minoría fuerte, a menudo empresarios de medios masivos de comunicación, genera un efecto en espiral en el cual involucran, a partir de la construcción de las posiciones dominantes que edifican el sentido común, a los individuos quienes, por temor al aislamiento social, aceptan acrítica y pasivamente tales posturas.

Porque “a los media se les reconoce la capacidad de construir un universo simbólico de referencia común y de añadir y definir una identidad cultural” (Wolff, M. 1994: 78). Esa identidad cultural se autentifica toda vez que aquello que es retomado por los medios de comunicación se asienta en el imaginario y posteriormente en el accionar, consciente y/o inconsciente de los individuos que forman parte de una determinada comunidad.

Desde teorías cognitivas tales como la del cultivo televisivo y la de la espiral del silencio es que se intenta dar cuenta de cómo los medios construyen no sólo las nociones de sentido común imperantes sino que también los criterios y los ejes temáticos por los cuales transita una sociedad en un tiempo dado.

También desde la teoría del establecimiento de agenda de los medios se puede describir este mismo proceso al particularizar que los medios presentan la capacidad no de indicar cómo debe pensar el usuario que adquiere la información mediatizada sino que sobre qué temas éste hablará en un contexto dado.

Es decir que los *media* se reservan la potestad de construir la agenda semanal de noticias y de esta forma proponer los hechos que serán tratados por la opinión pública. Claro que siempre quedará un resto poblacional no funcional al sistema y, por tanto, fuera de la lógica de consumo.

Pero sí el grueso de la audiencia asumirá implícitamente un compromiso que será con los temas que los medios le darán mayor importancia en detrimento de otros; así la opinión pública se moverá de un *issue* a otro en función de aquello que los medios propongan como significativos para discutir en cada día y semana.

De todas maneras desde este enfoque se pretende plasmar la noción de que desde los medios y a través de artilugios discursivos que se materializan en acciones concretas, se edifican algunas matrices de pensamiento (y acción) que intervendrán en el quehacer cotidiano en pos de dinamizar en el público, dependiente de la construcción de mensajes de los medios masivos de comunicación, una serie de directrices posibles por medio de las cuales comprender el mundo.

Pero aun ello en estas teorías aludidas se esquematiza demasiado en un modelo expuesto en términos de la siguiente hipótesis: la fruición televisiva (considerada en cantidad de horas que cada individuo consume respecto del medio en cuestión) como causa, provoca un efecto, a saber, el entendimiento de la realidad social tal como la construyen y reinterpretan los *media*.

Pero en esta perspectiva no se contemplan cualidades particulares que gran significancia presentan al momento de comprender la influencia de la televisión en la percepción del público. En este sentido se verifica por medio de la cita que sigue, que existen aspectos relevantes que deben tenerse en cuenta (más allá de la mera recepción pasiva de determinadas cantidades de horas) para comprender en profundidad el proceso de aprehensión de información de la audiencia respecto de los mensajes televisivos:

La influencia de la televisión en la construcción de la realidad social es un proceso complejo e indirecto, que opera en interacción con una gran variedad de elementos e instituciones del contexto. A título preliminar se pueden individualizar 5 niveles en conexión recíproca: las competencias de los sujetos

en el tratamiento de las informaciones y las restricciones de tipo estructural cognitivo; la conciencia crítica del consumo de televisión; la experiencia directa u otras fuentes que confirman o desmienten los mensajes televisivos; las experiencias de tipo socioestructural; el proceso de cultivo vinculado a contenidos específicos o a una fruición selectiva, en lugar de una fruición general y habitual de televisión. (Hawkins y Pingree en Wolff, M. 1994: 116).

Es decir que también aspectos particulares se ponen en juego en el proceso de aprehensión de mensajes masivos; por ejemplo la circunstancia en que se encuentra el individuo en el momento concreto en que consume el mensaje mediatizado, en el cual el conjunto de experiencias psíquicas acumuladas hasta ese período, tanto como algo aparentemente trivial como el simple estado de ánimo, pueden ser factores que promuevan, a partir de la recepción de idénticos significantes, interpretaciones de significados disímiles.

Con ello se pretende indicar que el fenómeno de la televisión es significativo en la conformación de construcciones de sentido que los usuarios hacen a partir de aquello que consumen; aunque no excluyentemente puesto que, tal como se dijo anteriormente, otros factores mediatizan este proceso de aprehensión de la realidad social, los cuales deben ser elucidados con atención y trabajados en profundidad.

El mensaje del medio televisivo respecto de la realidad social (se hace referencia a los hechos de interés público) es aprehensible por el público a partir de las interpretaciones que realizan los emisores quienes producen para este medio masivo. Es decir que es, antes que vivida en directo (próximo a la experiencia sensible), observada a través de la televisión.

Entonces este medio (lógicamente que se refiere a aquellos quienes realizan productos audiovisuales) detenta la capacidad de operar como puente entre un hecho representado como posible, real, en definitiva verosímil, y la percepción del público respecto del mismo.

# **CAPÍTULO QUINTO:**

**Rivalidad mimética, ritualidad y violencia en**  
**los contenidos de la ficción televisiva *En***  
***terapia: Caso Gastón Ramírez***

## **V.I. Introducción**

Particular es la afirmación de Leopoldo Seijas Candelas quien se manifiesta con elocuencia al referir que “los caminos de la violencia hay que buscarlos también en otros lugares, en la sociedad y no solamente en la televisión. Porque ésta no es sino la víctima propiciatoria, para distraer del hecho que la violencia la producen los sistemas sociales y políticos que vivimos” (Seijas Candelas, L. 2007: 39).

Desde esta postura tan particular (y en el sentido en que se viene caracterizando, describiendo y afirmando el fenómeno en cuestión), la televisión aparece imbuida de la violencia coexistente en la sociedad, alcanzada por los sistemas normativos en que la cultura humana se ha asentado.

Entonces la violencia se presenta como una consecuencia visible de una causa primigenia, cuya génesis germina al seno del acontecer humano; en la contingencia propia de la relación de cada individuo con un otro significativo, esto es, con un modelo de referencia.

Se repasará entonces a continuación el primero de los casos tomados como unidad de análisis, se refiere a la historia del paciente *Gastón Ramírez*, en función de visibilizar observables empíricos que coadyuven a evidenciar todo aquello que hasta aquí se ha manifestado a nivel teórico.

## **V.II. Análisis del discurso del paciente *Gastón Ramírez***

La tarde se extingue encapsulada en la inmensidad del crepúsculo. Destellos anaranjados acompañan el letargo infinito. Una historia más de aquellas que se multiplican en la gran ciudad tiene su comienzo en el consultorio de *Guillermo Montes*, quien serenamente abre la puerta de su estudio para recibir a un nuevo paciente.

El ritual de iniciación comienza con un saludo frío, impasible. El terapeuta toma la delantera, camina unos cuantos pasos, supera la sala de recepción y una vez que cierra la puerta vidriada haciéndola correr por sobre una guía, tomando cada manija con ambas manos y moviendo las hojas hacia el centro (justo donde él se encuentra parado) le indica a su visita el camino del corredor que lo llevará directamente hacia el asiento que le corresponde.

*Gastón Ramírez* detecta el sofá rojo que aguarda inmutable en el centro de la sala y contrariamente a la orden indicada prefiere inspeccionar el lugar, tal como lo haría un agente secreto en un operativo. Será acaso el primero de los reveses que sufrirá la relación entre terapeuta y paciente, que no el único.

Una colección de naves antiguas yace en las repisas de vidrio de los muebles que ornamentan el consultorio. *Gastón Ramírez* las observa y luego interroga al terapeuta acerca de su aprecio por los barcos, recibiendo a cambio, y tal como esperaba, una respuesta asertiva.

De esta manera comienza el relato ficcional entre el terapeuta y el paciente de los días martes, episodios que se tratará en este acápite, sesión la cual estará atravesada por la tensión entre los intereses de ambos.

*Gastón Ramírez* aclara desde el comienzo que sólo se ha acercado hasta el consultorio con la intención de que el terapeuta le ayude a tomar una decisión concreta, mientras que el terapeuta prevé la necesidad de iniciar una terapia que dinamice en su paciente interrogantes que no se ha hecho y/o no está preparado para afrontar en soledad.

La postura del analista es la que primero gana terreno, de manera que se pautan algunos encuentros entre ambos, a lo largo de los cuales afloran diversas problemáticas no resueltas por el paciente y una constante: un comportamiento violento que remite a un origen puntual e inercial, el cual será trabajado en profundidad aquí desde la perspectiva conceptual adoptada para el presente estudio, es decir, desde la teoría del deseo mimético.

Entonces en el caso de este personaje, que interpreta el actor Germán Palacios, la violencia se reflota toda vez que éste se reencuentra (en el contexto de su terapia) con su pasado, con sus vivencias y sus ansiedades latentes. Toda vez que él refiere a su padre, modelo a la vez odiado y admirado, debido a que representa aquello que él no puede y/o no se permite alcanzar (a saber, su perfección), lo hace con un sesgo de desasosiego.

Como si en su vida anímica anidaran registros activos que regularan su comportamiento, cada momento en que, por caso, *Gastón Ramírez* refiere a su progenitor (verdadero punto de origen de su malestar psíquico al que se hacía recientemente referencia), reflota angustias ocultas.

A su vez coexiste en él una auto exigencia, seguramente incorporada de las reglas que adoptara de la fuerza policial (puesto que el actor Germán Palacios representa en la ficción a un policía de élite perteneciente a un grupo comando, quien encuentra su

seguridad personal en el plano profesional en que se desarrolla), y que lo transporta a un plano de auto presión constante.

En rigor ambos hechos de su historia personal permanecen relacionados. La exigencia hacia él, por parte de su padre derrama luego en una elección muy particular (a nivel profesional) que sin dudas reproduce lo experimentado en su infancia; extiende aquella exigencia vivida en la infancia a su mundo laboral.

Los deseos latentes no satisfechos producto de la imitación de ese modelo anhelado pero no alcanzado lo constituye en un sujeto parco, atravesado por antagonismos y contradicciones, donde aquello que logra en concreto es repeler y atemorizar al otro mientras él huye hacia adelante, anquilosado en su particular actividad, anclado en sus propias limitaciones, conforme lo dictan sus propios impulsos.

Esa huida hacia adelante se practica, se materializa por intermedio de actos regidos por la ira. Es decir que la resolución práctica de sus pulsiones anímicas desencadena en actos violentos por medio de los cuales la búsqueda de una víctima sustitutoria (seguramente en reemplazo de todo aquello que no puede enfrentar -por caso, la figura de su padre-), y su posterior concreción, tienden a alivianar su carga.

Entonces el paciente de los días martes relata a su terapeuta que en ocasión de un operativo que concluye en un golpe al narcotráfico, él se encarga de colocar explosivos en un galpón donde supuestamente se guarda una carga importante de estupefacientes, drogas que este cuerpo de elite debe capturar.

Por orden del juez de instrucción ejecuta entonces (y narra ello con la objetividad con la que el antropólogo describe los modos culturales de una cultura distante de la occidental) en la triple frontera, en el punto equidistante entre Paraguay, Brasil y Argentina, la operación la cual concluye con la muerte de cinco mujeres y nueve niños.

El error o la equivocación que tiene por resultado varias víctimas sustitutas, puesto que de registrarse víctimas fatales producto del riesgo extremo que significaba llevar a cabo tal operativo, la justicia estipulaba que fueran narcotraficantes y no miembros de sus familias (hecho que incluso es abordado por los medios a través de las crónicas televisivas de los noticieros supuestos que nombra el personaje), se lo adjudica *Gastón Ramírez* a la inteligencia del plan y no al acto concreto del cual él es el argumento principal.

De manera que sin dejo de culpa aparente, se corre hábilmente de su responsabilidad. Aun ello la significación del hecho irrumpe en toda su acepción cuando el terapeuta le hace ver, idóneamente, que en realidad él llega a su situación (paro cardio-respiratorio,

*a posteriori* del hecho relatado) producto del sentimiento de culpa encapsulado; y más aún, que ese encapsulamiento, continúa *Guillermo Montes* (analista que interpreta el actor Diego Pereti) es un mecanismo inconsciente que remite a antiguas huellas psíquicas que no tienen otro origen más que su relación con su padre.

A semejanza de su padre es que el paciente se prohíbe experimentar la lectura de sus propios sentimientos. En detrimento de esto último es que intenta por todos los modos posibles parecerse a su progenitor, el cual aparece en su propia versión como un ser hecho de roble o, como lo comentará más adelante, de hierro, incapaz de dar lugar a sus emociones, de mostrar sus emociones más recónditas.

Y son a esas huellas indelebles a las que apela el terapeuta. A los registros mnémicos de su paciente, quien se niega a encarar una terapia probablemente para no alterar las impresiones que ha construido alrededor de su padre; un ser que, según su exposición, jamás aceptaría afrontar sesiones de psicoanálisis, y a quien pretende emular. Recuerdos que pueden ser retrotraídos a la conciencia mediante el análisis, pero que *Gastón Ramírez* se niega a llevar a cabo.

En un pasaje del episodio veintidós de la serie o quinto encuentro de *Gastón Ramírez* con su psicoanalista, éste último le plantea en concreto la necesidad de conocer la relación con su padre en profundidad para comprender de mejor forma la problemática que lo atraviesa, subrepticia a una primera mirada superficial con la cual nada puede evidenciarse de relevante, si es que se pretende comprender el comportamiento del individuo en su contexto social.

Luego de trabarse la sesión en una larga discusión, debido a que el paciente no tiene intenciones de sumergirse en su pasado, finalmente cede animado por la aventura que le propone su psicoanalista. Decide entonces, convencido sólo en parte, describir (desde su estricta percepción) aquello que considera saliente, representativo de la figura de su padre.

De manera que *Gastón Ramírez* refiere lo siguiente: “él es de hierro, de hierro forjado. Es una persona solvente en todos sus movimientos; en todo lo que hace, en su sabiduría de vida, en su manera de caminar. Tiene setenta años y hace treinta que está de la misma forma. Es un tipo que tiene la salud de un toro, me juega una pulseada y me gana; hierro puro”. (Maci, Alejandro, Feldman, Esther. 2012, capítulo XXII).

Lo primero que se observa es la mirada decisiva, contundente del hijo respecto de su padre. Un hijo quien intenta mirarse al espejo del otro y quien no consigue obtener de sí la misma imagen. Aunque lo intente a lo largo de su existencia no se permite alcanzar la

figura modélica de su progenitor que observa tal vez como la perfección absoluta (claro está que lo es en los límites de su propia psiquis).

La mimesis aflora en toda su acepción; es aquí y ahora, en el instante mismo de la referencialidad a su padre que su hijo desea parecerse a éste; y en ese íntimo sentir, en esa imagen a semejanza, es que habrá deseado ser su padre, habrá deseado ser de hierro y habrá deseado sus deseos.

Ese hombre ahora anciano (aunque con una vigencia absoluta en la construcción de la identidad de su hijo), irrumpe a cada instante en que éste lo refiere. Más aún es significativo mucho más en su ausencia: toda vez que su hijo ejecuta acciones de acuerdo a como piensa que su padre lo haría o reflexiona en ese mismo instante acerca de cómo éste le indicaría hacerlo.

Ahora bien aquello que no obtiene, los deseos no alcanzados, aflora a su conciencia como pulsiones cargadas de sugestión. Aquello no satisfecho busca transmutarse. Se materializa en conductas escasamente conscientes, devenidas de su deseo mimético no satisfecho. Y es en ese momento en que se advierte débil, que aflora la necesidad de descargar en un otro las angustias latentes.

Un otro de menor envergadura y/o significancia para sí. Otro con quien poder despojarse de, quitarse su carga de ira acumulada, producto de no poder alcanzar ese deseo modélico. Y la ira se redirige a su terapeuta. La descarga es inevitable puesto que es la única persona, la única víctima de sustitución propicia para contener la violencia, por lo menos en ese preciso instante.

Entonces es cuando el terapeuta *Guillermo Montes* le plantea a *Gastón Ramírez* (en un momento en que éste último le recrimina con descortesía que allí sentado, interpretando lo que dicen sus pacientes, pretende aparentar la perfección en persona), lo siguiente:

-Parece que la perfección es patrimonio nada más que de su padre. Él es una figura fuerte de verdad; con él no hay representación; casi despótica. Frente a la cual lo único que puede hacer usted es esconder todo sentimiento de debilidad, esconder todo sentimiento de culpa, no mostrar el lado más tierno, el lado más femenino. Y lo único que queda por hacer frente a semejante padre es desafiarlo con toda la fuerza, combatirlo, tratar de vencerlo, tratar de demostrar que es el mejor. Y creo que eso es lo que hace usted aquí conmigo. Todos los celos hacia su padre, toda la frustración, todo el dolor y el

rencor hacia esa figura perfecta, de hierro, se lo desquita aquí conmigo. (Maci, A. Feldman, E. 2012, capítulo XXII).

Difícil registrar un mejor ejemplo para graficar, por medio de un hecho concreto de la ficción, la manera en que se plasma la violencia: por intermedio de un *chivo expiatorio*. Evidentemente el terapeuta advierte que está cumpliendo la función de víctima de sustitución puesto que es su paciente quien allí lo sitúa inconscientemente, aunque con la necesidad imperiosa de descargar su fastidio, esto es, mediante la construcción de una víctima de recambio.

Pero si ello es desfavorable para su terapeuta, éste intenta obtener provecho de la situación. Así la circunstancia toma otro cariz y se transforma en un arma de doble filo que hiere al mismo tiempo al terapeuta (quien, como dijimos, toma momentáneamente el papel de víctima propiciatoria) pero también al paciente quien aparecía como el sujeto fuerte, quien hasta aquí atropellaba, horadaba las defensas de su terapeuta pero quien a la vez recibe un contraataque producto del avance del profesional.

Es entonces que el psicoanalista remarca el sentimiento de debilidad y de culpa de su paciente. Y allí se acerca, toda vez que se lo propone, a la zona más íntima, más virgen, menos explorada de éste. Más aún, lo moviliza. Le pone ante sus ojos sus propias flaquezas. Le muestra que su conducta está mediatizada, atravesada por la influencia de su padre.

Este paciente-personaje construido en el programa televisivo tiende a manifestar, mediante signos lingüísticos tanto como paralingüísticos, su proceder ritual, dado que sus movimientos y su comportamiento kinésico, desde su postura hasta su forma de mirar al otro es medida, rígida y estructurada, como si en esos instantes estuviera emulando el comportamiento, la impronta de otro, de un otro significativo para sí; como si estuviera simulando ser su padre.

Suele caer en los mismos lugares al momento de describir su tarea, la cual siempre refiere como un asunto de perfección y ello no remite a otra idea más que a la de intentar reproducir la figura de su padre. Intentar copiar la perfección hecha acción tal como, siempre desde su estricta perspectiva, lo haría su padre.

Pues intenta emularlo con el fin de que éste apruebe su accionar, algo que evidentemente no sucede puesto que es un padre frío, que le habla sólo escasamente y quien prácticamente nunca refiere a merecimientos y/o reconocimientos para con su hijo, como no lo hace con ningún otro sujeto relacionado con su círculo íntimo.

Por ello es que su hijo sufre e imita. Imita esa perfección aparente; aparente porque nada indica que su padre (tanto como ningún otro sujeto conocido o por conocer) pueda presentar características que lo representen como la perfección absoluta, sino que es en su propia construcción, en su propia representación de su progenitor, que considera tales argumentos. De otra manera él no se hubiera forjado un futuro con tales exigencias o, de hacerlo, lo hubiera llevado a cabo con otro enfoque, de cara a la experiencia sensible con los objetos.

En otro apartado de la escena *Gastón Ramírez* habla sobre su familia (tiene tres hijos) y en ningún momento se muestra orgulloso de ellos, ni siquiera emite una descripción somera de lo que ellos hacen. No parece otorgarle relevancia a ello porque continúa atrapado en su propio deseo, esto es, en simular ser su padre; en alcanzar esa meta idealista que, como tal, es inalcanzable.

Sólo lo hace en función de ser reconocido por éste, algo que evidentemente nunca sucedió, o por lo menos no como su hijo lo hubiese esperado y/o necesitado. De manera que *Gastón Ramírez* ritualiza acciones, puesto que se comporta con sus hijos como su padre se comportó con él. Y ello no refiere a otro hecho más que a la mimesis que desarrolla con su padre.

No logra transformar su realidad; más aún, la reproduce sistemáticamente y termina por descargar su ira acumulada, por no alcanzar la satisfacción de sus deseos, en otro, sea en la ocasión su terapeuta ( de forma verbal-simbólica), sea por intermedio del uso de la fuerza (en tanto detona bombas que matan a narcotraficantes junto con sus familias-mujeres y niños-), o bien mediante el uso de su propia fuerza (en tanto remite que en un bar intenta golpear a cualquier sujeto que se cruza en su mirada). O sea, cualquier sujeto tomado como *chivo expiatorio*, expiatorio de su culpa, culpa que siente por no alcanzar su meta.

Así en un pasaje del episodio número treinta y dos y séptimo encuentro de *Gastón Ramírez* con su psicoanalista éste refiere, al indicar que se retiró del cumpleaños de su hijo por considerar que ello era lo que su familia realmente quería (lo cual justifica simplemente por la forma en que lo miraban y trataban todos allí), que se subió al auto, manejó y terminó en un bar. Comentó entonces en primera persona:

-Y me puso a tomar: tomé, tomé, tomé, y me quedé mirando cómo los putos revoloteaban alrededor, bailaban. En realidad tenía ganas de cagar a trompadas a alguien pero nadie se me acercaba, como si se dieran cuenta que tenía mala onda (...)

supongo que lo que estaba buscando era que alguien estuviera respirando un poco más fuerte de lo normal para recargarlo a trompadas. (Maci, A. Feldman, E. 2012, capítulo XXXII).

Nuevamente se evidencia un observable empírico durante la trama del programa. La alusión es, aunque indirectamente, a la forma propia de la violencia originaria. Ello se advierte al interpretar la manifestación del protagonista de los días martes, quien indica de una manera instintiva la forma de descargar su ira: por medio de una víctima propiciatoria.

Un intercambio: del verdadero problema, es decir de aquello no resuelto conscientemente en su vida anímica en relación a su progenitor, pues no es capaz de enfrentar al modelo a quien intenta imitar y a quien no ha matado, en términos psicoanalíticos, como para emanciparse de esa figura de hierro, a otra figura cualquiera que, por caso, sustituya a la primera.

Porque en definitiva sería con cualquier hombre con quien pudiese eventualmente, aun sin conocerlo *a priori*, tener un conflicto que, terminase como terminase, finalmente le permitiría aliviar su carga emotiva o, como se ha dicho en reiteradas oportunidades, descargar su bronca inmanente, inescindible de su ser.

Víctima sustituta porque, como se dijo en diversas ocasiones, no podría descargar su ira, que emana de sus reprimidos pensamientos, en aquel quien la genera; para el caso, su padre. Ello sería demasiado abiertamente vengativo al tiempo que de difícil aplicabilidad dado que *Gastón Ramírez* no ha superado aquello que se presenta como una auto-imposición; la imposición de considerar a su padre como una figura fuerte, modélica, cuasi perfecta, para luego proponerse alcanzar también él el límite extremo que se transmuta, en definitiva, en un muy lejano horizonte.

La ira rara vez se dirige directo hacia quien presenta mayor fuerza: hablamos de fuerza física pero aún más significativa, de fuerza emocional (y en este relato por episodios el padre demuestra tenerla por sobre su hijo). Ello sucede porque como se ha indicado en el párrafo anterior, su hijo (*Gastón*) se ha quedado adherido a su modelo al cual emula sistemáticamente.

De forma tal que la ira se disipa ante un otro débil que reasegure al primero que no habrá reacción, puesto que si lo hubiere, la venganza, y la venganza de la venganza, tornaría interminable el problema y más todavía, aumentaría su grado y tenor. El conflicto debe concluir y es quien presenta un accionar violento quien elige con quien debe concluir.

Concluirá si es elegido hábilmente el *chivo expiatorio*, es decir la víctima de sustitución quien garantizará, con su propia inacción, que no reaccionará ante su agresor, luego del episodio de violencia que contra el primero se ejecute. Alguien cuya debilidad aparente asegure la finalización del conflicto, previa recepción de la descarga de violencia. Si ello ocurre, entonces la armonía nuevamente gobernará la conducta de los sujetos por un período (in)determinado.

En otro segmento del relato, y a propósito de la crítica analítica de su terapeuta, éste le indica, mirando a los ojos a su paciente que: “los problemas que tiene con su padre, con su identidad, con lo que realmente quiere de usted mismo, son asuntos que tiene que poder pensarlos. Yo le pregunto: ¿no es mejor lidiar con esos problemas en su vida civil que llevarlos a cuentas en la unidad, en los operativos?” (Maci, A. Feldman, E. 2012, capítulo XXII).

Claramente se aprecia que el psicoanalista le muestra a su paciente que su accionar, en ocasiones violento, está y estará indefectiblemente dictaminado por su interior; por supuesto hace referencia a su estadio inconsciente. Le deja en claro que En su vida anímica anidan los problemas no resueltos por lo que, indefectiblemente, en todo lugar y en todo tiempo deberá combatir contra ello.

La propuesta del terapeuta es entonces directa: enfocar en una terapia de mediano plazo, en la cual pueda primeramente hacer consciente sus propios problemas para luego enfrentarlos e intentar entonces equilibrar su faz interior primero, y su exterior, después. Y una manera de trabajarlo es, a propuesta del analista, profundizar el análisis de la relación de su paciente con su padre.

En apoyatura de esa propuesta *Guillermo Montes* le hace una pregunta retórica en la que le muestra a su paciente un indicador concreto de su propia voluntad. Es entonces que lo interroga de la siguiente forma: “¿por qué cada vez que se conecta con el sentimiento de culpa se acuerda de su padre?”. (Maci, A. Feldman, E. 2012, capítulo VII).

Es decir que intenta explicarle que ha quedado atrapado en su propia idealización, en la construcción de un modelo de padre perfecto, que le recuerda a menudo todo lo que él no puede alcanzar. Y producto de esa idealización que reactiva sistemáticamente una sensación de propia impotencia, es que aflora en él un sentimiento de culpa.

A partir de ese sentimiento de culpa, producto del deseo mimético con su padre prácticamente eternizado (figura a la cual nunca se permite alcanzar producto de su propia idealización de la perfección, la cual se derrumbaría en el caso de que se

permitiera hacerlo), es que necesita descargar su furia acumulada en un tercero o víctima de sustitución.

A partir de la idea vertida en este último párrafo es que se vuelve al punto de origen, al planteo inicial por el cual se afirmaba cómo, de qué forma se origina y se materializa la violencia; se plasma en el accionar violento (y ritual) de los sujetos. Particularmente en la ficción televisiva tomada como caso de estudio, son las personas alcanzadas por el operativo fallido del policía de élite, mujeres y niños (además de narcotraficantes también alcanzados por el estallido de los explosivos), quienes cargaron con la culpa del personaje principal; se hace referencia a *Gastón Ramírez*.

Todavía más interesante se hace el análisis cuando se transcribe las palabras del terapeuta en cuanto a la relación modélica que presenta su paciente con su padre. Así en un apartado de la sesión *Guillermo Montes* expresa, concentrado en los testimonios de *Gastón Ramírez*, que éste tiende a imitar el matrimonio que su padre vivió con su madre. Como si se tratase de un acto reflejo, pero desarrollado en el tiempo.

Le explica que él intenta vivir el mismo matrimonio (o similar) que el de su padre porque en realidad desea vivir lo que su padre ha deseado vivir. Así el terapeuta afirma:

-Pienso que la imagen del padre funciona más bien como un modelo, uno imita el modelo que vivió en la infancia (...) yo creo que usted y su padre entienden el matrimonio de manera parecida. Ambos se casaron con una mujer a la que aprecian, incluso hasta a la que admiran, pero que tal vez no aman. (Maci, A. Feldman, E. 2012, capítulo XII).

Con ello el terapeuta deja en claro que su paciente desea los deseos de su padre. Y en este mismo sentido, que lo representa como el modelo inalcanzable que sistemáticamente le genera culpa precisamente por eso, porque no puede lograr todo aquello que su padre sí; aquello que supuestamente su padre es capaz de hacer.

Rápidamente el paciente interrumpe la charla, indicando que le molesta que lo comparen con su padre. Incluso se advierte en su rostro (del cual se desprenden muestras de fastidio), la incomodidad ante el planteo; más aún, se levanta del sillón (comunicando claramente su encono) para hacerse un café y alejarse por un momento de la densa atmósfera que habíase generado a partir de la conversación.

### V.III. Ampliación del análisis discursivo del personaje *Gastón Ramírez*

En línea con lo hasta aquí expuesto, producto del análisis discursivo de los mensajes contruidos por el paciente *Gastón Ramírez* (hasta ahora se ha abordado lo referido al contexto lingüístico y paralingüístico), se aplicarán el resto de las categorías que Catherine Kerbrat-Orecchione propone para revisar todo proceso comunicativo.

Todavía resta entonces recurrir a las determinaciones psíquicas de los enunciadores, a las competencias ideológicas y culturales de los mismos, a las restricciones del universo del discurso y a sus modos de producción e interpretación. A ello se abocará en este acápite para así profundizar el análisis comunicacional de la ficción televisiva, en tren de dilucidar construcciones de sentido que se propone desde la perspectiva del personaje en cuestión.

Al respecto, y referido a las determinaciones psíquicas del paciente-personaje, se observa que éste es prejuicioso y orgulloso; como profesional formado en un cuerpo de elite de la policía, se manifiesta inflexible, de temperamento riguroso, lo cual no le permite trascender su cotidianeidad ni transformarse.

A su vez desacredita una posible terapia a largo plazo, al tiempo que sistemáticamente pone un manto de duda, tanto al análisis como a lo que su propio terapeuta representa. Es de esta manera que ritualiza sus acciones de manera semejante a como lo han instruido.

Y esa reproducción en sus modos de actuar, de accionar frente a otro relativamente desconocido, es la manera como opera su psiquis: pues del mismo modo en que retoma la rutina siempre que lleva, por ejemplo, adelante un operativo, es la forma en que se desenvuelve en el resto de sus vivencias.

En cuanto al universo discursivo de *Gastón Ramírez* siempre está presente la fuerza de seguridad, ya que no sólo participa de ésta como profesional sino que además se muestra a gusto con la pertenencia a la misma. De forma tal que todo lo que refiere de sí está mediatizado por aquello que significa pertenecer a un cuerpo de elite policial y desde allí es que construye parte de su identidad.

Es decir que dicha pertenencia lo reafirma ante los demás. Más aún, la totalidad de las decisiones que *Ramírez* demuestra que ha tomado tanto como las que define entre encuentro y encuentro con su terapeuta, aparecen delimitadas por aquello que su formación profesional le ha conferido, por todo cuanto ha modelado, conformado de su identidad.

Así en el episodio número doce de la tira televisiva o bien tercer encuentro de *Ramírez* con su terapeuta éste comenta, en un pasaje aparentemente intrascendente de la ficción, que ayudó a una mujer, paciente también de *Guillermo Montes*, a buscar en la calle a un perro aparentemente atropellado por ésta y lo hizo con las herramientas que aplica asiduamente.

En el siguiente extracto se advierte ello por lo concreto del caso:

-Fuimos a tomar un café y yo le hice en una servilleta un plano como para poder hacer un rastreo. (paciente).

-¿En su casa? (terapeuta).

-No. ¿Quién dijo eso? En un café. Estábamos tomando un café y *googleé* un mapa para plantear una estrategia de búsqueda en el barrio. (paciente).

-Parece todo un operativo. (terapeuta).

-Como en un operativo, sí. (paciente). (Maci, A. Feldman, E. 2012, capítulo XII).

Es su terapeuta en este caso quien le muestra mediante breves comentarios que su circunstancia aparece mediatizada por aquello que la fuerza de seguridad ha requerido de él. Y por ello es que no puede observar el resto de la realidad por fuera de su perspectiva, lo que lo encuadra en un universo limitado, circunscripto a todo lo representativo al rol que cumple en la brigada de elite en que se desempeña.

Una vez más se evidencia la ritualidad y con ello la opresión hacia sí, puesto que su imposibilidad de comprender las relaciones sociales por fuera de la matriz en que en rigor fue formado, lo aleja de toda posibilidad de cambio. Y sin cambio, es decir al retroalimentar, al reafirmar su enfoque particular frente a los hechos, es que se encierra en un laberinto sin escapatoria, que lo aleja de toda posible esperanza de transformación, *ergo*, lo sitúa en el papel de hombre irascible, en síntesis, en violento.

En relación a los condicionamientos que en el intercambio comunicativo impone el contexto en que se desarrolla la interacción (se hace referencia al consultorio en que se materializan cada una de las sesiones de análisis), este ámbito no parece impactar ni incomodar al paciente.

Al respecto más bien *Gastón Ramírez* parece encontrarse en un ambiente de comodidad, en el cual la disposición tanto de los objetos como de los espacios utilizados por el terapeuta y su visita no alteran las cuestiones relacionadas con los modismos, en muchos casos groseros, por medio de los cuales *Ramírez* dialoga, increpa e incomoda a su psicoanalista.

De hecho en la segunda entrevista entre ambos *Ramírez* le hace saber a su terapeuta que no le interesa la terapia, al tiempo que le recuerda que llegó a su consultorio simplemente para tomar una decisión de corte menor y que no pretende extender mucho más los encuentros.

Ya en la tercera visita de *Gastón Ramírez* al consultorio de su terapeuta éste le trae, y posteriormente instala, una cafetera, dado que está a disgusto con el café que prepara *Guillermo Montes*, y aun cuando su terapeuta le indica y le reitera que no aceptará la máquina en su estudio, finalmente se impone el deseo de su paciente.

Todos elementos, circunstancias que atestiguan que en definitiva el ámbito en que se suceden las sesiones no coarta en modo alguno la libertad con que el paciente se dispone a la plática, se comunica fluidamente, discurre emocionalmente y da giros sobre su vida anímica con su terapeuta.

Siguiendo con el análisis discursivo propuesto en el presente estudio, en pos de develar el complejo entramado de relaciones inter-comunicativas, se observa que las competencias culturales e ideológicas de paciente y terapeuta son, en grado significativo, distantes.

Así lo refleja el modo de reflexionar de cada uno de ellos. En el caso de *Guillermo Montes* su universo referencial es nutrido, complejo y excede lógicamente el de *Gastón Ramírez*. El terapeuta se permite pensar críticamente todo cuanto se interpone ante su percepción; por caso, el relato de cada uno de sus pacientes.

En su accionar se evidencia la capacidad de generar transformaciones en los otros a quienes atiende tanto como a sí mismo. Mientras que en *Gastón Ramírez* la sumisión al ejercicio de la actuación conforme a reglas y parámetros preestablecidos aparece como un dogma a respetar.

Es evidente que los valores adoptados por ambos personajes aparecen como diametralmente opuestos. La educación recibida por cada uno de ellos, tanto en su familia como en su formación profesional, activa en ambos huellas mnémicas con diferente carga semántica.

Así el terapeuta insta por profundizar el análisis del paciente en pos de ayudar a éste a revertir sus acciones presentes por intermedio del repaso reflexivo de su pasado, mientras que el paciente orienta sus esfuerzos en torno de decisiones que definirán su futuro. En este tironeo emergen posiciones encontradas, graficadas básicamente en la conservación del orden preestablecido, por parte de *Gastón Ramírez*, y de un enfoque

reversionista que permita clarificar y cambiar las apariencias del presente, por parte de *Guillermo Montes*.

No es intención en este pasaje del trabajo anticipar que un comportamiento conservador en materia ideológica sea condición necesaria para, o bien evidencia exacta que lleve a inferir ello como la causa de un efecto, en este caso el comportamiento violento. Tampoco el hecho de que un sujeto que presente una concepción ideológica progresista implique que su accionar estará, siempre y en todos los casos, despojado de todo comportamiento violento.

Si bien se ha afirmado hasta aquí que la ritualidad de las acciones (circunscripta a una postura conservadora del orden preestablecido) tiende a favorecer, o bien a sedimentar comportamientos violentos, ello debido a que, afirmándose en la teoría mimética, el individuo emula, pretende vivir los deseos del otro significativo, a saber, el padre o bien una figura paternal, y ello activa el mecanismo de la construcción de una víctima propiciatoria, comportamiento que se ritualiza y reproduce al seno de la sociedad, ello no implica que una persona que presente un pensamiento ideológico progresista esté exento de actuar violentamente.

De hecho es el terapeuta quien actúa en un pasaje de la obra violentamente con su paciente al tomarlo por el cuello, momentos en que colérico e irascible por un exabrupto de este último, se obtura y acciona de manera desproporcionada, fuera del canon de toda conducta ética esperable en un terapeuta.

En definitiva el universo ideológico que cada individuo manifiesta por vía de su discurso (que es inescindible de su ser) no es un observable empírico que permita inferir que, para el caso de análisis que aquí compete, entre dos personalidades diametralmente opuestas, aquél quien presenta comportamientos y/o razonamientos conservadores del orden preestablecido siempre y en todos los casos actuará ritualmente, es decir reproduciendo aquello pre configurado, sin capacidad crítica para modificarlo.

Ni tampoco que un sujeto en apariencia progresista siempre y en todos los casos reflexione críticamente ante los hechos, de manera de evitar el comportamiento ritual irreflexivo. Más bien ocurre que incluso sujetos con posiciones antagónicas actúan mecanicistamente ante determinados hechos, de manera que en diferentes circunstancias tienden a reproducir y a actualizar la violencia originaria.

Ello se debe a que no en todo momento el individuo se encuentra en un estado racional. Se sabe que no sólo se posee un estadio inconsciente que no se controla sino que además éste controla aspectos de la conducta y genera efectos en el

comportamiento. Y ello, y con esto se cierra este acápite, sucede en el caso de ambos, paciente y terapeuta, aun cuando presenten conductas antagónicas.

# **CAPÍTULO SEXTO:**

**Mímesis del deseo del otro, ritualidad y  
violencia en los mensajes de la ficción  
televisiva *En terapia*: Caso Ana Irigoyen y  
Martín Pineda**

## **VI.I. Introducción**

Si en el capítulo anterior se analizó la rivalidad mimética de *Gastón Ramírez* con su padre, puesto que el primero se impone como desafío alcanzar los niveles de perfección psíquica y física que construyó alrededor de su padre, en *Martín Pineda* se encuentra una realidad distinta dado que, si bien también aquí está presente la mimesis del deseo del otro (su padre), en rigor éste constituye su identidad como antagonica a la de su progenitor.

No significa ello que no desee lo mismo que su padre (sí sucede ello), aunque en este asunto aquello que desea, por caso el aprecio y el afecto de su madre, intenta alcanzarlo por sus propios medios, con sus propias estrategias. Sea como fuere, también en el análisis de este caso se detectan pruebas empíricas (discursivas) que ponen de manifiesto la validez de la perspectiva teórica adoptada para abordar, describir y comprender el objeto de estudio en cuestión, presentado ya en el planteo del problema de investigación.

Cabe aclarar que si bien aquí se tratarán las expresiones violentas de los cónyuges, se hará hincapié fundamentalmente en el hombre debido a que es quien manifiesta más clara y contundentemente sus rasgos violentos. Dicho ello se enfoca a continuación la disección de los elementos propios del segundo y último caso abordado en el presente estudio.

## **VI.II. Análisis de los pacientes Ana Irigoyen y Martín Pineda**

En la relación de pareja entre *Ana* y *Martín* se observa una constante: ambos tienden a liberar su ira en dirección de una víctima propiciatoria. De manera que en el vínculo matrimonial la violencia aparece en escena en todas sus acepciones posibles. Así entre ambos se agreden recíprocamente y cuando ello no ocurre el blanco pasa a ser (aunque indirectamente) un tercero: por caso su hijo, *Matías*.

Los personajes de *Ana Irigoyen* (representada por la actriz Dolores Fonzi) y *Martín Pineda* (lo propio hecho por el actor Leonardo Sbaraglia), han experimentado situaciones negativas con sus modelos de referencia: en el caso de *Ana*, su madre y en el caso de *Martín*, su padre. Ya propósito de ello un acopio sistemático de carga negativa

se ha sedimentado, fosilizado, subsumido al estadio inconsciente, es decir que se ha acumulado en sus personas y se torna necesario disipar.

La relación amor-odio de ambos con sus modelos de referencia ha deparado en sujetos quienes presentan un significativo conflicto interno e identitario que es menester desmenuzar, si es que se pretende describir (para comprender) las acciones que los cónyuges ejecutan al seno de su particular vínculo marital. En el mismo, las acciones tienden a la ofensa, a la injuria, al insulto y en ocasiones al agravio físico, en definitiva, al trato violento.

En el caso de *Martín* la figura de su padre aparece como la antinomia de aquello que él representa. Si éste se muestra auténtico, sin mediaciones que atenúen su comportamiento brusco, por momentos desmedido, su padre representa al hombre intelectual, capaz de realizar, respecto de la realidad social, complejos análisis desde diferentes perspectivas teóricas con los cuales deslumbrar, entre otros sujetos, a su esposa.

Y es por este sendero por donde transita el conflicto puesto que *Martín* da muestras, en cada intervención, de la falta de reconocimiento de su madre. Seguramente aquello anhelado por él y nunca alcanzado. Un deseo distante de su experiencia. El mismo deseo de su padre, aunque en este último caso sí obtenido.

En este punto es menester aclarar (siguiendo la pista que la perspectiva teórica adoptada para el presente estudio ofrece -puesto que lo que sigue ya ha sido expuesto en el marco conceptual-), que no es que exista un deseo paralelo de padre e hijo por un mismo objeto de amor (la mujer a la vez madre y esposa), sino que el hijo (*Martín*) desea aquello que desea su padre.

Prueba de ello es que en definitiva *Martín* opta por alejarse, distanciarse de la relación con sus progenitores, simplemente mantener un contacto tibio con ellos, una vez que advierte que no le es posible obtener aquello que alguna vez fuepreciado por él. Aun ello siempre subsistirá un halo de angustia por la causa perdida: la estima de su madre.

En efecto mantendrá un trato frío con su padre a quien denostará a menudo y de quien nunca se referirá con un sentido afecto. No así con su madre puesto que aun cuando interna y eternamente sufra por no haber podido contar más que en contadas oportunidades con su aprecio, no haberse podido refugiar más que en determinadas ocasiones en su querencia, aun ello esconde para sí un genuino sentimiento de amor.

Entonces un halo de angustia florece en *Martín* cada vez, no por no poder representar el rol que su padre ocupa tanto en su círculo íntimo como en el social (de hecho él aborrece lo que considera una máscara con la cual su padre entra en escena), sino que porque es su propia madre quien no le otorga un lugar de relevancia por el cual sentirse aceptado, cobijado, reconocido por aquello que es.

De todos modos da señales de que ha aprendido a convivir con ello aunque continúe anclado es esa matriz que lo lleva, en ocasiones, a desequilibrarse. Lo cierto es que en definitiva elige emanciparse de la figura de ambos, no depender en adelante de ninguno de ellos para todo cuanto deba afrontar en su porvenir. Aunque en el presente el conflicto no puede presentarse más claramente: la antigua mimesis con el modelo se revierte y alude a su momento más crítico.

En el aquí y ahora del personaje la crisis intra-psíquica aflora en toda su expresión. De manera que *Martín*, sujeto irascible al tiempo que susceptible, insensible a la vez que tierno, colérico en la misma proporción que afectivo, cruel tanto como sentimental, se manifiesta en una inestabilidad constante que lo conduce, antes que a armonizar su conducta, a presentar batalla, a combatir con el adversario de ocasión, generalmente su esposa, y con cualquier otro sujeto a quien pudiere, por caso, vulnerar y confluir en su víctima propiciatoria.

Entonces (y a propósito de esa mimesis) la relación de *Martín* con su padre se desarrolla por un sendero complejo, donde la combinación amor-odio lejos de parecer contradictoria, se manifiesta en absoluto sentido lógico. Amor en tanto que remitido puramente al vínculo paternal mientras que odio, producto del rencor que *Martín* reserva por todo cuanto su padre es.

Es entonces que él se posiciona en un punto equidistante respecto de la personalidad, intereses, formas de actuación y pautas de comportamiento de su padre. Ello lo distancia aún más de su madre, es decir de su deseo primitivo el cual, aunque atenuado (producto de las circunstancias que lo llevan, como dijimos, a alejarse de sus progenitores), lejos de extinguirse, se erige con más fuerza cada vez producto del antiguo deseo no alcanzado: el deseo del otro (su padre).

En relación directa con esto último, la resolución del complejo de Edipo aparece como un hecho que ha dejado huellas indelebles. Si bien *Martín* ha aceptado la imposición simbólica y silenciosa de su padre en relación al objeto de deseo, su madre, la disputa se ha traspolado a otros campos y se dirime en episodios en los cuales el

enfrentamiento, tanto como el miramiento y la búsqueda de la propia identidad en el modelo, suscita marchas y contramarchas y, en ocasiones, rispideces de difícil dimisión.

A su vez y como no podría ser de otra manera, producto de la repetición ritual de las transferencias culturales de generación en generación, la emulación mimética se reitera toda vez que *Matías* busca mimetizarse con su padre. Así *Martín* representa el modelo y a partir de ello crea los deseos que otro intentará alcanzar, por caso, su hijo, quien intentará imitar algunas de las acciones de su padre.

En un segmento del programa en que *Guillermo Montes* trabaja (por medio del juego) con *Matías*, y en el contexto de una partida de truco, el niño, ante la presencia de su padre, traza un paralelo entre la actuación del terapeuta y la de una niña. Indica entonces que su rival de turno juega con miedo, sin instinto asesino, en definitiva, sin capacidad para inquietar a nadie.

Su padre está allí presente y acompaña y apoya la expresión del niño, orgulloso, dando muestras de que ello ha sido traspasado desde su propia persona hacia su hijo. Y a continuación la respuesta de *Martín* no se hace esperar. Es, ante todo, una contundente burla materializada en una risa tan copiosa como agravante hacia la persona del psicoanalista.

De manera que *Guillermo Montes* es en ese preciso instante un *chivo expiatorio* acorralado por la vehemencia con que padre e hijo construyen un binomio indómito en el cual afianzar las formas de mimetización ritual. La materialización de ello se advierte en los comportamientos del niño quien emula, con determinante alevosía, la brusquedad de su padre.

En el plano estrictamente cronológico de la ficción, la primera escena del primer encuentro pactado entre *Ana* y *Martín* en el consultorio del psicoanalista (*Guillermo Montes*) comienza con un *Martín Pineda* perturbado e inquietado por no dar con la presencia de su esposa, quien no le devuelve los reiterados contactos que éste le hace a través de su teléfono móvil.

Varios han sido los llamados, entre familiares, amistades y compañeros de trabajo, y en todos ellos el denominador común es el desconocimiento total, absoluto, de cada quien respecto del paradero de *Ana*. Su ausencia provoca en él a la vez ira y preocupación, mientras la angustia crece y anida en los intersticios de su conciencia.

Suele suceder siempre lo mismo: *Ana* no logra adecuarse a los horarios (o los rechaza), sobre todo si se trata de cumplir con su esposo. Por el contrario, intenta escapar de aquello que ella denomina persecuciones, las cuales juzga de opresivas. En

rigor, lo que no tolera es su presencia física, su proximidad corporal, por lo cual busca refugio en cualquier otro espacio donde no se encuentre con la figura de su marido.

Aun ello han acordado en comenzar una terapia de pareja, so pretexto de buscar ayuda de un profesional para tomar una decisión respecto del embarazo que apareció en sus vidas en un momento inesperado: *Ana* pretende interrumpirlo, abortarlo, mientras que *Martín* se opone fervientemente a ello. Las discusiones dan cuenta de los hábitos, los valores, las usanzas, las costumbres y las normas morales, en definitiva la formación de cada uno.

Pactados los encuentros semanales para los días jueves, la pareja entre *Ana Irigoyen* y *Martín Pineda* parece atravesar un momento en que odio y amor, placer y dolor, impaciencia y resignación, apego y desasosiego, irrumpen cíclicamente, dando rienda a un caótico y desenfrenado juego de sustituciones victimarias, el cual desencadena en varios actores sociales que rondan su círculo íntimo siendo, indirecta pero necesariamente, el máximo perjudicado, su hijo en común, *Matías*.

Y es que las circunstancias conllevan a que ambos adultos no puedan equilibrar su interfaz interior, y mucho menos su exterior y el desequilibrio emocional de ambos, aunque con diferentes características, impacta en la convivencia de la pareja, *ergo*, en el fruto de la misma.

En el caso de *Ana* su inconstancia se asevera toda vez que reconstituye, por intermedio de la ayuda terapéutica del personaje que encarna el actor Diego Pereti, episodios de su vida anímica. Y es que en este caso su relación idílica/edípica con su padre, quien la cobijó y contuvo en momentos de desesperanza (léase en la infancia y, sobre todo, en su adolescencia) se vio abruptamente interrumpida por el fallecimiento de éste.

Su culpa inmanente a pesar del paso del tiempo, acaso por el solo hecho de estar *in situ* en el momento del accidente en que éste perdió la vida, sumado a la desazón provocada por la actitud de su madre quien, al parecer, la responsabilizó en términos absolutos del hecho, le genera angustia y hastío al punto de disparar con palabras (violencia psicológica) hacia su marido, víctima de sustitución con quien descarga su ira acumulada.

Por su parte *Martín*, quien sufre por las actitudes de su esposa (según su apreciación, provocativas hacia el resto de los hombres), descarga su angustia con todo aquel quien lo rodea; por caso, su hijo, a quien lo reprime sistemáticamente, lo trata violentamente al evocarle todas las limitaciones que éste presenta, bien a su cónyuge, a quien la

persigue, la vigila en su vida social y con quien confluye en episodios constantes de violencia simbólica y, en casos puntuales, de violencia física.

De esta manera la relación de pareja se resquebraja sistemáticamente producto de las interminables discusiones y ello repercute en el ámbito familiar (en el cual se incluye su único hijo –dado que *Ana* finalmente pierde, por proceso natural, su embarazo), y derrama también en la vida social de ambos.

Pelear intestinas y variados reproches son algunos de los indicadores de la decadencia del matrimonio cuyo común denominador es la violencia materializada en maltrato verbal y psíquico. Un ejemplo de ello se observa contundentemente en el transcurrir del capítulo diecinueve en que el matrimonio tiene una discusión severa que concluye con el abandono de la sesión por parte de *Ana Irigoyen*.

A continuación se transcribe el extracto al que se hace referencia, en el cual participan la pareja y su terapeuta:

- Vos querés salir de tu casa y eso a él lo pone nervioso y comienza el enfrentamiento. (*Guillermo*).
- ¿Y cómo va a terminar? (*Ana*).
- Puede seguir así para siempre. (*Guillermo*).
- ¿No hay manera de hacer un alto el fuego? (*Ana*).
- A veces terminar un enfrentamiento puede resultar peligroso para el vínculo. (*Guillermo*).
- ¿Por qué? (*Ana*).
- Están tan acostumbrados a pelearse que hasta podrían perder el interés el uno en el otro si termina esta guerra. (*Guillermo*).
- Ya perdió el interés. Me derrotó en el mismo momento en que se casó conmigo. Estaba tan en contra de que tuviera una carrera que me limitó a la casa con un hijo; después solo intentó tener otro. Me ganó de entrada y de entrada también perdió el interés. (*Ana*).
- Yo no perdí el interés; vos sos la que te interesaste por Silva que es otra cosa. (*Martín*).
- No me interesa Silva. (*Ana*).
- Sí, te interesa. (*Martín*). (Maci, A, Feldman, E. 2012, capítulo XIX).

Si bien la discusión entre ambos continúa en el mismo tenor, es de destacar en este punto los términos de *enfrentamiento* y *guerra* utilizados por el terapeuta para referirse a la relación de la pareja. Y es que a lo largo de las sesiones éste no observa otra cosa más que agravios, insultos y, como se traducirá a continuación, violencia física al seno de la relación matrimonial.

Si en este pasaje se pretende exhibir el comportamiento violento entre los cónyuges, entonces es menester continuar transcribiendo la discusión reciente puesto que la misma toma un cariz extremo al materializarse la violencia, desde uno hacia otro y viceversa, en su máximo exponencial.

Es en esta ocasión que *Ana* le reprocha a *Martín* su ánimo persecutorio mientras que éste la trata de mentirosa y la acusa de adulterio al exponer que lo engaña con el jefe de la agencia de publicidad en que ella trabaja.

- Sos un paranoico, no estoy interesada en Silva.
- Mentirosa.
- No me digas mentirosa.
- Eso es lo que sos: una mentirosa.
- ¿Y vos que sos? Una bestia primitiva. Ojalá tuvieras un poco del estilo que tiene Silva.
- ¡Ah, sí! ¿Dónde te acostás con él? ¿Eh? ¿Ya te lo cogiste?
- ¿Y vos qué? ¿Te cogés a tus yeguas?
- ¡Por supuesto! Eso es mejor antes que nada. ¿Le tenés ganas no?
- No.
- Le tenés ganas, lo dijiste.
- No lo dije.
- Dijiste: ojalá tuvieras un poco del estilo que tiene Silva, entonces yo también te interesaría. Dijiste *yo también*.
- No dije eso.
- Entonces quiere decir que Silva te interesa.
- No dije eso.
- Dijiste *yo también*. No seas mentirosa.
- ¡No me digas mentirosa! *Guillermo*, que no siga porque me voy.
- Sos una mentirosa.
- ¡Me voy! (A continuación *Ana* le pega una bofetada en la mejilla izquierda a su marido).
- ¡Violenta y mentirosa! (Maci, A, Feldman, E. 2012, capítulo XIX).

En este contexto de agravio sistemático *Martín* recrudece sus modos de relacionarse con el otro (y con el mundo) toda vez que se encuentra encerrado en sus propios celos. Su mente parece una cárcel psíquica de manera que busca liberarse de sus propios impulsos descargándose en cualquier sujeto quien, por caso, presente características de *chivo* expiatorio. Alguien quien finalmente se encuentre a su alcance.

De forma tal que su brusquedad descomedida lo transporta al plano de la violencia; en concreto se muestra agresivo, mediante ataques verbales, con su esposa. Violencia

psíquica, puesto que intenta degradar la persona de *Ana* y, en ocasiones, atemorizar a ésta por medio de amenazas contra su humanidad. El asedio de *Martín* se hace por momentos constante hacia su pareja a quien también se podría afirmar que toma como una víctima de sustitución.

Asedio ritualizado puesto que vuelve a este lugar común cada vez que necesita liberar carga negativa, *Martín* también se las toma con su hijo, puesto que oprime psíquicamente a éste toda vez que lo trata como un niño no convencional ni apto para determinadas prácticas deportivas que él (y sólo él) considera de relevancia para que practique un niño de su edad (por caso, deportes tales como el fútbol o la equitación y juegos de adultos tales como el truco, solo por citar algunos de los desafíos con que martiriza a su hijo).

En definitiva *Martín*, al igual que cualquier otro sujeto que presenta un comportamiento violento, acciona contra alguien quien le reasegura (por caso su hijo *Matías*) que, cuanto menos, no le devolverá la descarga o si lo hace, como en efecto ocurre con su esposa, no será en el mismo tenor.

La pregunta en rigor sería: ¿cuál es la causa por la cual *Martín* procede de esta forma arcaica, instintiva, cuasi irracional, aunque altamente efectiva para disipar su cólera? La respuesta no puede ser otra más que aquella que se viene afirmando a lo largo del trabajo de modo, tal vez, demasiado reiterativo.

Si la consecuencia visible es en concreto la construcción de un *chivo expiatorio* que le permite liberar la ira acumulada en el estadio inconsciente (se hace referencia, claro está, a sus pulsiones más recónditas), el estímulo, o mejor el origen de ello aparece mediatizado, más aún anclado de manera taxativa en la relación con su padre.

Siguiendo el enfoque estratégico adoptado para el presente estudio, que se sintetiza en el constructo de *deseo mimético*, se plantea que *Martín* rivaliza con su padre y modelo (como sucede con el resto de los hombres en tanto y en cuanto necesidad de construcción de una identidad que les permita ser), porque desea el deseo de éste; por caso, el deseo de su padre es mantener la atención y ser sujeto de adoración para su esposa.

También *Martín* desea aquello que su padre y modelo (antagónico) en rigor obtiene, es decir, el reconocimiento de su madre; pero no lo logra. A los ojos de su madre él aparece como el hijo limitado, incapaz de desarrollarse intelectualmente como su padre. Tampoco logra que su esposa lo vea de la misma forma en que su madre ve a su padre.

Lejos está de conseguirlo. De forma que se duplica su frustración en tanto desdén tanto de su madre como de su esposa.

Esta situación que vive *Martín Pineda* con su principal modelo de referencia se transforma en impotencia, y, en consecuencia, se acrecienta la ira que siempre y en todos los casos es preciso disipar. Es entonces cuando la violencia se desprende de sus actos y se materializa en un torbellino de injurias y maltratos hacia su esposa o bien hacia otra persona de su círculo social a quien toma de sustituto y con quien descarga la ira acumulada, la cual no puede ser disipada con el modelo de referencia, su padre, figura demasiado fuerte como para enfrentar y quien es el verdadero ocasionador, aunque indirecto, de la misma.

Causante indirecto dado que en rigor el modelo de referencia activa la violencia en el otro, por caso aquel quien se mimetiza con éste, sólo con su actuación (sólo por ser un modelo) y no con actos provocativos, cuanto menos no en el plano estrictamente consciente.

Es el sujeto identificado con el modelo quien construye un universo simbólico alrededor de éste, deseando todo aquello que su modelo pretende y que, a la postre, producto de la desilusión al no poder concretar aquello que anhela, acumula ira, construye una víctima de sustitución y descarga su cólera, a consecuencia.

Y es esta forma o manifestación de la violencia la que se ritualiza. Si el primer crimen de la humanidad supuso el asesinato del padre primordial, tomado como víctima real y aún cuando hubiere sucedido que el sacrificio primordial (tanto este como el resto de los sacrificios que se sucedieron con motivo de disipar la violencia de la comunidad) hubiere sido materializado a través de un animal, por caso un chivo o un cordero, todos tuvieron y tienen en común la conformación de una víctima de sustitución.

Luego todos los actos violentos se desprendieron del primero y de los sucesivos no por el hecho de que fuere necesario matar al padre primordial aunque sí por la necesidad de descargar la ira acumulada por la acción que ejerce la propia cultura en el individuo, en una víctima de sustitución. La mecánica se retroalimenta en la reproducción del sujeto de la nueva generación respecto de lo actuado por su predecesor, porque ve en éste el modo de actuación posible para afrontar la vida en sociedad.

Volviendo al compromiso asumido en el presente estudio, es el terapeuta quien se erige en ocasiones como una víctima ocasional y oportuna para disipar la violencia, no sólo de *Martín* sino que también de *Ana*. Así en un lapso del quinto encuentro del matrimonio con su psicoanalista, ambos atacan a *Guillermo Montes*, quien se percibe a

sí mismo como avasallado por la andanada de ira dirigida hacia su persona, en momentos en que reina un enrarecido clima de violencia generado durante el análisis, y a raíz de la discusión entre *Ana* y *Martín*.

A modo de descripción inicial se reproduce el fragmento del diálogo en que enfrentan a *Guillermo Montes* a causa de que éste les reprocha a ambos el hecho de que tratan con liviandad los temas que refieren a su crisis matrimonial. Así ella genera causa común con su marido, distanciándose del terapeuta y al mismo tiempo despreciando sus consejos:

-¿Ves como me habla, como nos habla? ¿Por qué me lo tengo que aguantar? (*Ana*).

-¿Cómo les estoy hablando? (*Guillermo*).

-Escuchate. ¡Por favor! (*Ana*).

-¿Te sentís atacada? (*Guillermo*).

-Sos vos el que habla como si nada (*Ana* indica en reproche directo a su terapeuta).

-¿Sólo ustedes lo tienen permitido? (*Guillermo*).

-Sí (responde *Ana*, acompañada por su marido, quien mediante un gesto apoya su moción).

-O sea, ¿yo me tengo que aguantar que ustedes se estén atacando el uno al otro todo el tiempo y también a mí? (*Guillermo*).

-Sí. (*Ana*).

-¿Y piensan que para mí es indiferente estar así con ustedes? (*Guillermo*).

-Perdón, es tu trabajo ¿no? (responde *Ana* ante un nuevo gesto de apoyo de *Martín*, quien abre las manos en signo de acuerdo con lo expuesto por su esposa). (Maci, A, Feldman, E. 2012, capítulo XXIV).

Se evidencia aquí primero una clara descarga de ira conjunta de la pareja en dirección hacia su terapeuta, referido por éste cuando, por medio de un interrogante irónico, apela a la cordura de ambos. Entonces *Guillermo Montes* manifiesta su desacuerdo por el ataque de ambos hacia su persona. Así el psicoanalista se transforma momentáneamente en un *chivo expiatorio* ya que ambos, *Ana* y *Martín*, necesitan liberar sus angustias, concebidas, gestadas en otros contextos sociales pero que se materializan en encono, enojo, bronca intempestiva.

Por lo tanto necesitan de un tercero quien, no siendo el agente promotor de la carga de violencia (pues el analista no ha sido el causante de la misma en sus pacientes) aun ello es, en definitiva, el cuerpo y la subjetividad de este quien recibe la carga negativa tanto de *Ana Irigoyen* como de *Martín Pineda*.

Avanzado el diálogo (en el mismo capítulo) se observa una situación similar e incluso más contundente, en cuanto al ataque directo de la pareja hacia su terapeuta, como modo de descarga de la violencia acumulada por ambos.

Así el analista decide, tal vez con intención de apaciguar la crisis que atraviesa el matrimonio, referir casos en los cuales las parejas deciden divorciarse, y que para ello optan por encarar una terapia para llegar a un acuerdo de divorcio, pero que durante el tránsito de la misma advierten que no quieren llegar a ese extremo.

Al respecto *Guillermo Montes* comienza con una descripción somera de tales casos y es interrumpido y atacado por *Ana* y *Martín* en forma sistemática, otra vez como modo de descarga de la bronca adquirida en otros ámbitos y/o situaciones, las cuales tienen su origen fundamentalmente en el conjunto de experiencias vividas al seno de la familia nuclear de cada uno y que, en el espacio de la terapia, emergen a la luz transformadas y listas para impactar contra quien cumpla con las características de una víctima sustitutoria; en este caso, el psicoanalista.

De manera que *Guillermo Montes* insiste en el registro, a través de su experiencia clínica, de casos de crisis de parejas que finalmente se modifican y se encauzan por la vía del acuerdo y, en la mejor de las situaciones, por el sendero de la reconciliación, y recibe a cambio un embate certero (desde ambos frentes) que lo posiciona en ese lapso de tiempo en una víctima sustituta perdiendo, sólo momentáneamente, el control de la terapia.

A continuación se extracta el diálogo entre los tres personajes de la ficción televisiva en que se enfoca en este apartado:

-Hay parejas que hacen terapia para llegar a un acuerdo una vez que decidieron divorciarse y a poco de empezar se dan cuenta que realmente no querían divorciarse. (*Guillermo Montes*).

-(...) ¿Hablás de pacientes tuyos? (*Ana*).

-No, ese no es el punto. El punto es... (*Guillermo*).

-Pasó eso ¿hablás por experiencia? (*Martín*).

-Insisto, lo importante... (*Guillermo*).

-¿Vos te separaste? (*Ana*).

-No. (*Guillermo*).

-¿Te ibas a divorciar y decidiste no divorciarte? (*Martín*).

-No. No tiene que ver conmigo, tiene que ver con ustedes. (*Guillermo*).

-¿Qué estás tratando de decir? No termino de entender (*Ana*).

-Trato de decir que sé lo que es, y que eso puede cambiar. (*Guillermo*).

-¿Qué es lo que sabés, *Guillermo*? Digo, vos estás ahí sentado en el sillón del analista viendo como sufren otros ¿no? Decís lo que puede cambiar, lo que no puede cambiar. ¿Qué sabés, *Guillermo*? (*Ana*). (Maci, A, Feldman, E. 2012, capítulo XXIV).

Se insiste en la búsqueda, extracción y análisis minucioso de segmentos tales como el recientemente expuesto, porque permiten clarificar aquello que se viene sosteniendo desde el planteo mismo del problema de investigación y que, a modo de registro de observables empíricos, se trata aquí con la sola intención de caracterizar el modo en que, subrepticia aunque concluyentemente, se manifiesta la violencia en la ficción televisiva.

Ambos personajes, *Ana* y *Martín*, descargan cíclicamente su impotencia en un otro (si es que no lo hacen entre ellos mismos) con el solo fin de liberar sus angustias latentes. En el segmento escogido se observa que ambos optan por acometer contra su terapeuta, provocando en éste la pérdida momentánea de su rol.

Tal vez por no esperarlo (se refiere al avance certero de la pareja sobre su persona) *Guillermo Montes* se encuentra momentáneamente encerrado por la embestida coordinada que le propinan *Ana* y *Martín*, por lo cual no puede hacer otra cosa más que refugiarse en lugares comunes, asaltado por la vehemencia con que sus pacientes, intempestivamente, le asestan una serie de recriminaciones tan agresivas que se tornan cercanas, incluso, al maltrato.

La causa de la acumulación de ira en *Ana* tanto como en *Martín* se debe buscar en otro lado. Por caso se han analizado las particularidades que revisten el conjunto de experiencias psíquicas de cada uno, en las cuales se ha advertido los pormenores de su conflictiva relación con sus padres.

Pero sin dudas la conformación de un *chivo expiatorio* se articula siempre como el mecanismo que permite liberar aquellas pulsiones indómitas, *ergo*, se constituye en la consecuencia (violenta) visible de una causa primigenia. La víctima por sustitución retorna mecánicamente siempre que se recrudescen las maneras.

En particular en el decimotercer capítulo de la tira diaria correspondiente a la primera temporada del ciclo, *Martín Pineda* interpela irónicamente a *Guillermo Montes* al comienzo de un nuevo encuentro terapéutico de la pareja con su analista y le refiere lo siguiente: “Y ¿de qué hablamos hoy? No sabés ¿no? Claro, vos estás acá para mover la cabeza... de vez en cuando hacer algún daño”. (Maci, A. Feldman, E. 2012, capítulo XIII).

Ello no remite a otra razón más que al hecho de que *Martín Pineda* libera, en ese instante en que da rienda suelta a su capacidad de agresión, tensiones provocadas en primera lectura por su maltrecho matrimonio, del cual no puede restablecer los vínculos con su esposa (aunque lo intenta a su manera, poco cortés, claro está).

Aunque en una lectura y análisis profundo se advierte que la situación marital se desbarranca producto de las maneras en que ambos personajes ejecutan sus acciones cotidianas, perjudicando al otro por motivo de reproducir sus conductas anquilosadas, enraizadas en sus angustias latentes.

En el encuentro siguiente (se hace referencia al capítulo décimo octavo) también correspondiente a la primera temporada del ciclo, *Martín* amenaza intempestivamente a su psicoanalista en momentos en que éste está en pleno análisis de aquello que les ocurre a ambos. Luego de que *Guillermo Montes* indica en reiteradas ocasiones que le parece interesante lo que se juega entre ellos, *Martín* lo interrumpe con una clara verbalización violenta.

El diálogo entre los tres personajes, dado que también participa la mujer (*Ana*), se reconstruye textualmente a continuación, con comienzo en la exposición del psicoanalista:

-Es interesante que los rasgos que más amaban en el otro son los que hoy les parecen más odiosos, incluso son rasgos que les parecen amenazantes, los asustan. Es interesante...

-¡Otro interesante más y te parto la cabeza de una patada!  
(*Martín*)

-¡Qué te pasa! (*Ana*).

-Nada. Nada, seguí. (*Martín*)

-Seguí, pero... con cuidado (*Guillermo Montes*).

-¿De qué tenés miedo? No te voy a hacer nada, a menos que digas otra vez, "es interesante". (*Martín*). (Maci, A. Feldman, E. 2012, capítulo XIX).

En ambos casos de los explicitados recientemente se aprecia una manifestación violenta de *Martín* con su terapeuta. Y lejos de considerarse que existiera una posición particular de *Martín* respecto de *Guillermo Montes* que lo llevara al primero a actuar, por impulso o bien racionalmente, compulsivamente en contra de su terapeuta, lo que ocurre en este intercambio comunicativo es que el paciente *Pineda* libera su impotencia con aquel a quien puede constituir en su víctima, cuanto menos, momentánea.

Porque necesita una víctima para sustituir a aquel quien ha generado su ira. Será con su terapeuta, será sucesivamente con otros individuos quienes lo rodean y quienes cumplan con las condiciones de *chivo expiatorio*, en definitiva siempre será de la misma manera porque el personaje en cuestión, lejos de mostrarse como un sujeto capaz de transformar su realidad y, *a posteriori*, transformarse, se asienta en la reproducción ritual de la violencia (original).

La humanidad de Martín, su aspecto gestual y kinésico evidencia una actitud impetuosa, precipitada. Su temperamento parece estar moldeado y atravesado por perturbaciones que emergen como agua de un geiser cada vez y que configuran a un sujeto irascible, constantemente irritado, a la vez que brusco.

En cuanto (siguiendo el sentido del párrafo anterior) a los elementos paralingüísticos, cada gesto de su apariencia denota furia, en ocasiones descomulgada. Su posición en el sillón, tan desalineada como desafiante y su mirada amenazante, colérica y provocativa, aunque a la vez desamparada, indefensa, expuesta a la clemencia de aquellos a quienes necesita para sobrevivir, por caso, a su esposa, constituyen rasgos de un individuo envevesado, diluido entre la desarmonía y el desamparo.

Disuelta toda esperanza de reordenamiento de su vida íntima, sufre por la resolución práctica y natural que han tomado los hechos; por caso, el aborto inesperado del embarazo de su esposa aunque también el consecuente rechazo de ésta respecto de su compañía y, como elemento definitorio de la relación matrimonial, el engaño de *Ana*, adulterio que precipita el fin de la relación.

Sus alteraciones psíquicas se evidencian en su discurso tan claramente como huellas en el cemento fresco. Su desequilibrio emocional lo transporta sistemáticamente a un perpetuo aturdimiento mental, el cual se acentúa toda vez que siente que su esposa se aleja de él; entonces la angustia se escurre por entre los límites del escudo con que enfrenta a la sociedad y se derrama por los entresijos de su personalidad.

Es entonces cuando se quiebra anímicamente para finalmente refugiarse en el amparo de su psicoanalista, puesto que es éste en definitiva quien lo asiste y contiene al tiempo que lo ayuda a equilibrarse. Quien le posibilita verse en un espejo, advertir sus propias actitudes y comportamientos, marchas y contramarchas y quien lo insta a tomar, a consecuencia de ello, cartas en el asunto.

Situación que no logra hacer puesto que su angustia crece en relación directamente proporcional al rechazo de su esposa, lo cual le actualiza el desdén de su madre. Sus

dos objetos de deseo, el de la infancia-adolescencia y el de la adultez, se le escurren como dos gotas de agua y ya nada parece estar en sus manos.

### VI.III. Ampliación del análisis discursivo del personaje *Martín Pineda*

En cuanto al universo discursivo de *Martín Pineda* (se analiza en profundidad a este personaje en el contexto de la pareja, debido a que es quien presenta mayores y más contundentes actitudes violentas que su esposa), siempre aparece representada, como actuada y asimilada (producto del papel que aparentemente sus padres le han designado), la brutalidad en su accionar.

Como si él mismo se identificara con el rol que, en rigor, ha asumido al seno de su núcleo familiar y que reproduce en su mediatización social. Debido a ello es que en este punto se extrae un segmento del diálogo entre el protagonista y su terapeuta, el cual hace elocuente la relación de *Martín* con su padre:

- Nunca hablamos de tu familia (*terapeuta*).
- Me hace acordar bastante a vos (en relación a su padre), así como... intelectual, medio progre, que siempre tiene todo para opinar. Humanistas con todo el mundo menos con los de derecha, los religiosos o los analfabetos como yo. (Paciente *Martín Pineda*). (Maci, A. Feldman, E. 2012, capítulo XXXIX).

Definitoria es la percepción que *Martín* tiene respecto de lo que su padre debe considerar de sí mismo, aún cuando éste nunca haya llamado analfabeto a su hijo. Contundente es el modo en que él acepta la palabra supuesta (puesto que él mismo la constituye y recrea en su pensamiento) del modelo de autoridad que es en rigor su padre.

*Martín* ha crecido y se ha desarrollado aceptándose como un bruto o un *analfabeto*, como él mismo se incrimina, de manera que ha actuado sistemáticamente en ese sentido en todo contexto o grupo social en que se ha desenvuelto, porque en todo grupo de referencia ha tendido a reproducir aquello que ha actuado, en su infancia con su familia.

Por cuanto refiere a las competencias ideológicas del personaje en cuestión claramente se evidencia un individuo atascado en su pasado, retrógrado y fuertemente influenciado por los prejuicios sociales, específicamente aquellos que atañen a la supuesta formación de la hombría varonil.

Todos cánones no signados necesariamente por su padre quien, contrariamente, encarnaría un espíritu progresista, distante de los patrones sociales de comportamiento con los cuales la mayoría de los adultos de la época se han configurado, preocupado más por las problemáticas macro sociales que por los aspectos acotados a su realidad inmediata, por caso, la situación familiar.

De manera que *Martín* le transmite a su hijo *Matías* valores encauzados en el rigorismo, en la respuesta violenta obligada de todo hombre ante una provocación externa, la desacreditación de un otro quien no cumple con los patrones de conducta de todo varón, enfoque muy cercano al machismo más ortodoxo, y por sobre todas las cosas le ha exigido que endurezca su personalidad en función de no quedar expuesto con sus compañeros y amigos como el *chivo expiatorio* en el que se descargue la violencia del resto, cualquiera fuere el grupo social de pertenencia y/o referencia.

Respecto de esto último pareciera que en *Martín* ésta pudiere ser la causa de mayor preocupación, dado que en reiteradas ocasiones le refiere a su terapeuta, tanto como a su esposa, que su hijo no se desempeña en el ámbito escolar (específicamente en la relación con sus compañeros) de acuerdo a lo esperado por los cánones sociales que simplemente son presentados y articulados en el núcleo familiar por él mismo.

Por último, y referido a las competencias culturales de *Martín Pineda*, su discurso muestra sus intereses más cercanos, el encuentro con sus amigos como valor funcional a su distención y evasión, su pasión por los caballos y el gusto por el fútbol que, mucho más que un deporte, su práctica y su consumo aparecen como un elemento significativo de la conformación de su identidad.

Adviértase en primera instancia que todos estos factores se presentan como diametralmente opuestos respecto de los que ha proferido su padre, más preocupado en las artes y la ciencia que en los pasatiempos elegidos de los extractos sociales populares, representativos de los sectores económicamente menos favorecidos del sistema.

De forma tal que *Martín* intenta por todos los medios distanciarse del modelo de referencia al cual permanece, paradójicamente, unido para el resto de la posteridad. Y es que no puede jamás dissociarse, escindirse del mandato y más significativo aún, del recuerdo constantemente actualizado del modo de vida paterno.

Como sujeto deseante aquello que alguna vez ha deseado, se hace referencia a los propios deseos de su padre, irrumpen en su inmediatez, aunque estigmatizado, y ya nada puede cambiar el curso de la historia. La palabra, los preceptos de su padre avanzan por

los pasillos de su conciencia y nada ni nadie pueden librarlo de ello, cuanto menos en su realidad inmediata.

Es decir que cuanto más se aleja de los hábitos de comportamiento de su padre más demuestra que, en rigor, lo hace como respuesta a la influencia que su padre ha ejercido y ejerce en él. Influencia por la vía negativa puesto que como ya se ha afirmado, él intenta ser distinto, opuesto a aquello que es su padre.

En el próximo apartado, se hace referencia a las conclusiones, se realizará una síntesis de los hasta aquí avanzado y se cerrará el estudio con aquello que se viene analizando bajo la óptica de la teoría de la mimesis del modelo. Siempre desde un enfoque netamente inductivo-analítico se intentarán recuperar elementos de la unidad de observación y con los cuales se ha graficado aquello que se ha manifestado teóricamente.

# **CAPÍTULO SÉPTIMO:**

## **CONCLUSIONES**

## **VII.I. INTRODUCCIÓN**

La primera aclaración que se debe retomar antes de encauzar el texto en el tramo final del camino es que se considera que la presente investigación tuvo valor sólo como estudio de caso, de manera que no es posible extrapolar los resultados a otros géneros televisivos ni mucho menos al medio televisivo en su conjunto.

Simplemente se trató, siguiendo la ruta del método cualitativo, de describir el comportamiento de un fenómeno (la forma de manifestación de la violencia en los mensajes del programa de ficción *En terapia*) para comprender su especificidad y entender el modo en que la violencia se materializó durante el ciclo, a través del comportamiento de sus personajes.

Se consideró ya desde el comienzo de esta tesis que la violencia se reactualiza. Y si se asevera ello es porque se prosigue la teoría que indica que prácticamente toda manifestación de la violencia se explica a partir de la consecución de formas arcaicas de actuación por parte del hombre, aunque devenidas a la actualidad, y cuya génesis es la violencia originaria.

Ahora bien se repasa, como aclaración un tanto obvia pero que permite enfocar este estudio en un paradigma y en un trayecto metodológico, que es motivo de toda investigación de corte cualitativa la descripción de hechos y/o acontecimientos puntuales que permitan elucidar sus aspectos inherentes a partir del abordaje, no de grandes muestras poblacionales que remitan a una revisión general del comportamiento de una determinada población de individuos más o menos superficial y concreta, sino que de casos particulares estudiados agudamente.

De manera que simplemente se indica que, siguiendo la lógica interpretativista, el enfoque científico-metodológico se encauzó en el registro profundo de un caso concreto como unidad de observación y de sus variantes (o historias por episodios), como unidades de análisis, de forma de conjugar el estado de representación de la violencia en el mismo.

Es decir que desde la perspectiva propia de la inducción analítica se orientó el estudio hacia un tratamiento pormenorizado de análisis del discurso, el cual buscó comprender la especificidad de la violencia representada en la ficción televisiva desde sus aspectos particulares, para luego encuadrarlos en una teoría general (la adoptada y ya referida en este estudio).

Respecto de la técnica utilizada durante el trabajo empírico se dirá que la misma se aplicó a los contenidos en forma no aleatoria e intencional, ello en función de retomar en cada segmento los elementos clave que permitieran mostrar que la ritualidad anidaba en cada comportamiento violento de los personajes en cuestión.

Por tanto si bien se respetó el análisis de cada historia por separado, al interior de cada una de ellas se registraron segmentos del guión televisivo fuera del orden cronológico, o por episodios, que propuso la emisora. Es decir que a partir del análisis teórico se buscaron datos concretos (más allá del orden de aparición) de los diálogos que evidenciaran lo afirmado y contrastaran de esa forma la hipótesis oportunamente planteada.

Bajo esta óptica de trabajo fueron los coloquios los observables empíricos que permitieron dilucidar aspectos inherentes a las prácticas rituales que desembocaron en la actuación violenta de los personajes, quienes configuraron sus modos de comportamiento producto de un complejo proceso que comenzó con la mimesis con el modelo de referencia y que continuó con el deseo de alcanzar los deseos del otro, para finalizar con la materialización ya varias veces aludida, esto es la construcción de una víctima propiciatoria en quien descargar la ira acumulada.

Los contextos ideológicos en que cada personaje cuadró su cosmovisión del mundo fueron desentrañados al fin de reconstruir tanto los valores como las ideologías de cada uno de ellos a la luz de comprender sus hábitos, usanzas y costumbres. También se atendió a sus componentes culturales y a sus características psíquicas en pos de esclarecer, para caracterizar, sus conductas (violentas).

De modo que la atención se centró en cómo los personajes comunicaron (modelo de producción) e internalizaron (modelo de interpretación) aquello que intercambiaron en el diálogo con su terapeuta desde las competencias lingüísticas (locuciones propias de la lengua) y paralingüísticas (expresiones gestuales con fuerte anclaje analógico con la realidad) exhibidas para tales fines.

Todas categorías extractadas del modelo lingüístico comunicativo propio de Catherine Kerbrat-Orecchione que han funcionado aquí como verdaderos instrumentos para analizar en profundidad los mensajes conformados en la ficción televisiva tomada como objeto de estudio.

Así a lo largo del trabajo se ha insistido en que la violencia se suscita de forma idéntica entre los individuos. Por ello es que no se hará otra cosa aquí más que reafirmar

que la forma en que se construye la violencia aparece en línea con la violencia originaria, cuya génesis anida en la mimesis del deseo no alcanzado.

Entonces es menester reiterar (y con ello reafirmar la hipótesis propuesta al comienzo del estudio) que en los mensajes con carga de violencia presentados en el programa de ficción *En terapia*, de la señal de televisión abierta Canal Siete de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, emitido durante los ciclos 2012 y 2013, se reprodujo el mecanismo ritual propio de la violencia originaria, que remite a la construcción de una víctima propiciatoria en la cual descargar la ira acumulada.

Se evidenció que los personajes de la serie, tal como ocurre en el plano real, se constituyeron como sujetos a imagen y semejanza de otro. El deseo de mimesis con el modelo afloró en su plenitud y el amor y el odio hacia la misma persona generó acumulación de ira que debió ser disipada, si es que se pretendió mantener psíquicamente estable al personaje.

Por ello se hizo necesario para cada individuo-personaje (quienes de acuerdo a características particulares presentaron diversos grados de violencia potencial) apuntar a una víctima la cual sustituyera a la figura modélica, y en quien finalmente se descargara la ira acumulada.

Ello producto de conferir, cada personaje, un modelo de perfección el cual nunca pudieron y/o no se permitieron alcanzar y que, por esa razón, por intentar a cada momento erigirse en forma idéntica a ese otro significativo, es que se suscitó a su vez su sentimiento de culpa, impresión intolerable para su psiquis.

## **VII.II. Cierre del análisis de los pacientes *Gastón Ramírez y Martín Pineda***

Se ha observado en el caso *Gastón Ramírez* que todos los caminos de su conciencia estuvieron contaminados, por caso, por la influencia paterna. Entonces intentó sistemáticamente perfeccionarse en su trabajo profesional y aunque lo logró nunca le satisfizo, puesto que siempre subyació la idea de mejorar lo hecho, en rigor, de lograr la aceptación de su padre; o mejor aún, de lograr verse a sí mismo en el nivel de perfección en que vio siempre y en todos los casos a su padre.

No alcanzar la perfección absoluta como, según pensó, sí lo ha hizo su predecesor, fue parte de un interminable juego de sustituciones recíprocas en el cual por momentos se percibió a sí mismo en el paroxismo de la perfección y una vez que advirtió su limitación, sintió su caída al llano. Ya en el ocaso, se acrecentó la angustia y proliferó el sentimiento de culpa. Mas luego, mientras nueva y lentamente se fortaleció, ese sentimiento de culpa se transmutó en ira.

El resto ya ha sido descrito en reiteradas oportunidades: precisó disipar la ira acumulada en niveles en que se hizo intolerable, insostenible contener para su conciencia, de manera que construyó una víctima de sustitución y con ello, por esta vía, expió su culpa. Atenuado este sentimiento regresó cíclicamente al punto de partida en que nuevamente, ahora restablecido, intentó emular la perfección de su padre.

En el caso de *Martín Pineda* su situación no fue diferente a la del caso anterior (*Gastón Ramírez*) aunque difirió en sus características. En este personaje sobrevino el sentimiento de culpa al no lograr el afecto de su madre, tal como sí lo lograra su padre y modelo (antitético).

Modelo, porque se muestra claramente en la ficción que su padre concretó sus deseos (cuanto menos aquellos visibles) puesto que obtuvo el reconocimiento de su esposa. Antitético, porque *Martín* retomó un camino inverso para alcanzar sus metas y que ya fue descrito en el capítulo anterior (sexto) dedicado al análisis discursivo de los diálogos de los personajes involucrados.

Y si su perfil se distanció en un todo respecto del de su padre, los deseos a alcanzar fueron los mismos. Es por ello que también *Martín* permaneció atado a su pasado. Idealizó el éxito aparente de su padre y lo catapultó a la perfección; perfección que él intentó alcanzar toda vez que procuró obtener el reconocimiento y el afecto de su esposa tal como idealizó que su padre lo obtuviera con su madre.

Entonces su angustia se acrecentó toda vez que percibió el rechazo de su esposa; esta causa reactualizó sus vivencias pasadas, siendo doble el desprecio que en rigor él percibió y toleró hacia sí mismo (producto, ya dicho, del rechazo relativo también de su madre).

Por tanto acumuló ira en niveles en que le fue necesario disipar. A causa de ello generó una víctima en la cual descargar. *Ergo* toda vez que un *chivo expiatorio* fue receptor de su bronca, fue que la violencia afloró en todas sus formas posibles. Aquí también se observó que se articuló este mecanismo tantas veces aludido y que se

manifestó (apoyados en el marco conceptual presentado en la primera parte del estudio) de manera sistemática.

### **VII.III. Cierre del enfoque respecto de los efectos de la televisión en la audiencia**

Asimismo se reafirma la postura de que la televisión genera efectos cognitivos en la audiencia la cual, a distintos niveles y dependiendo de la fruición televisiva que cada usuario sostiene con este medio de comunicación social, adopta, apropia las nociones de sentido que en los mensajes masivos se transmiten.

Es decir que también la televisión, como otros agentes socializadores, introyecta en el individuo mensajes que, a la postre, son asimilados y reproducidos por el gran público. Ahora bien este proceso puede ser leído en el sentido inverso dado que quienes construyen mensajes audiovisuales son asimismo sujetos asidos a la cultura.

Ello significa que aquello que los productores representan en los mensajes televisivos (para el caso del presente estudio, la violencia), es un fenómeno aprehendido en la vida en sociedad y por tal no puede alejarse de los límites en que el individuo como sujeto en relación apropia, porque es entre esos límites en que se constituye como ser.

Y en este proceso se observa que la fruición televisiva juega un papel mediador significativo toda vez que el usuario de medios, homogeneizado en las redes propias de los mensajes simultáneos, capta individualmente la información que luego intercambia con el resto de su grupo de pertenencia y/ o referencia, para finalmente coadyuvar a la atomización del pensamiento social.

Es así que el medio televisivo logra diseminarse por entre las subjetividades, tendiendo puentes y tejiendo sistemas de valores que se materializan luego en acciones concretas de las personas, constituyéndose una formidable plataforma de sentido común.

Y los mensajes con carga de violencia no son la excepción. Más bien aparecen como la regla. Es decir que la televisión, a través de sus productores de mensajes, tiende a reproducir un sistema (la lógica propia de la violencia originaria que se ha descrito a lo largo del trabajo) anclada en las prácticas rituales, porque los hombres quienes producen contenidos simbólicos permanecen imbuidos de, atados a, la cultura.

Por tanto es que se prefiere indicar que no es la televisión fundadora de violencia sino que reproductora de un sistema que le antecede; aunque a su vez, por tratarse de un medio de alto impacto en los públicos, es que magnifica el fenómeno en cuestión toda vez que transmite mensajes hacia una audiencia que, aunque conozca cada vez más respecto de la naturaleza de la televisión, paradójicamente aparece más permeable a los efectos de sus contenidos.

En definitiva se plantea que la televisión reproduce la violencia que es antropogenética. Esta reproducción se asienta en la violencia originaria; y la audiencia resignifica las maneras en que se comportan los personajes quienes representan actitudes violentas: los consumidores de medios masivos de comunicación las asimilan, las intercambian y las apropian.

Todo ello en un complejo proceso insondable desde una primera mirada superficial, puesto que a pesar de tratarse de un fenómeno social de significativa magnitud y tenor, aun así en su consumo se juegan elementos subliminales que siquiera son advertidos por el gran público, durante la fruición mediática.

Entonces cada sujeto reelabora y ejecuta inconscientemente en su vida diaria un mecanismo litúrgico en función de liberar su ira (se hace referencia a la construcción de un chivo expiatorio con quien descargar la furia y las angustias latentes). Y vuelven a recrearlo cada vez porque el humano, al andar, pisa por las huellas de sus antepasados. En definitiva el humano es un ser anclado en la ritualidad.

#### **VII. IV. Cierre del análisis respecto de la relación entre los conceptos de mimesis, ritualidad y religión**

Queda por decir que en los casos expuestos se ha advertido que las manifestaciones violentas se conjugan dentro de los parámetros esgrimidos en el marco conceptual inherente a este estudio. Desde una perspectiva inductiva se han analizado, diseccionado, los discursos y prácticas de los personajes en cuestión y se ha podido evidenciar que las formas de manifestación de la violencia se asientan en la ritualidad.

Con ello se reafirma que los actores sociales, cuanto menos los aquí aludidos, tienden a reproducir hábitos que han aprehendido en el entramado social en que se han formado.

Cada uno de los observables empíricos extractados de la ficción y expresados en el texto (principalmente diálogos, aunque también mensajes no lingüísticos, ricos en mostración de conductas y modos de comportamientos) se adecuan a la perspectiva teórica aquí adoptada, de manera que las conjeturas expresadas presentan su correlato con, se sumen a, la teoría general (siempre en esta dirección).

Si las reacciones inconscientes de los personajes tienden a la ritualidad ello es posible debido a que los sujetos de la totalidad de las sociedades de que se tienen noticias proceden en base a una superestructura que los precede y que a la vez les remite a actuar conforme a las costumbres, asentadas éstas en marcos religiosos, en la mayoría de los casos, luego secularizados y diseminados en la vida social.

Es decir que la construcción de un *chivo expiatorio* aparece como un mecanismo fijado en la impronta de los personajes involucrados en el análisis, quienes necesitan de un débil en quien descargar la furia contenida y de esa forma asegurar la estabilidad emocional durante un determinado período de tiempo, pero sobre todo para sopesar el instante mismo en que se encolerizan.

Lo interesante del caso es que lo ejecutan sin advertir que esta forma es idéntica a la manera en que en las comunidades (aún las más remotas), han hecho y de las cuales escaso y/o nulos son los registros; así toda vez que se intentó contener la violencia, amenaza principal del orden social, se buscó una víctima propiciatoria la cual en sí misma asumiera, contuviera la totalidad de culpa.

La violencia es cíclica y se establece por vía del rito, el cual organiza las prácticas culturales en tiempo y espacio. Ello debido a que el humano actúa en base a la jurisprudencia cultural que lo antecede. Como ser eyectado en el mundo advierte la necesidad de colegir comportamientos asentados en un precedente.

Ese precedente es aquel que su núcleo primario (clan, familia) le indica y le trasvasa, como se trasvasa agua de una cubeta a otra. Solo que el proceso de transmisión de la cultura es más complejo. Y esa transmisión se logra por medio de un complejo entramado de instituciones de las cuales la religión aparece como la nuclear.

La mímesis comienza con la idealización de los deseos del otro. Ese proceso activa, producto de no alcanzar tales deseos, la ira en el ser. La religión, institución necesaria para la atenuación y el control de la violencia humano-cultural, reglamenta los sacrificios con el fin de expulsar la violencia hacia afuera de la comunidad. Es entonces que el mecanismo de la víctima propiciatoria toma el lugar central.

Cada un determinado período, el ritual del sacrificio aparece en escena para nuevamente disipar la carga negativa de los individuos. Ese mecanismo ritual atraviesa las eras y se afirma en todo su tenor en la actualidad. Es entonces que cada sujeto se familiariza con él y lo reproduce inconscientemente.

Se ha indicado en el trabajo de campo cada arista posible de manifestación de la violencia en los casos en estudio. Es decir que se han expuesto las diversas maneras en que los personajes-pacientes involucrados necesitaron construir un *chivo expiatorio* para purgar su carga emotiva y recobrar de esta forma, aunque momentáneamente, al equilibrio emocional.

La tarea ha concluido aunque siempre que un trabajo se jacte de ser científico, se entiende que el final se transmuta en principio; esto es así porque, de ser válido, el mismo disparará nuevos interrogantes de investigación por los cuales el mismo o bien otros investigadores que entren en contacto con el documento, retomen lo expuesto y a la vez orienten el análisis hacia otros objetos de estudio posibles.

Porque la lógica que propone la ciencia, tal como parece actuar el humano, es ritual.

# **VIII. REFERENCIAS**

## **BILIOGRÁFICAS**

## **VIII.I. Libros**

-Agamben, Giorgio. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia. Editorial Pre-textos. 1998.

\_\_\_\_\_ *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Valencia. Editorial Pre-Textos. 2002.

\_\_\_\_\_ *El hombre sin contenido*. Madrid. Editorial Nacional. 2002.

\_\_\_\_\_ *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*. Madrid. Editorial Nacional. 2002.

\_\_\_\_\_ *Estado de excepción. Homo sacer, II, 1*. Buenos Aires Editorial Adriana Hidalgo. 2004.

\_\_\_\_\_ *Profanaciones*. Buenos Aires. Editorial Adriana Hidalgo. 2005.

\_\_\_\_\_ *El tiempo que resta. Comentario a la Carta a los Romanos*. Madrid. Editorial Trotta. 2006.

-Ander-Egg, Ezequiel. La recopilación documental. En su *Técnicas de investigación social*. México. Editorial El Ateneo. 1987.

-Beltrán, Miguel. *Cinco Vías de acceso a la realidad Social*, en García Ferrando, M. Otros (comps.). *El Análisis de la realidad social. Métodos y Técnicas de Investigación*. Madrid. Editorial Alianza. 1990.

-Benjamin, Walter. *Para una crítica de la violencia*, en Benjamín, W. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Buenos Aires. Editorial Iluminaciones IV Taurus. 1998.

\_\_\_\_\_ *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* en BENJAMIN, W., *Ensayos (Tomo I)*. Madrid Editorial Nacional de Madrid. 2002.

\_\_\_\_\_ *Tesis sobre la filosofía de la historia en Benjamin, W. Ensayos (Tomo I)*. Madrid. Editorial Nacional de Madrid. 2002.

-Castel, Robert. *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires. Editorial Manantial. 2008.

-Cea D' Ancona, Ma. Ángeles. *Metodología Cuantitativa. Estrategias y técnicas de Investigación social*. Madrid. Editorial Síntesis. 1996.

-Davila, Andrés. *Las perspectivas metodológicas cuaitativa y cuantitativa en las ciencias sociales: debate teórico e implicaciones praxeológicas*, en Delgado, Juan Manuel y Gutiérrez, Juan. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*. Madrid. Editorial Síntesis. 1994.

-Derrida, Jacques. *Fuerza de ley. El "fundamento místico de la autoridad"*. Madrid. Editorial Tecnos. 2002.

-Durheim, Emile. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid. Alianza Editorial. 2008.

-Eco, Umberto. *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*. Barcelona. Editorial Gedisa. 1993.

-Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. México. Editorial Siglo XXI. 1991.

\_\_\_\_\_ *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona. Editorial Gedisa. 1991.

\_\_\_\_\_ *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires. Editorial Siglo XXI. 2003.

-Frazer, James George. *La rama dorada*. México. Editorial Fondo de cultura económica. 2011.

-Freud, Sigmund. *Tótem y tabú y otras obras (1913-1914)*. Buenos Aires. Editorial Amorrortu S.A. 1976.

-Girard, René. *El chivo expiatorio*. Barcelona. Editorial Anagrama. 1986.

\_\_\_\_\_ *La violencia y lo sagrado*. Barcelona. Editorial Anagrama. 1995.

\_\_\_\_\_ *Clausewitz en los extremos. Política, guerra y apocalipsis*. Buenos Aires. Editorial Katz. 2010.

\_\_\_\_\_ *Literatura, mimesis y antropología*.

-Gamsci, A. *Cuadernos de la cárcel. Tomo 4*. México. Editorial Ediciones Era. 1987.

-Hernandez Sampieri, Roberto; Fernandez Collado, Carlos; Baptista Lucio, Pilar. *Metodología de la investigación*. México. Editorial Mc Graw-Hill. 1991.

-Hobbes, Thomas. *Leviatán I o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Madrid. Editorial Sarpe. 1983.

-Hubert, Henri y Mauss, Marcel. *El sacrificio. Magia, mito y razón*. Buenos Aires. Editorial Las Cuarenta. 2010.

-Kerbrat-Orecchione, Catherine. *La enunciación*. Buenos Aires. Editorial Edicial. 1997.

-Lévi-Strauss, Claude. *Las estructuras elementales del parentesco*. Madrid. Editorial Espasa Libros S.L. 1969.

-Malinowski, Bronislaw. *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*. Barcelona. Editorial Planeta- De Agostini. 1986.

-Marradi, Alberto; Archenti, Nélica; Piovani, J, I. *Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires. Editorial Emecé. 2007.

- Martin-Barbero, J. *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva*. Barcelona. Editorial Gedisa. 1999.
- Marx, Karl. *El Capital. Crítica de la Economía Política*. México. Editorial F.C.E. 1991.
- Mattelart, Armand; Mattelart, Michéle. *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona. Editorial Paidós. 1997.
- Mauss, Marcel. *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires. Editorial Katz. 2009.
- Mendicoa, Gloria Edel. *Manual Teórico-Práctico de Investigación Social (Apuntes Preliminares)*. Buenos Aires. Editorial Espacio. 2000.
- Montesquieu, *Del espíritu de las leyes*. Barcelona. Editorial Altaya, 1993.
- Orozco Gómez, Guillermo. *La investigación en comunicación desde la perspectiva cualitativa*. Ediciones de Periodismo y Comunicación – Universidad Nacional de La Plata. 1996.
- Radcliffe Brown, A. R., *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Barcelona. Editorial Planeta-De Agostini, 1986.
- Rousseau, Jean Jacques. *El contrato social o principios de derecho político*. Barcelona. Editorial Altaya. 1996.
- Sabino, Carlos. *El proceso de investigación*. Buenos Aires. Editorial Lumen-Humanitas. 1996.
- Samaja, Juan. *Epistemología y Metodología*. Buenos Aires. Editorial Eudeba. 1999.
- Sartori, Giovanni. *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Buenos Aires. Editorial Aguilar Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. 1998.

- Schmitt, Carl. *Teología política*. Madrid. Editorial Trotta. 2009.
- Sellitz, C.; Jahoda, M.; Deutsch, M. *Métodos de investigación en las relaciones sociales*. Madrid. Editorial Rialp S.A. 1965.
- Sierra Bravo, Restituto. *Técnicas de investigación social. Teoría y ejercicios*. Madrid. Editorial Paraninfo. 1985.
- Manganaro Rozas, Daniel. *Pasos para una tesis doctoral*. Buenos Aires. Editorial Plus Ultra. 1994.
- Taylor y Bogdan, R. *Introducción a los Métodos Cualitativos de Investigación*. Buenos Aires. Editorial Paidós. 1986.
- Vasilachis de Gialdino, Irene. *Métodos cualitativos I*. Buenos Aires. Editorial CEAL. 1992.
- Vieytes, Rut. *Metodología de la investigación en Organizaciones, Mercado y Sociedad. Epistemología y técnicas*. Buenos Aires. Editorial De las ciencias. 2004.
- Weber, Max. *El científico y el político*. Madrid. Editorial Alianza. 1967.
- \_\_\_\_\_ *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México. Editorial Colofón. 1996.
- Wimmer, R. y Dominick, J. R. *La investigación científica de los medios de comunicación*. Barcelona. Editorial Bosch. 1996.
- Wolff, Mauro. *La investigación de la comunicación de masas*. Barcelona. Editorial Paidós. 1987.
- \_\_\_\_\_ *Los efectos sociales de los media*. Barcelona. Editorial Paidós Ibérica. 1994.

## **VIII.II. Archivos digitales**

-Andréu Abela, Jaime. *Las técnicas de análisis de contenido: una revisión actualizada*. 1998.

Recuperado en <http://public.centrodeestudiosandaluces.es/pdfs/S200103.pdf>

-Barahona Plaza, Ángel J. *El origen mimético de la violencia*. En JORNADAS UNIVERSITARIAS JAES 2006. Acoso escolar: propuestas educativas para su solución. UNED-Madrid, 21 y 22 de abril de 2006. Recuperado en [http://www.uned.es/jutedu/JAES/Ponencias\\_MesasRedondas\\_Comunicaciones/Jaes2006\\_Barahona\\_Plaza\\_Angel.pdf](http://www.uned.es/jutedu/JAES/Ponencias_MesasRedondas_Comunicaciones/Jaes2006_Barahona_Plaza_Angel.pdf)

-Berrio Puerta, A. *La fusión entre democracia y estado de excepción en el modelo biopolítico de Giorgio Agamben: una reflexión en torno a los efectos de la exclusión-inclusiva de la nuda vida en el ejercicio de la política occidental*. Tesis doctoral, sin paginación. 2008. Versión digital recuperada en: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co/dspace/handle/10495/31>.

-Bringas Molleda, Carolina. *Análisis de la violencia en televisión y su repercusión en la infancia*. Tesis doctoral. S/f. Universidad de Oviedo. España. Recuperado en [http://gip.uniovi.es/docume/Tv\\_y\\_violencia.pdf](http://gip.uniovi.es/docume/Tv_y_violencia.pdf)

-Palma, Javier. *Violencia, sociedad y medios. 'Inseguridad', estigmatización y represión en la cultura masiva contemporánea*. En X Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación. Una década de encuentros para (re)pensar los intercambios y consolidar la Red. San Juan 2006. ISSN: 1852-0308. Recuperado en [http://www.redcomunicacion.org/memorias/p\\_jornadas\\_a.php?pg=4&idj=5](http://www.redcomunicacion.org/memorias/p_jornadas_a.php?pg=4&idj=5)

-Seijas Candelas, Leopoldo. *Conductas antisociales y televisión: representaciones del menor*. En Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales. Nº 8, pp. 37-55, 2007, ISSN: 1575-0825; e-ISSN: 2172-3184. 2007. Recuperado en <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2983523>

-Maci, Alejandro (escritor y director), &Feldman, Esther (escritora). *En terapia* (serie de televisión). Producida por Dori media Group en conjunto con la TV Pública. Buenos Aires. Argentina. 2012-2013. Recuperado en <http://blogosfera.tvpublica.com.ar/en-terapia/>